

HEMEROTECA
Biblioteca Fac Ciencias Económicas
Universidad de El Salvador

La Universidad

Revista Bimestral de la Universidad de El Salvador
Fundada el año 1875

Año XCII

Número

2

MARZO

ABRIL

1967



EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Salvador, El Salvador, C. A.



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

RECTOR:

Angel Góchez Marín

VICE-RECTOR:

José María Méndez

SECRETARIO GENERAL:

Mario Flores Macal

FISCAL

Carlos Ganuza Morán

D^r. René Fortín Magaña,
Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

D^{ña}. María Isabel Rodríguez,
Decano de la Facultad de Medicina

Ing. Guillermo Imery,
Decano de la Facultad de Ingeniería y Arquitectura

D^r. Ricardo Gavidia Castro,
Decano de la Facultad de Ciencias Químicas

D^r. Julio Eduardo Méndez Mejía,
Decano de la Facultad de Odontología

D^r. Carlos A. Rodríguez,
Decano de la Facultad de Ciencias Económicas

D^r. Manuel Luis Escamilla,
Decano de la Facultad de Humanidades

Ing. Salvador Enrique Jovel,
Decano de la Facultad de Ciencias Agronómicas

Enviar el Canje a Biblioteca Central Universitaria Para colaboraciones dirigir la correspondencia a Revista «LA UNIVERSIDAD»
5ª Calle Oriente 220 — San Salvador, El Salvador, C. A.

HEMEROTECA
Biblioteca Fac. Ciencias Económicas
Universidad de El Salvador.

19 FEB. 1968

La Universidad

REVISTA BIMESTRAL DE LA
UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

DIRECTOR
ITALO LOPEZ VALLECILLOS

SUMARIO

	PÁGINA
<i>Cuentos de Salarrué</i>	
La Botija	9
Semos Malos	13
La Brusquita	17
La Honra	21
La Petaca	25
Tocata y Fuga	29
 <i>Cuentos de Napoleón Rodríguez Ruiz</i>	
El Janiche	41
El Sol Nace al Poniente	51
Cuando Suenan los Clarines	57

Cuentos de Manuel Aguilar Chávez

Alfredo Funes, su Taxi y el Estreno Agostino	69
Se Regala Tierra	81
El Telegrama	91
Servando Navas, el "Casi Nada"	97
El Cardenal	103

Cuentos de José Jorge Láinez

Mientras Humean los Fusiles	109
Remordimiento	113
Gangrena	117
La Blasfemia	121

Cuentos de José María Méndez

Ajedrez	129
Pueblo Tranquilo	131
Un Misterio para Don Honorio	137
Memorias de un Desmemoriado	141
La Fuerza del Sino de Don Alvaro	149
Las Mormonas	159

Cuentos de Hugo Lindo

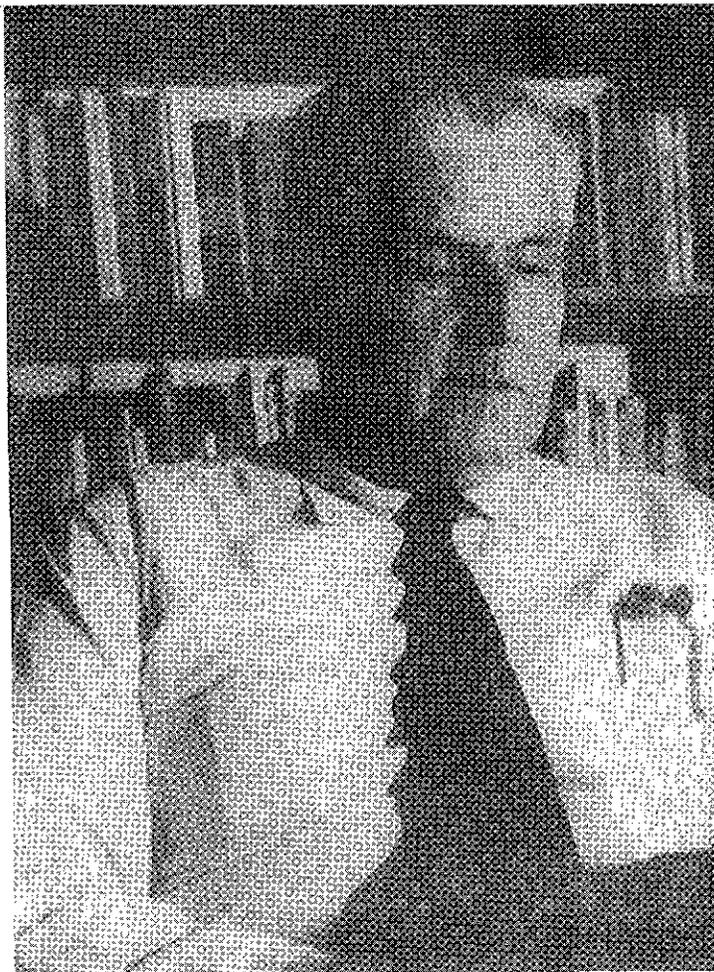
La Novela Mecánica	171
La Última Epidemia	179
Fiebre en la Costa	187
Espejos Paralelos	197
Informe Complementario	209

Cuentos de Cristóbal Humberto Ibarra

La Canción del Mopán	217
El Cuajarón	225
La Solterona	233
Un Pequeño Error	235

EL
[CATALUADO]

*Cuentos
de
Salarrué*



Salarrué
(1899-)

La Botija

José Pashaca era un cuerpo tirado en un cuero, el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera

Petrona Pulunto era la “nana” de aquella boca

—¡Hijo: abrí los ojos, ya hasta la color de que los tenés se me olvidó!

José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata

—¿Qué quiere mama?

—¡Qué necesario que tificiés en algo, ya tás indio entero!

—¡Agüén!..

Algo se regeneró el holgazán: de dormir pasó a estar triste, bostezando.

Un día entró Ulogio Isho con un “cuentete”. Era un como sapo de piedra, que se había hallado arando. Tenía el sapo un collar de pelotitas y tres hoyos: uno en la boca y dos en los ojos.

—¡Qué feyo este baboso!— llegó diciendo Se caícajeaba—; meramente el tucito Cande! ..

Y lo dejó, para que jugaran los "cipotes" de la María Elena.

Pero a los dos días llegó el anciano Bashuto, y en viendo el sapo dijo:

—Estas cositas son obia denantes, de los agüelos de nosotros. En las aradas se incuentran catizumbadas. También se hallan botijas llenas dioro.

José Pashaca se dignó arrugar el pellejo que tenía entre los ojos, allí donde los demás llevan la fiente

—¿Cómo es eso, ño Bashuto?

Bashuto se desprendió del puño, y tiró por un lado una escupida grande como un "caite", y así sonora.

—Cuestiones de la suerte, hombré. Vós vas arando y ¡plosh!, de repente pegás en la "huaca", y yastuvo: tihacés de plata.

—¡Achís!, ¿en veías, ño Bashuto?

—¡Comolóis!

Bashuto se prendió al puño con toda la fuerza de sus arrugas, y se fue en humo. "Enseguiditas" contó mil hallazgos de "botijas", todos los cuales "él bía presenciado con estos ojos". Cuando se fue, se fue sin darse cuenta de que, de lo dicho, dejaba las cáscaras.

Como en esos días se murió la Petrona Pulunto, José levantó la boca y la llevó caminando por la vecindad, sin resultados nutritivos. Comió "majonchos" robados, y se decidió a buscar "botijas". Para ello, se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fue como José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar —por lo menos sin darse cuenta— y trabajaba tanto, que las horas coloradas le hallaban siempre sudoroso, con la mano en la manquera y los ojos en el surco.

Piojo de las lomas, caspeaba ávido la tierra negra, siempre mirando al suelo con tanta atención, que parecía como si entre los borbotos de tierra hubiera ido dejando sembrada el alma. "Pa" que nacieran perezas; porque eso sí, Pashaca se sabía el indio más sin oficio del valle. Él no trabajaba. Él buscaba las "botijas" llenas de "bambas" doradas, que hacen "¡plocosh!" cuando la reja las topa, y vomitan plata y oro, como el agua del charco cuando el sol comienza a "ispíar" detrás de "lo del ductor Martínez", que son los llanos que topan al cielo.

Tan grande como él se hacía, así se hacía de grande su obsesión. La ambición más que el hambre, le había parado del cielo y lo había

empujado a las laderas de los cerros; donde aió, aió, desde la gritería de los gallos que se tiran las estrellas, hasta la hora en que el “güas” ronco y lúgubre, parado en los ganchos de la ceiba, “puya” el silencio con sus gritos destemplados.

Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras, que el indio soñador de tesoros rascaba con el ojo presto a dar aviso en el corazón, para que éste cayera sobre la “botija” como un trapo de amor y ocultamiento. Y Pashaca sembraba, por fuerza, porque el patrón exigía los censos. Por fuerza también tenía Pashaca que cosechar, y por fuerza que cobrar el grano abundante de su cosecha, cuyo producto iba guardando despreocupadamente en un hoyo del rancho, “por siacaso”.

Ninguno de los colonos se sentía con hígado suficiente para llevar a cabo una labor como la de José. “Es el hombre de jienio”, decían, “ende que le entió a saber qué, se propuso hacer pisto. Ya tendrá una buena huaca...”

Pero José Pashaca no se daba cuenta de que, en realidad, tenía “huaca”. Lo que él buscaba sin desmayo era una “botija”, y siendo como se decía que las enterraban en las aradas, allí por fuerza la “incontraría” tarde o temprano.

Se había hecho no sólo trabajador, al ver de los vecinos, sino hasta generoso. En cuanto tenía un día de no poder arar, por no tener tierra cedida, les ayudaba a los otros, les mandaba descansar y se quedaba arando por ellos. Y lo hacía bien: los surcos de su reja iban siempre pegaditos, “chachados y profundos”, que daban gusto.

—¡Onde te metés, babosada!— pensaba el indio sin darse por vencido—: Y tei de topar, aunque no queriás, así mihaya de tronchar en los surcos.

Y así fue, no lo del encuentro, sino lo de la tronchada.

Un día, a la hora en que se “verdeya” el cielo y en que los ríos se hacen rayas blancas en los llanos, José Pashaca se dio cuenta de que ya no había “botijas”. Se lo avisó un desmayo con calentura; se dobló en la mancera; los bueyes se fueron parando, como si la reja se hubiera enredado en el raizal de la sombra. Los hallaron negros, contra el cielo claro, “voltiando a ver al indio embriecado, y resollando el viento oscuro”.

José Pashaca se puso malo. No quiso que “naide” lo cuidara. “Dende que bía finado la Petrona, vivía íngimo en su rancho”.

Una noche, haciendo “juerzas de tripas”, salió sigiloso llevando, en un cántaro viejo, su “huaca”. Se agachaba detrás de los “matochos” cuando “óiba” ruidos, y así se estuvo haciendo un hoyo con la “cuma”. Se quejaba a ratos, rendido, pero luego seguía con brío su tarea. Metió en el hoyo el cántaro, lo tapó bien tapado, borló todo rastro de tierra removida; y alzando sus brazos de vejugo hacia las estrellas, dejó liadas en un suspiro estas palabras:

—¡Vaya: pa que no se diga que ya nuai botijas en las aradas! . . .

VOCABULARIO

Cuenterete: cuento; *denantes*: de antes; *catizumbadas*: cantidades; *caite*: especie de sandalia indígena; *huaca*: tesoro enterrado en un cántaro o botija; *bamba*: moneda grande de plata u oro; *guas*: ave crepuscular de canto triste, guauce; *puyar*: punzar con una punta; *chachar*: juntar; *matochos*: matojo, matorral; *cuma*: instrumento de labranza, especie de hoz; *de jierro*: de hierro.

Semos Malos

Goyo Cuestas y su “cipote” hicieron un “arresto”, y se “jueion” para Honduras con el fonógrafo. El viejo cargaba la caja en bandoleira; el muchacho, la bolsa de los discos y la trompa achaflanada, que tenía la forma de una gran campánula; floc de “lata” monstruosa que “pejumbaba” con música.

- Dicen que en Honduras abunda la plata.
- Si tata, y poi ái no conocen el fonógrafo, dicen...
- Apuná el paso, vos; ende que salimos de Metapán três choya.
- ¡Ah!, es quel cincho me viene jodiendo el lomo.
- Apechálo, no siás bruto

“Apiaban” para sestear bajo los pinos chiflantes y odoríferos. Calentaban café con ocote. En el bosque de “zunzas”, las “taltuzas” comían sentaditas, en un silencio nervioso. Iban llegando al Chamelecón salvaje. Poi dos veces “bían” visto el rastro de la culebra “carretía”, angostito como “Fuella” de “pial”. Al «sesteyo», mientras masticaban las tortillas y el queso de Santa Rosa, ponían un “fostió”. Tres días estuvieron andando en lodo, atascados hasta la rodilla. El chico lloraba, el “tata” maldecía y se “ieíba” sus ratos.

El cura de Santa Rosa había aconsejado a Goyo no dormir en las galeras, porque las pandillas de ladrones rondaban siempre en busca de "pasantes". Por eso, al crepúsculo, Goyo y su hijo se internaban en la montaña; limpiaban un puestecito al pie "diun palo" y pasaban allí la noche, oyendo cantar los "chiquirines", oyendo zumbar los zancudos "culuazul", enormes como arañas, y sin atreverse a resollar, temblando de frío y de miedo.

—¡Tata: ¿brían tamagases? . . .

—Nóijo, yo ixaminé el tronco cuando anohecia y no tiene cuevas.

—Si juma, jume bajo el sombrero, tata. Si miran la brasa, nos hallan.

—Sí, hombre, tate tranquilo. Dormite.

—Es que curucado no me puedo dormir luego.

—Estirate, pué. .

—No puedo, tata, mucho yelo. .

—¡A la puerca, con vos! Cuchuyate contra yo, pué. .

Y Goyo Cuestas, que nunca en su vida había hecho una caricia al hijo, lo recibía contra su pestífero pecho, duro como un "tapexco"; y rodeándolo con ambos brazos, lo calentaba hasta que se le dormía encima, mientras él, con la cara "añudada" de resignación, esperaba el día en la punta de cualquier gallo lejano

Los primeros "clareyos" los hallaban allí, medio congelados, adoloridos, amodorrados de cansancio; con las feas bocas abiertas y babosas, semi-ahemangados en la "manga" rota, sucia y rayada como cebia.

Pero Honduras es honda en el Chamelecón. Honduras es honda en el silencio de su montaña bárbara y cruel; Honduras es honda en el misterio de sus terribles serpientes, juguares, insectos, hombres. . . Hasta el Chamelecón no llega su ley; hasta allí no llega su justicia. En la región se deja —como en los tiempos primitivos— tener buen o mal corazón a los hombres y a las otras bestias; ser crueles o magnánimos, matar o salvar a libre albedrío. El derecho es claramente del más fuerte.

* * *

Los cuatro bandidos entraron por la palizada y se sentaron luego en la plazoleta del rancho, aquel rancho náufago en el cañaveral cimarrón. Pusieron la caja en medio y probaron a conectar la bocina. La luna llena hacía saltar "chingastes" de plata sobre el artefacto. En la mediagua y de una viga, pendía un pedazo de venado "olisco".

—Te digo ques fológiato
 —¿Vos bis visto cómo lo tocan?
 —¡Ajú!. . En los bananales los ei visto
 —¡Yastuvo!..

La trompa trabó. El bandoleiro le dio cuerda, y después, abriendo la bolsa de los discos, los hizo salir a la luz de la luna como otras tantas lunas negras.

Los bandidos rieron, como niños de un planeta extraño. Tenían los “blanquiños” manchados de algo que parecía lodo, y era sangre. En la barranca cercana, Goyo y su “cipote” huían a pedazos en los picos de los “zopes”; los armadillos habíanles ampliado las heridas. En una masa de arena, sangre, ropa y silencio, las ilusiones arrastradas desde tan lejos, quedaban abonadas tal vez para un sauce, tal vez para un pino. . .

Rayó la aguja, y la canción se lanzó en la brisa tibia como una cosa encantada. Los cocales pararon a lo lejos sus palmas y escucharon. El lucero grande parecía crecer y decrecer, como si colgado de un hilo lo remojaran subiéndolo y bajándolo en el agua tranquila de la noche.

Cantaba un hombre de fresca voz, una canción triste, con guitarra.

Tenía dejos llorones, hipos de amor y de grandeza. Gemían los bajos de la guitarra, suspirando un deseo; y, desesperada, la “prima” lamentaba una injusticia

Cuando paró el fonógrafo, los cuatro asesinos se miraron. Suspiraron. . .

Uno de ellos se echó a llorar en la “manga”. El otro se mordió los labios. El más viejo miró al suelo “barrioso” donde su sombra le servía de asiento, y dijo después de pensarlo muy duro:

Semos malos

Y lloraron los ladrones de cosas y de vidas, como niños de un planeta extraño

VOCABULARIO

Cipote: niño, muchacho; *arresto*: esfucizo; *lata*: hojalata; *perjumar*: perfumar; *plata*: dinero; *choya*: calma excesiva, pereza; *apiar*: bajar; *zunzas*: fruta de las sapotáceas; *taltuza*: especie de conejo; *piel*: cuerda de cuero, *sesteyo*: de siesta; *fostró*: fox trox; *tata*: padre, papá; *pasante*: paseante; *chiquirines*: especie de cigarra; *tamagases*: especie de culbra; *jumar*: fumar; *tapexco*: lecho de varas; *añudada*: anudada; *clareyo*: claridad; *chिंगaste*: pedazos, trizas; *olisco*: de mal olor; *blanquillo*: indumentaria blanca de algodón; *zopes*: aves de rapaña, zopilote, aura; *manga*: cobertor de lana con dibujos indígenas

La Brusquita

El rancho de Polo quedaba allá donde empieza a trepar el volcán, al pie de unos “caragos jloridos”, al “jaz” de la vereda que lleva “onde” Meterio Ramos, cerca del cantón Guaruma. Entre pedriscos morados, hecho con paja de arroz y palma, el rancho miraba “pa” bajo, “pa” bajo, por encima de los grandes poteros del Demumbadero, hasta el río Guachote “quiba” haciendo “así, así”, hasta perderse en la montaña. Encorralado en un requiebre, entre “cocos” y platanales, estaba el pueblo. Eran todas las casitas blancas y estaban echadas con los ojos abiertos. Como ganado arisco en desaparajo, iban allá los cerros “atrompesándose” unos con otros, o encaramándose al “diu” de brama.

La “señá” Manuela, la partera, dejó el “guacal” de café en la hornilla apagada, sobre el polvito azul de la ceniza, y con un palito encendido “prendió” la “cabuya” de su cigarro. Con un ojo apagado por el humo, le dijo a Polo para cenar plática:

—Ve vos, yo sé lo que te digo: nuai más dolor quel de parir . . .
Polo asintió, con sencilla nobleza de “innocente”. Se despidió la

vieja y se fue; y el indio, que vivía solo allí, descolgó la guitarra, como quien apecha la tristeza sin temor, y "liayudó" al cielo a "dir" patiendo estrellas en la tarde

* * *

De allá de la carretera, de bien abajo, venía cargando con ella La "bían arronjado diun utomóvil". El "bía" visto el empujón y el "barquinazo" Iban todos "bolos" y ella lloraba a gritos. Cayó en "pinganías", y, dando una "güeltereta", sembró la cara en el lodo y se quedó "aletiando". El la "pepenó" y, como no había dónde, se la llevó cargando al rancho, cuesta arriba, cuesta arriba, "sudoso" y enlodado. Ella "sangriaba" y se quejaba. Por dos veces la "bía apiado" para que arrojara. Arroja un "piro" espumoso y hediondo y "diay" se desmayaba

Entió con ella apenas; la puso en la cama y empezó a lavarle la cara con un trapo mojado. A la luz del candil "vido", al ir boniando, que tenía la cara "chula". El pelo lo "andaba" al "jaz" de la nuca, era blanca y suavcita, suavcita como algodón de ceiba. Cuando abrió los ojos "vido" que los tenía "prietos" y "billosos", como charcos "diagua" en noche de relámpagos

* * *

Se quedó allí mientras se curaba. Había pasado una "goma feya", que le bajó con "chapiro". Con la sobada que le dio en la pierna, bajó la hinchazón. Podía apenas dar pasitos, renqueando y quejándose. Pasaba todo el día tirada boca arriba en la cama, descalza su blancura y triste el negro de sus ojos que le "sonreiban" agradecidos. Se dormía, se dormía . . . , y él la "veiya" desde el taburete, medio envuelta en el "perriaje", con el pelo en la cara, "acuchuyada" toda ella, dándole el redondo de su cuerpo con un abandono que le hacía temblar y "heiver". Cuando estaba "piojunda", él se acercaba y se inclinaba "Guelía ansina" con una "jlor de no sé qué", con un "perjume que mateya" y que da "jieber". Pero Polo sabía, en su sencilla nobleza de "innorante", que "nuay" que "conjundir la caridá". . .

* * *

—Usted, ¿dióndés?

—¿Yo? . . . de la capital. . .

—¿Por qué la embolaron y la enjalaron? . .

—Por bandidos que son. Les pegué en la cara y les dí de patadas y entonces me aventaron los malditos . .

Polo quería decir algo, quería sacar “ajueia” el “ñudo” que se le “bía” hecho en la garganta; pero no salía: era como una espina de pescado y no salía más que por los ojos. Ella lo miraba somiente. Para animarlo, le dijo:

—¿Qué no me mira que soy “busca”?

El no comprendió aquel término urbano. ¡Ah, si lo hubiera dicho con P, qué feliz habría sido!

—¡Qué busca va ser usted! . . .

Ella respetó aquello que creyó ser una ilusión de pureza. El sin duda la tomaba por “niña”.

* * *

Se separaron en el cruceo de los caminos. Allá en el “plán”. Se miraron fijo un rato, mientras cantaban los “píjuyos”. Ella le cogió las manos y se las besó, se le “atrinquetió” en el pecho, y ligerito, le dio un beso en la cara y se alejó “enquiando”. El quedó como sembrado. Rígido como “botón” de cerco, mirándola “diase”, “pelona” y “chula”, chiquita y blanca. Cuando “descruzó”, lo “voltió a mirar” parándose un momento y le dijo adiós con los dedos. El, sin “juerzas” casi, le meció la mano.

* * *

Sentado en la piedra, frente al rancho, miraba “baboso” y “juido” del mundo, cómo venían, por los potreos del Derrumbadero, los toros tardíos cabeceando y mugiendo, como si empujaran un trueno.

En la puerta del rancho la “señá” Manuela, la partera, cansada de hablar sola, se “encumbró” el último trago de café hundiendo la cara en el “guacal” y sentenció siempre “al igual”:

—Yo sé lo que te digo: nuay más dolor quel de parir . .

Con sencilla amargura de “inocentes”, el indio dejó de hacer cruces en la arena, y de un golpe clavó con furia el “coivo” en el tronco del “carago”. Cayeron “flores”

VOCABULARIO

Brusquita: término cordial para designar a una ramera; *carago*: árbol de flores rosadas y fruto en forma de vaina; *carao*; *cocos*: fruto del cocotero; *cabuya*: cabo o colilla de cigarrillo, puro; *barquinazo*: golpe; *pinganiya*: en la punta de los pies; *güeltereta*: vuelta; *pepinar*: recoger; *pino*: desperdicio en la fabricación del alcohol; *chula*: bonita; *plan*: explanada; *perraje*: frazada; *pijuco*: especie de pájaro; *voltiar*: girar la cabeza para mirar; *dir*: ir; *airompesándose*: tropezando; *quiba*: que iba; *seña*: señora; *prender*: encender, dar fuego; *al jaz*: al lado; *bolos*: borrachos; *goma*: malestar después de una borrachea; *chaparro*: aguardiente casero; *guetía*: olía; *jebre*: fiebre; *nuay*: no hay; *diondés*: de donde es

La Honra

Había amanecido “noitiando”, la Juanita limpia; “lagua” helada; el viento llevaba “zopes” y olores. Atravesó el llano. La “nagua” se le amelcochaba y se le hacía calzones. El pelo le hacía alacianes negros en la cara. La Juana iba bien contenta, “chapudita” y apagándole los ojos al viento. Los árboles venían corriendo. En medio del llano la cogió un tumbo de “noite”. La Juanita llenó el fiasco de su alegría y lo tapó con un grito; luego salió corriendo y emedándose en su risa. La “quiltra” iba ladiando a su lado, quitando alcanza las hojas secas que pajareaban.

El “ojo diagua” estaba en el fondo de una barranca, sombreado por “quequeishques” y palmitos. Más abajo, entre grupos de “güiscoyoles” y de “ishcanales”, dormían charcos azules como cáscaras de cielo, laigas y oloríferas. Las sombras se habían desbarriancado encima de los paredones; y en la corriente “pacha”, quebradita y silenciosa, rodaban piedrecitas de cal.

La Juanita se sentó a descansar: estaba agitada, los pechos —bien ceñidos por el traje— se le querían ir y ella los sofrenaba con suspiros imperiosos. El “ojo diagua” se le quedaba viendo sin parpadear,

mientras la “quilitra” lengüecaba golosamente el manantial, con las cuatro patas ensambladas en la arena virgen. Río abajo, se bañaban unas ramas. Cerca, unos peñascales veidosos sudaban el día.

La Juanita sacó un espejo, del tamaño de un “colón”, y empezó a espiarse con cuidado. Se arregló las mechas, se limpió con el delantal la frente sudada, y como quería, cuando a solas, se dejó un beso en la boca, mirando con recelo al rededor, por miedo a que la “bieran ispiado”. Haciendo al escote comulgar con el espejo, se bajó de la piedra y comenzó a “pepenar chinolitas” de tempisque para el “cinquito”

La “quilitra” se puso a ladra. En el recodo de la barranca apareció un hombre montado a caballo. Venía por la luz, al paso, haciendo “chingastes” el vidrio del agua. Cuando la Juana lo conoció, sintió que el corazón se le había ahorcado. Ya no tuvo tiempo de escaparse, y, sin saber por qué, lo esperó agarrada de una hoja. El de a caballo, joven y guapo, apuró y pronto estuvo a su lado, radiante de oportunidad. No hizo caso del ladrido y empezó a “chuliar” a la Juana con un galope incontenible como el viento que soplaba. Hubo defensa claudicante, con noes temblones y jaloncitos flacos; después ayes, y después El “ojo diagua” no parpadeaba. Con un brazo en los ojos, la Juana se quedó en la sombra.

* * *

Tacho, el hermano de la Juanita, tenía nueve años. Era un “cipote aprietado” y con una cabeza de “huizayote”. Un día “vido” que su “tata” estaba furioso. La Juana le “bía” dicho quién sabe qué, y el “tata” le “bía” metido una “penquiada del diablo”.

—¡Babosa!— había oído que le decía —¡Habís perdido loma, que era lúnico que tráibas al mundo! ¡Si biera sabido quibas ni a dejar loma al ojo diagua, no te deajo ni aquel diya; gran babosa! ..

Tacho lloró, porque quería a la Juana como si hubiera sido su “nana”; e ingenuamente, de escondiditas, se “jué” al “ojo diagua” y se puso a buscar cachazudamente “loma e la Juana”. El no sabía ni poco ni mucho cómo sería “loma” que “bía” perdido su hermana, pero a juzgar por la cólera del “tata, bía” de ser una cosa muy fácil de hallar. Tacho se “maginaba loma”, una cosa lisa, redondita, quizá brillante, quizá como moneda o como cruz. Pelaba los ojos por el arenal, río abajo, río arriba, y no miraba más que piedras y monte, monte y piedras, y “lonra” no aparecía. La “bía” buscado entre “lagua”, en los

matonales, en los hoyos de los palos y hasta le “bía” dado “güelta” a la arena cerca del “ojo”, y ¡nada!

—Lonia e la Juana, dende que tata la ha penquiao —se decía— ha de ser grande.

Por fin, al pie de un “chapiño”, entre hojas de sombra y hojas de sol, “vido” brillar un objeto extraño. Tacho sintió que la alegría le iba subiendo por el cuerpo, en espumarajos cosquilleantes.

—¡Yastuvo! —gritó

Levantó el objeto brillante y se quedó asombrado

—¡Achís —se dijo—. No sabía yo que lonia jueira ansina.

Corrió con toda la fuerza de su alegría.

Cuando llegó al rancho, el “tata” estaba pensativo, sentado en la “piladera”. En la arruga de las cejas se le “bía” metido una estaca de noche.

—¡Tata! —britó el “cipote” jadeante—: ¡Ei ido al ojo diagua y ei encontrado lonia e la Juana, ya no le pegue, tome! . . .

Y puso en la mano del “tata” asombrado, un fino puñal con mango de concha.

El indio cogió el puñal, despachó a Tacho con un gesto y se quedó mirando la hoja puntuda, con cara de vengador

—Pues es cierto . . . —murmuró

Cerraba la noche.

VOCABULARIO

Nortiando: haciendo viento; *nagua*: indumentaria, especie de falda; *quequeisque*: especie de planta que crece en la humedad; *güisoyol*: palmera de cuyo tronco se saca una bebida muy agradable; *colón*: moneda, unidad monetaria de El Salvador y de Costa Rica; *chirota*: bolas; *cinquito*: juego infantil; *chuliar*: piropear; *huizayote*: especie de fruta comestible; *penquiada*: golpiza; *piladera*: especie de mortero grande labrado en un tronco de árbol sirve para descascarar el arroz; *chapuda*: rosada; *pacha*: poco profunda; *ojo diagua*: nacimiento de agua, manantial



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

La Petaca

E¹ia pálida como la hoja-mai-
posa, bonita y triste como la virgen de “palo” que hace con las manos
el “bendito”, sus ojos eran como dos grandes lágrimas congeladas,
su boca, como no se había hecho para el beso, no tenía labios, era una
boca para llorar; sobre los hombros cargaba una joroba que terminaba
en punta. La llamaban la “peche” María

En el rancho eran cuatro: Tules, el “tata”, la Chón su “mama”,
y el robusto hermano Lencho Siempre María estaba un grado abajo
de los suyos. Cuando todos estaban serios, ella estaba llorando; cuan-
do todos sonreían, ella estaba seria, cuando todos reían, ella sonreía,
no rió nunca. Servía para buscar huevos, para lavar trastes, para ha-
cer “iñ”..

—¡Quitá diay, si no querés que te raje la petaca!

—¡Peche, vos quizás sos lhija el cerro!

Tules decía:

—Esta indizuela no es feya; en veces mentian ganas de volarle
la petaca, diún corvazo!

Ella lo miraba y pasaba de uno a otro rincón, doblada de lado la cabecita, meciendo su cuerpecito endeble, como si se arrastrara. Se animaba al "baul", y con un dedito se estaba allí sobando manchitas, o sentada en la "cuca", se estaba "ispiando" por un hoyo de la "paté" a los que pasaban por el camino.

Tenían en el rancho un espejito "ñublado" del tamaño de un "colón" y ella no se pudo ver nunca la joroba, pero sentía que algo le pesaba en las espaldas, un "cuenterete" que le hacía poner cabeza de tortuga y que le encaimaba los brazos: la "petaca"

* * *

Tules la llevó un día "onde el sobador".

—Léi traído para ver si usted le quita la puya. Pueda ser que una sobada. . .

—Hay que hacer perimentos difíciles, vos, pero si me la dejás unos ocho días, te la sano todo lo posible.

Tules le dijo que se quedara.

Ella se jaló de las mangas del "tata"; no se quería quedar en casa del sobador y es que era la primera vez que salía lejos, y que estaba con un extraño.

—¡Papa, paíto, ayéveme, no me deje!

—Ai tate, te digo; vuá venir por vos el lunes.

El sobador la amarró con sus manos huesudas.

—¡Andáte ligero, te la vuá tener!

El "tata" se fue a la carreta.

El sobador se estuvo acorándola por los rincones, para que no se saliera.

Llegaba la noche y cantaban gallos desconocidos. Moqueó toda la noche. El sobador "vidó quéra chula".

—Yo se la sobo, ¡ajú!—pensaba, y se "reiba" en silencio.

Seían las doce, cuando el sobador se le animó y le dijo que se desnudara, que "liba" a dar la primera sobada. Ella no quiso y lloró más duro. Entonces el indio la "trincó" a la "juerza", tapándole la boca con la mano y la dobló sobre la cama.

—¡Papa, papita! . . .
Contestaban las ruedas de las carretas noctámbulas, en los baches del lejano camino.

* * *

El lunes llegó Tules. La Mariá se le presentó, gimiendo . . El sobador no estaba.

—¿Tizo la peración, vos?

—Sí, papa . . .

—¿Te dolió, vos?

—Sí, papa . . .

—Pero yo no veo que se te rebaje

—Dice que se me vir bajando poco a poco .

Cuando el sobador llegó, Tules le preguntó cómo iba la cosa.

—Pues, va bien —le dijo—, sólo quíay que esperarse unos meses. Tiene quíisele bajando poco a poco

El sobador, viendo que Tules se la llevaba, le dijo que por qué no la dejaba otro tiempito, para más “seguridá”; pero Tules no quiso, porque la “peche” le hacía falta en el rancho

Mientras el “papa” esperaba en la tranquera del camino, el sobador le dio la última sobada a la niña.

Seis meses después, una cosa rara se fue manifestando en la “peche” Mariá.

La joroba se le estaba bajando a la barriga. Le fue creciendo día a día de un modo escandaloso, pero parecía como si la de la espalda no bajara gran cosa.

—¡Hombré! —dijo un día Tules— esta babosa, tá embarazada!

—¡Gian poder de Dios! —dijo la “nana”.

—¿Cómo jué la peración que tizo el sobador, vos?

Ella explicó gráficamente.

—¡Aijuesesentamil! —rugió Tules— ¡Mianimo a it a volarle la cabeza!

Pero pasaba el tiempo de ley, y la “peche” no se desocupaba.

La partera, que había llegado para el caso, “useivó” que la niña se ponía más amarilla, “tan amarilla, que se taba poniendo verde”. Entonces diagnosticó de nuevo

—Esta lo que tiene es fiebre pútrida, manchada con aigre de corredor.

—¡Eee?...

—Mesmamente; hay que darle una buena fregada, con tusas empapadas en acetoloroco, y untadas con kakevaca.

Así lo hicieron. Todo un día pasó apagándose; gemía. Tenían que estarla “voltiando” de un lado a otro. No podía estar boca arriba, por la “petaca”; ni boca abajo, por la barriga.

En la noche se murió.

Amaneció tendida de lado, en la cama que habían jalado al centro del rancho. Estaba entre cuatro candelas. Las comadres decían:

—Pobre; tan güena queira, ¡ni se sentía la indizuela, de mansita!

—¡Una santa! Si hasta, mirá, es meramente una cruz!

Más que cruz, hacía una equis, con la línea de su cuerpo y la de las “petacas”.

Le pusieron una coronita de “siemprevivas”. Estaba como en un sueño profundo, y es que ella siempre estuvo un grado abajo de los suyos: cuando todos estaban riendo, ella sonreía; cuando todos sonreían, ella estaba seria; cuando todos estaban serios, ella lloraba; y ahora, que ellos estaban llorando, ella no tuvo más remedio que estar muerta.

VOCABULARIO

Petaca: joroba; *palo*: madera; *peche*: delgada, desnutrida; *sobador*: persona que da masajes para aliviar las contusiones; *trincar*: echar y sujetar sobre el suelo o sobre algo; *kakevaca*: estiércol de vaca; *siemprevivas*: especie de flor silvestre

Tocata y Fuga

María Cristina enjugó todavía una lágrima rezagada en la esquina enojecida del ojo, luego con el ademán inconsciente de una niña menor se sonó con la punta del tapado, advirtió su descuido y se ruborizó mientras alisaba nerviosamente los pliegues para disimular.

—Los vendí —dijo— para poder pagar la deuda de la tienda. ¿Qué más podía hacer?

Agustín la miró con una extraña mirada de piedra. Ella no entendía estos ojos grises que brillaban como al borde de un abismo.

—¡Ah! . . . —dijo él— ¡ahora caigo! . . . ¡ahora caigo! . . .

Era cierto. Ahora caía el emigrado, aquí, en presencia de la esposa, ahora caía de nuevo al mundo. Por primera vez desde su fuga, las manos, que las andaba como alitas, como flores, como dádivas en las manos de toda la gente buena, se le agarraron un poco en puño casi ceñido, con aquella contracción que enarbolaba una vez más la bandera del carácter rebelde, justiciero, inconforme, altanero.

—¡Ya te entiendo! . . . No tiene remedio.

—Tal vez más allá podrías tener algo así otra vuelta. Vos sabés que no hay nada imposible cuando el señor lo quiere. Además yo no sabía . . . tenía que pagar . . . tenía que venirme

—¡No!. . . ¡Sí! . . . Hiciste bien, Tina, hiciste bien . . . Además. . . no tiene remedio . . . ¿verdad?

Ella lo miró sin alegría:

—Estás flaco

—Estoy bien, mejor . . . estaba zoquetudo, me siento más ágil y más fuerte.

Se sentó al lado de ella en la cama. Después de los primeros apretones de entusiasmo (dados a tontas y a locas en la sala del huésped) este abrazo era ya del cuerpo y no del alma. La Tina no decía nada de que ella estaba flaca y demaciada, pero él la veía así como con más alma, esa más alma que había estado hallando en todas partes, esa más alma del cuerpo, con orejas lilas y miradas pedigüeñas, con temblor en los dedos y un vacilar en todo el ser, que encendía el cariño y la caricia. La puso contra su pecho, después de tanto tiempo, le dijo el nombre con voz oscura de añoranza. Ella cerró los ojos

* * *

El sopor de mediodía empezó a ser sacudido por un vientecito frío que llegaba a todas partes. Por la ventana entreabierta entraba hasta la cama revuelta donde María Cristina dormía ahora profundamente. Agustín se sentó aún adormilado. Miró a su mujer con ojos piadosos, le cubrió la cadera desnuda con la colcha y fue después, tambaleante, hasta la ventana que abrió un poco más para mirar afuera. Aquello era segura tormenta. Sobre las seranías cundidas de pinos la humedad de un nubarrón se iba abriendo en grumos grises y plateados los cuales palpadeaba ya el relámpago

—Este es un aguacero seguro —pensó Agustín.

El viento arreciaba paulatinamente y de aquella masa multiforme de nubes surgieron puños blanquecinos que golpearon rabiosamente el cuerpo de tambor de un cielo gris-verde, templado cada vez más, del horizonte al horizonte.

Pronto estuvo la lluvia encima de los pinares que forcejeaban negros y silbantes. Con anchos escopetazos el remolino limpió de basuras los patios de la hacienda. Las hojas pajarearon en todas direcciones y los tejados empezaron a recibir la munición de las primeras gotas

que respingaban en tikes de granizo, hasta que la lluvia toda estuvo encima del techo, ensordecedora, quebrándose en lenguas de vidrio al saltar del alero.

Agustín había cerrado la ventana y encendido el quinqué de gas. El olor finquero del gas se mezclaba al dulce olor a teja esponjada.

María Cristina se había vestido y estaba ordenando sus maletas.

—¿Te gusta aquí?

—Sí, pué, me quedara si no fuera por Adalberto. Cómo estará de triste el cipote! . . . De mí no *siabía* separado nunca.

—¡Pobrecito! . . .

Tomasa, la hermana de Agustín les hacía el favor de tenerles al hijo de doce años mientras ella volvía.

—¿Cuánto *tantiás* que puedo quedarme con *vos*?

—Por mí que te quedaras todo el mes, pero . . . eso se lo dejo a tu juicio. Ya sabés que estoy aquí, que no me mataron; que puedo trabajar en la hacienda de don Nacho. Dios nos dará la señal cuando tengamos que juntarnos de nuevo.

—¡Ay! . . . ¡No quisiera que entrara ninguna revolución! ¡Este penar ya no lo aguanto! . . .

—Yo no estoy entendiendo que la cosa se pueda tener así como así . . . Esto está un poco *jodido* . . . Pero si hubiera que hinchar el pellejo, pues . . . tenés que pensar que tenemos que ser libres al fin . . .

—¡Todos son la pura porquería! . . .

—No todos, Tina, no todos . . .

El fujete de un rayo hizo temblar el mundo. La mujer se santiguó.

* * *

A eso de las cuatro el día relució con azules de acerina. El cielo había quedado gris y las serranías, aún oscuras pero limpias de niebla. El llano se alzaba hasta los peñascales al sur. Un camino angosto lo cruzaba; cinta roja en el verde empapado de la grama. Uno que otro charco resplandecía en el suelo oscuro con magia de ópalos.

Anduvieron toda la extensión y treparon a la colina de rocas sentándose con los rostros hacia el lado de la patria. En la borrosa lontananza el doble cono del "Chinchontepeque" aparecía en su azul des-

teñido, pero se reconocía sin esfuerzo. Allá también estaban los picos desdibujados del San Miguel, del Santa Ana y del Izalco.

Sentados allí respiraban a todo pulmón la frescura de la tarde. De los pinares llegaba el olor y el pajaterío. Se oprimieron las manos y él empezó a contarle lo sucedido.

* * *

“Eran allá como las doce y media de la noche del 28 de junio cuando oí ruido de llaves en la puerta de la celda. En ella estaban conmigo: Moreira, Calderón, Jacinto y un muchacho de apellido Rivera López. Estábamos empezando a dormirnos en nuestro dormitorio tan teta-ceado, tú sabes cómo son de feas las celdas del callejón 10: frías, húmedas, pestilentes. . . Un oficial y varios clases entraron llevando una lámpara. Todos nos habíamos sentado y podía decirse que se escuchaba el violento golpe de cinco corazones angustiados. Moreira no hizo sino levantar la cabeza; el pobre estaba tan adolorido y afiebrado que a ratos deliraba. La paliza había sido madre, sobre todo para él, querida. . . Tú no puedes imaginar lo que significa estar así uno, acorralado y golpeado y esperando a cada momento la hora fatal del paredón. El ruido de una llave en la cerradura se escucha con la zozobra del que oye cómo la rata sigilosa de la muerte roe las últimas fibras que nos atan a la existencia.

Pero luego en aquel nudo de ideas negras se entrecruza fatalmente la hebra verde de la esperanza. Ese ruido de la llave en la puerta puede ser el preludio de cuatro cosas importantes: el espantoso paredón de fusilamiento, la liberación por causas desconocidas, el destierro o bien la terrible “fuga” que no lo es, la “fuga” a la cual llama Jacinto (siempre en guasa aun en los momentos más trágicos): “La fuga que viene después de la tocata”. La tocata es la paliza y la fuga es un fusilamiento hipócrita. El prisionero es trasladado de un sitio a otro distante varias leguas; en el camino se le invita a fugarse y cuando el prisionero se cree el hombre más feliz del mundo se le aplica la ley fuga, que es un fusilamiento por la espalda para todo ruego que intenta escaparse”.

—¡Bendito sea Dios que sólo te destenaron. . .!

—Pues. . . eso es lo que no sabía yo. . . es decir. . . no estaba seguro. De todas maneras a mí me aplicaron la ley fuga.

—¡Qué dices. . .!

—Eso. . . Me sacaron esa noche a mí solo. El oficial dijo: ¡Agus-

tín Martínez; trasladado a Chalatenango! Despidase que vamos andando al momento.

Me abrazaron fuerte, deseándome felicidad pero con voces quebradas porque sabían lo que podía ser. . . Tú sabes que yo sólo temo a la muerte por ustedes. Pues bien, tenía miedo y valor a la vez. Me dolía así como un lado del corazón y el otro me escarabajaba de un extraño gusto, eso que siente el que teniendo sus cuentas claras sabe que va a rendirlas, que llega la hora de la prueba en la cual, como pensó siempre, no fallaría; se hincharía de orgullo y de valor y se rajaría sólo como el roble cuando es la noche de su rayo. Yo no quería y quería, al mismo tiempo, ir a morir, caminaba con el continente sereno y altanero pero me temblaban las manos en las abrazaderas y sentía en el ombligo una estocada de fatalidad.

Me llevaron en un carro varias horas, entre dos guardias nacionales que no hablaban, sólo eran en la penumbra dos siluetas encogidas y malolientes.

Los rayos claros de las estrellas ponían en ciertas partes de la indumentaria, reflejos sobre las placas metálicas. Todo lo veía yo como una pesadilla. ¡Quizá estaba soñándolo todo!. . . Así pensaba por momentos. Después me llevaron a pie por un camino desconocido. Serían allá como las cuatro de la mañana (a juzgar por el "nixtamaleo" que brillaba sobre las montañas grises y amontonadas), cuando el sargento mandó parar al llegar a un "rigüilote" al final de la llanada y al pie de las primeras estribaciones. No me gustó nada aquella orden. "

María Cristina se echó llorando en el pecho de Agustín, sacudida por violentos sollozos.

—*Cálmate, Tina, cálmate. . .* después de todo ¿No *mián* matado, *verdá*?

Ella continuó sollozando por desahogo, por inercia, y luego volvió a escuchar.

"Hacia el sur y sobre las serranías del "Chapanastique" el cielo se resquebrajaba y por alguna rendija caían rayos azulinos de sol que ponían oio en algún picacho, traslucían amatistas en alguna hondonada, soslayaban la esmeralda de alguna llanura o estremecían la acarina de lontanos aguajales.

"Yo supe en aquel momento lo que es estar solo frente a Dios. La esperanza como marchita floi en el calcinado tiesto del corazón. Me

iban a fusilar allí, lo sabía por todo, por el tono de la orden, por la distancia, por la hora... Como un último temblor de carne digerí el nudo que tenía en el estómago. Ya no sentía estómago, ya no sentía ardor en las plantas de los pies, sólo sentía la frente; debajo, los ojos encendidos como con un poderoso fuego; la boca que iba a pronunciar unas últimas palabras terribles. Los oídos me ardían como si hubiera pasado por ellos el vendaval violento y silbante que lo llevaba todo, hasta la vida misma.

Cuando el sargento encendió un pufo y dio algunos pasos hacia donde yo estaba, sabía perfectamente qué iba a decirme

—Don Agustín. . . Traigo orden de tronarlo

Yo no contesté, ni sentí que se alterara en mi cuerpo el más pequeño músculo. Oí lo que debía oír

—¿No tiene miedo. . . ?

Tampoco dije nada. Echó humo por una boca de almeja entre buelona y piadosa. Miró a los guardias a uno y otro lado. Dio dos pasos con aire de importante persona y clavó la planta de una bota en el tronco del árbol recostando el cuerpo a discreción.

—*Muchá*, ¿qué dicen si lo dejamos ir . . . ?

Uno de ellos respondió:

—Si usted lo manda, mi sargento, por nosotros que se vaya . . .

—*Diacuerdo*. . . ¡que se vaya . . . ! —dijo el otro.

El sargento volvió a acercárame y me miró siempre sonriendo con el pufo en un extremo de la boca:

—Lo vamos a soltar . . .

—No soy tan tonto de creerlo —dije con toda naturalidad—. Yo sé perfectamente lo que va a suceder. La ley fuga ¿verdad? la ley fuga . . . Pues bien: no me queda otro camino sino dar mi vida por la patria que amo, pero sepan ustedes tres que en mi fuga rezaré las palabras de Judas ahorcado que son para que el cómplice padezca la muerte repentina y compartita el castigo con el culpable intelectual

No sé por qué les dije esto, no podía atacarlos y vencerlos y había una posibilidad de intimidarlos porque son de casta supersticiosa. Se miraron sonriéndose como bobos los unos a los otros. Luego el sargento vino a mí y cortó las ligaduras con su yatagán. Me entregó el sombrero que se me había caído al camino y con voz imperiosa me mandó:

—¡Andele, ándele; salga para Honduras si quiere vivir! ¡si va despacio lo tronamos! . . .

Sólo sé que una vaga esperanza me cortó el oigullo; apabullé el sombrero entre las manos, vacilé un instante y luego eché a correr hacia un sitio cerrado de maleza al pie del cerro

El aire frío silbaba en mis oídos por el impulso de mi cuerpo; mis botas sonaban extrañamente en la carrera. Fue entonces que sonó la primera descarga y oí el silbido de las balas. Esto puso alas en mis piernas. Las lianas reventaban a mi paso y las hojas eran como olas de espumosas aguas arremolinadas en torno mío. Oí dos descargas y algunas voces. Al saltar una cerca junto a una barranca puse el pie en un tronco grueso que se hizo polvo y me llevó rodando entre pedruscos y ramas espinosas hasta lo más hondo. Di medio a medio con la frente en una estaca de guayabo y sin ánimo de levantarme me quedé embocado largo tiempo. Tenía sangre en los dorso de las manos, en la barba y en la frente. Después de un largo silencio que sería quizá de media hora me levanté y seguí andando hacia una quebrada donde lavé mi cara y traté de entender si estaba herido de bala ¡Nada, nada! . ¿Me tirarían a matar? ¿Habían errado por falta de buena puntería, o por piedad? . . . ¿o por miedo? . . . ? ¿Tenían órdenes de matarme o de dejarme libre? . . . ? No podía saberlo.

Tenía que caminar sin descanso si quería alcanzar la frontera. No debía estar lejos a juzgar por lo que el saigento dijo

Caminé como un borracho durante toda la mañana y al medio día llegué a un rancho medio derruido donde en un corral fangoso había cinco vacas con sus crías. El rancho tenía un caedizo hasta al suelo bajo el cual había hozando en lodo revuelto una cerda flaca. El piso del interior estaba lleno de agua y tallos de escobilla, pero había un tabanco de *tapexco* con una escalera de *guarumo* macheteado. Estaba a punto de soltarse una tormenta y sin pensarlo mucho enté dejando las botas pintadas en el lodo y subí por la escalera cogiéndome a los pilares como pude. Arriba había un rincón donde el *tapexco* era más nutrido y tenía colchón de paja. Varios trastos estaban regados por todas partes o guindando de las vigas. Estaba muy rendido, eso era todo. No tenía miedo. Una como alegría de intuición me hervía en el pecho. Sabía que nada malo podría ocurrirme ya. Cuando el aguacero cerró las montañas me encogí en aquel *tapexco*, me envolví con algo de paja y con mi saco y me dormí profundamente.

Llegó la noche y llovía. Varias veces desperté debido al frío intenso, al soplo persistente de una corriente de aire, debido al escozor del *ajuate* en el cuerpo o por el aullido o el grito de extraños animales. Una vez, como a la madrugada, me despertó un lejano disparo como

de escopeta. Al amanecer entré en el más profundo sueño. Había cesado el viento y la lluvia y en la medida en que el sol caldeaba el exterior del rancho mi sueño debe de haberse hecho cada vez más hondo y reparador.

Serían allá como las ocho cuando yo abí los ojos y desperezándome me puse a mirar las vigas rollizas y los mecates que ataban el techo de paja al *tapexco* del rancho. Mi pensamiento parecía claro y diáfano como nunca y mi corazón se sentía contento como flor recién abierta al sol de la mañana. ¿Qué había sucedido...? Trecho a trecho seguí en el mapa del recuerdo los acontecimientos del día anterior desde mi salida de la celda. Someí sin poder evitarlo al recordar la idea de Jacinto sobre la "Tocata y Fuga". Había pasado yo por este extraño incidente musical y sin embargo estaba aquí, sano, libre y contento. ¿Sería tanta mi suerte?

Por una claraboya tan grande que podía tenerse por ventana, veía un grupo de ramas y una de ellas estaba en flor y llena de luz del sol. Las vacas y sus crías continuaban el concierto de tiernos balidos que venía oyendo desde poco antes de amanecer. Oía sin temor alguno el ruido que hacían los chorrillos de leche al golpear las paredes metálicas de un balde de ordeño. Alguien estaba allí ordeñando... Y yo no tenía miedo.

Pero esta misma extraña sensación de paz y de júbilo trajo al fin a mi mente la extraña idea de si estaría muerto. ¿Acaso no había sido fusilado durante mi fuga...? Yo, corrí, corrí... como corre la víctima en esta terrible ley del venado, que mata en el salto y en la carrera. ¿Sería la muerte una como segunda vida en un plano distinto, en una escala mayor? ¿Se resolvería esta tocata de aquí abajo, en una fuga por un camino de más alegría y color? ¿Seguiría el venado hendiendo el viento y de salto en salto por la nube al dejar tronchado sobre el suelo el cuerpo esbelto de que la bala traída le privó?

* * *

Agustín Martínez siguió refiriendo a su esposa todos los pormenores de aquella extraña fuga: la amable acogida del finquero que lo guió a la frontera cercana y le ayudó con víveres y plata; la acogida de las montañas hondureñas; el amplio pinar que era como la sala hipófila de un templo natural, oloroso con la trementina del *ocote* y la fibra seca del suelo alfombrado, libre de maleza y resbaladizo; la amabilidad del aire puro y saturado y la de los campesinos hospitalarios.

Todo era como un mundo nuevo, más amplio, más hermoso, más bueno. . . ¿Cómo no dudar de si vivía aún? Nadie era conocido, todos eran nuevos, nuevo el clima, el cielo y el paisaje, la salud levantada, el apetito esponjado y la simple idea de sobrevivir, aunque fuera en la muerte, le había cambiado en otro, en el hombre que debió siempre ser.

Refinióle su providencial encuentro con Don Nacho, un hacendado generoso que le recibió como si hubiera sido el hijo pródigo. Le había puesto cariño; se interesó en que ella supiera que él vivía y estaba allí.

—Tu cara fue la primera cara conocida que yo vi después de la experiencia. El verte me reconciliaba con la idea de no haber muerto; pero no fue sino cuando tú me dijiste que te habían cobrado la cuenta y que habías tenido que vender lo que yo tanto aprecio, que volví en mí y me sentí de nuevo en esta pesada vida de injusticia.

—¡Agustín! no blasfemes; piensa en todo lo bueno que el Señor ha sido con nosotros conservándote la vida!

—Tienes razón. Soy muy tonto. Pero es que. . . hay otros que sufren y me necesitan, no podí vivir sin luchar por ellos.

Miró el horizonte ya borroso del sur, mientras masticaban un tallo de "gallito". Allá lejos estaba la patria pequeña extendida en la sombra de la prima-noche como una bandera enorme. Casi se decía que ondulaba al viento, en azul, en blanco, en azul; pero los azules estaban ennegrecidos y el blanco agrisado.

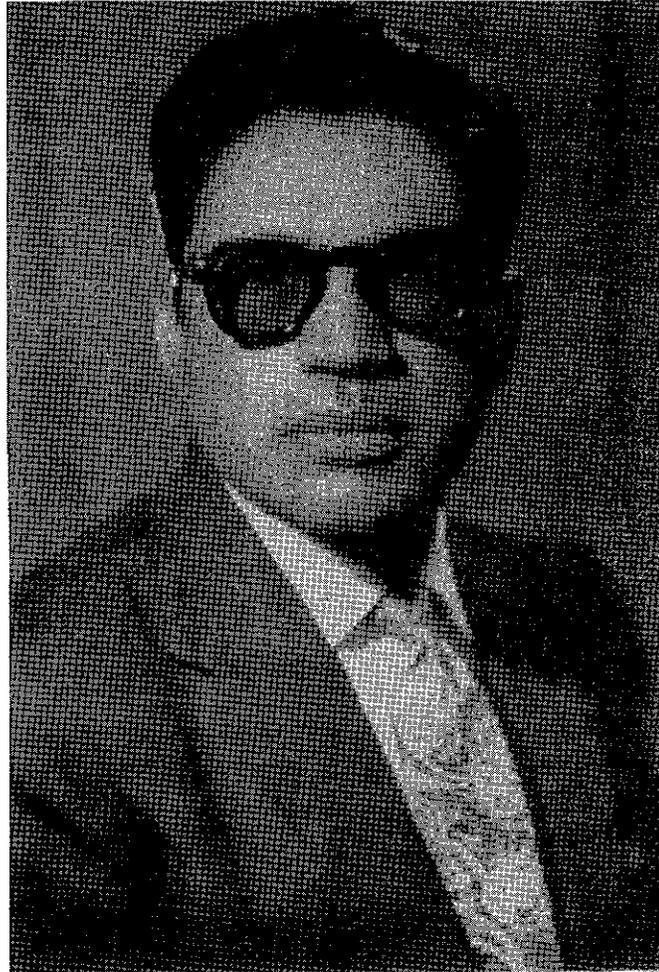
Agustín era un patriota, idealista, ilusionado. . . Con los ojos húmedos y mientras apretaba entre las suyas las manos de la Tina, recitaba mentalmente la estrofa pertinaz de su poeta preferido

*"Bandera yo te adoro con una fiebre extraña,
como el pájaro esclavo al bosque y la luz.
Para mi sed de verte son aguas de montaña
esos colores frescos en que te bañas tú. . .!"*

VOCABULARIO

Tantiar: calcular; *jodido*: fastidioso; *tigüilote*: clase de árbol; *Muchá*: muchacho; *diacuerdo*: de acuerdo; *guarumo*: clase de árbol; *ajuate*: pelusada de las gramíneas que produce escozor; *ocote*: madera resinosa de las coníferas

*Cuentos
de
Napoleón
Rodríguez
Ruiz*



Napoleón Rodríguez Ruiz
(1910-)

CATALOGADO

El Janiche

La familia de Tomás Lúe vivía en un cantón perteneciente a la comprensión municipal de Izalco. Los Lúe se habían establecido allí desde tiempo inmemorial. Los lindes del cantón habían sido siempre su único horizonte. Ahí, por devoción, se conservaba el fuego del hogar. Los ranchos olían a tradición. Sobre la tierra estaba siempre cayendo el llanto de los muertos y fertilizándola y consagrándola. Los antepasados presidían el proceso de la siembra y la recolección de las cosechas. En las noches sin luna, cuando las sombras se hacen más densas y profundas, los difuntos velan sobre el maizal y libran de los brujos y de los malos espíritus.

Por todo eso habían los Lúe permanecido siempre adheridos a la tierra. Formaban parte de ella. Se sentían vivos en el verdeo de los herbachos, en la terronería parda y negra que la uña del arado ponía al descubierto, y en el polvo bermejo de los caminos. Observaban rigurosamente las costumbres transmitidas a través de muchas generaciones, y no daban un paso sin atenerse a las reglas que los manes dictaran a todas las tribus desde el principio del tiempo.

De ahí que los Lúe no fueran gente alegre. Agobiados de tradi-

ción, presos en las redes de una herencia psicológica infantil, apenas si podían respirar con libertad. Eran tristes y añorantes.

Tomás Lúe fue el último varón de la familia. Casó, a la usanza indígena, con Eulalia Tisque y habían tenido cinco hijas en el matrimonio. En todos los alumbramientos el hombre había esperado ansioso un varón, pero sus deseos siempre salieron frustrados. Entonces solía decir: “esta Ulalia sólo sabe nacer mujeres. Si el finado mi tata viviera ya me viera buscando otra mujer pa tenerlo el varón”.

No hay cosa más dolorosa para el indio que no tener hijos varones. Se siente incompleto, no le encuentra un sentido exacto a la vida. Pareciera como si a la tierra le faltara algo, y como si se estuviera más cerca de la muerte.

La nostalgia por el varón que no llegaba, hacía estragos en el aspecto físico de Tomás: se veía avejentado, desmañado, sin ánimos. La última hija tenía ya siete años, de modo que Lúe iba perdiendo poco a poco la esperanza, aunque sin resignarse nunca. Pensaba, acongojado, que la virilidad de que tanto se ufano siempre, estaba agonizante y que él había dejado de existir como hombre para mujer.

—Soy como el palo de hule —decía— que no da leche de tanto que lo han sangrado.

A él, por las heridas del alma se le había fugado la hombría

Júzguese entonces cuál sería su contento cuando un buen día, la Eulalia, afligida y cavilosa, le dijo:

—Tomás. . .

—¡Ajá! . . .

—Te quieto decir una cosa. . .

—¿Qué cosa es ésa? desembuchala luego.

—Que yo creo que estoy empuñada, pué . . .

El indio dio un salto y se la quedó mirando perplejo. En su asombro, no hallaba qué decir.

Al fin, atagantándose, exclamó:

—¿No será buleta vos Ulalia? Ya sabés quel duende hace a veces travesuras.

—Yo no sé si será vano esto, pero toy asina.

—Si nues vano, ése tiene que ser el varón, mi cipote que tanto ei esperado.

—Bicho o bicha tu hijo será, Tomás.

—Yo creo que sí.

Cundió la nueva por la rancharía. Y todos vieron con asombro que Tomás Lúe era otro hombre. Su andar era más firme, su cuerpo, antes encorvado, se erguía proyectando una sombra larga en el suelo. Se endomingaba con frecuencia, poniéndose alegre en el pueblo.

Y así, rodando, rodando, el ansia se diluía en la espera. E iba tatuándose en la imaginación de Tomás la figura del hijo, que se distendía y ocupaba espacio en el mundo hasta llegar a moverse a su lado y mirarle con ojos hitosos. Lúe, en la penumbra, sonreía satisfecho y orgulloso. En ningún momento se le cruzó por la cabeza la idea de que aquel hijo pudiera ser hija, como las otras veces. Tenía seguridad y fe.

Miraba a la Eulalia con amor, casi con mimo. Ella, redonda y pequeñita, no demostraba participar de la ansiedad del marido. La vida la veía del mismo color, siempre sombría, llena de recuerdos de los muertos que imponían su voluntad, desde las tumbas. Bien hubiera querido ella, por ejemplo, quitarse el refajo y vestir naguas y blusa para sentir menos oprimido y fatigoso el pecho. Pero la tradición tribal se lo impedía. Había sido una blasfemia. ¿Qué diría tata Eugenio Tepac, su abuelo materno, a quien no conoció, pero había, en cambio tiranizado a la familia? Hubiera querido también llamar para que la asistiera en el parto, a una plegada, a una ladina, para sufrir menos en el alumbramiento. Pero sabía que no podía, el cipote nacería tocado. Los muertos decían que habría de ser una partera india, y así sería.

Transcurrieron los meses, engullidos por la ansiedad de Tomás. Y por fin llegó la fecha del alumbramiento. Era un día azul de verano. Una lluvia de luz caía sobre la campiña, poniendo en los árboles hojas de cristal. El volcán de Izalco se destacaba en el horizonte como un cenizo de arena que manos infantiles dejaron formado en una playa de mar.

El niño sería hermoso, como el día. Tomás estaba alborozado. Sentía vagamente, inconscientemente, proyectarse hacia la eternidad del tiempo. Un halo de persistencia le soplaba en el corazón.

En la tarde, se encaminó a la ciudad de Izalco a comprar el amilú y el triaca y otras cosas que la partera le había pedido. La Eulalia se había quedado tomando agua de ciprés suministrada por la comadrona para apurar los dolores, los cuales se produjeron desde muy temprano.

Después de comprar las medicinas, deambuló un rato por la plaza, y luego pasó a la cantina a tomarse unos tres tragos de aguardiente.

y a comprarse unos puros. Así se sentía con más valor para esperar el nacimiento. Sentados en una banca larga y desvencijada charlaban varios clientes en la cantina, hediondos a chenca y a licoi. Uno de ellos tenía un periódico en las manos y leía con alguna atención. Lúe no les hizo caso, y ya ponía los pies en la acera cuando se volvió bruscamente, asustado, al oír que el que leía el periódico decía:

—Miren muchá, hay que acostarse temprano porque aquí dice que va haber eclipse de luna esta noche

—¡Ajá! —dijo otro—, quizá por eso tenía anoche rueda la luna y el sol ha alumbrado tanto este día.

—¡Eclipse de luna! ¡maldita sea! —se dijo Tomás. Y su cara, antes alegre, se le ensombreció de angustia. Su paso tornóse vacilante. Cabizbajo tomó el camino del cantón. Estaba seguro de que el hijo nacería mal, le costaría mucho a la Eulalia, tal vez hasta se moriría el cipote. Pero no, no podía ser que la luna viniera a quebrar su anhelo. ¿Qué tenía que ver ella con su hijo? La luna gira en el cielo y nosotros estamos en la tierra. ¿No está acaso muy lejos la luna? ¡Ah!, pero las tradiciones dicen que el que nace en eclipse de noche sale comido de la luna o se muere. Y el que nace en eclipse de día, sale hijo del sol, o también se muere. Los decimes indios lo afirman, y así debe ser. Su hijo nacería janiche o se moriría. Si siquiera la luna hiciera una esperita. Un día no es nada. ¿Qué sale perdiendo la luna con atrasarse un día? El, en cambio, tendría un hijo janiche, que es como tenerlo a medias

Así, entre animoso y decaído, sintiendo su espíritu en una encucijada llegó al rancho cuando ya anohecía. La Eulalia estaba en lo mejor. Los dolores habían aneciado —decía la india comadrona— de seguro el nacimiento sería como a las diez. Tomás no dijo nada del eclipse. No quería asustar a su mujer. Además, tal vez el borracho aquel se había equivocado y no había tal eclipse.

La noche cayó con toda su suavidad de terciopelo. Al mismo tiempo que en el cielo se encendían las estrellas, se encendía en el alma del indio la hoguera de su inquietud. Si al menos hubiera nubes negras para que no se viera el eclipse —pensaba—. Pero el cielo estaba diáfano y sutil. Nada interrumpía aquella diafanidad, a no ser el móvil encaje de la vía láctea.

Tomó Lúe un taburete y salió a sentarse en el patio del rancho para seguir, ojo avizor, los pasos a la luna. A poco, ésta surgió redonda e insinuante. Tomás la vio larga y fijamente, y le pareció tan

tranquila, tan hermosa, que no era posible que causara tanto daño; insensiblemente, sin quererlo, murmuró: ¡Materia!

Adentro, en el rancho, la Eulalia gemía, no se sabía si por los dolores del parto o por los manoseos de la comadrona. El agua hirviendo esperaba en el fogón. La india partera, masticaba tabaco y rasándose la cabeza, decía a cada rato:

—¡Tá trabajando! ¡tá trabajando! nacerá bien, aguantá hijita.

Mientras, la luna iba subiendo toda blanca como un globo de plata. Toda la noche la ocupaba ella, tales eran su grandor y su hermosura. Lúe seguía mirándola, casi sin parpadear. Los hilos de su mirada se enredaban en el espacio con los rayos de la luna. El había querido amararla con ellos, detenerla para que no fuera al eclipse.

Caían los minutos como gotas de angustia. Las pupilas de Tomás tenían agua de luna de tanto mirar. Según su orientación debían ser las nueve de la noche. De repente, una sombra violácea empañó el color de acero de la atmósfera. Se extendió rápida formando arco iris. La luz de la luna se opacó y tomó un tinte ceniciento. De súbito, la luna se metió como una guillotina en la sombra, y todo se quedó negro y ciego. La noche solemne había recobrado su imperio.

Tomás perplejo, anonadado, yacía inmóvil, sin voz ni aliento. Y así continuó por unos minutos hasta que vino a sacarlo de su ensimismamiento un llanto agudo que sonó trágicamente en sus oídos, haciéndolo saltar del asiento. Bajo el agobio de aquel eclipse fatídico, corrió hacia el interior del rancho. Ansioso indagó. La india partera bañaba en esos momentos a la cía

—¿Qué fue? ¿qué fue?— gritó Lúe desesperado.

—Es un varón —dijo la comadrona con voz insegura.

—Y ¿tá... tá... tá... güeno, tá completito...?

La india tardó en contestar. El niño estaba boca abajo y rugía. Lúe esperaba, ardiendo, la contestación. De repente, la india se volvió bruscamente, y volteando al niño, se lo puso en los ojos, diciendo:

—Ay lo tenés, ha nacido janiche, no es culpa de yo.

Si una ceiba se le hubiera venido encima, no habría sido tan aplastante el golpe para Lúe. Con el semblante demudado y los ojos errantes, contemplaba la cara abotagada de la cía, su mirada se detenía en la boca del niño que se contraía en una mueca de asco, partido como estaba el labio superior descubriéndole toda la encía

Hubo un instante en que Tomás parecía una fiera pronta a echar

un zarpazo. Cogió de los brazos a la comadrona y la sacudió brutalmente, diciendo:

—¿Poi qué, por qué ha salido asina?

La vieja, asustada, no supo qué contestarle. El, enfurecido por el silencio cogió con brusquedad al chico que lloraba, lo alzó en los brazos, y con amargo despecho, dijo:

—Que se muera, que se muera, yo no quiero hijo comido de la luna.

E hizo ademán de lanzarlo contra el suelo duro. El grito de la madre lo detuvo. Bajó los brazos desfallecido y colocó al crío en el lecho.

—Que siaga la voluntá de Dios— musitó

El hijo se llamó Timoteo. Creció robusto y sano. Pero tenía en la mirada una sombra de tristeza que llamaba a compasión. Y era hosco y aielado. Todos los muchachos del cantón jamás lo llamaron por su nombre. Le decían siempre el Janiche. Se reían de él y de su manera gangoseante de hablar que apenas permitía distinguir las palabras que decía. Mientras no tuvo consciencia de su propia realidad, las burlas no le importaron. Pero después, ya más despierto, la mofa le hería profundamente. Y se tornó introspectivo. Más cuando se dio cuenta de que el padre vivía insatisfecho. A menudo le oía decir: —¡ah malhaya! un hijo que juera completo!

Al enroscairse en sí mismo, Timoteo adoptó el hábito de andar solo. Vagar por el monte, sin rumbo ni fin, era su ocupación favorita.

El padre, con dolor, notaba que el muchacho no andaba bien de la cabeza. Hacía cosas extrañas. Recordaba que desde muy pequeño, al jugar en el polvo, siempre gustaba de levantar pequeños cerros. Después los deshacía y parecía buscar algo que existiera debajo de ellos. Cuando una que otra vez lo llevaba al maizal, se subía a un árbol, y desde allí contemplaba extasiado, el cono azul del volcán de Izalco.

Un día Lúe se quedó pasmado al preguntarle el muchacho con aquella su voz que raspaba como lija los oídos:

—Tatá, y ¿qués lo quiay pué debajo de los cerros?

Lúe vio al hijo y después volvió su mirada hacia el volcán que subía empujando nubes.

Nunca había pensado en eso. El hijo volvió a la carga.

—¿No se podrá entrar a ver, pué, tatá?

Tampoco eso se le había ocurrido a Lúe, quien, al fin, dijo con acento inseguro:

—Dicen que tienen juego, el juego del infierno, pué.

—¡Ah!

Paró allí el diálogo. De regreso en el camino, Tomás no le quitaba al hijo la vista de encima, tratando de penetrar si aquello era locura, o manifestación de inteligencia. Y meditando, se decía: —pero ¿por qué va a ser loco uno que pregunta qué cosa hay debajo de los volcanes, y si hay puerta para entrar en ellos? ¿Acaso no se le ocurre eso a cualquiera?

—¡Jum! —exclamó—, hay que olvidar eso

Pero aquella noche no durmió pensando si debajo del volcán de Izalco estaba o no el infierno, con diablos y todo.

El Janiche asistía a la escuela rural. Odiaba a la escuela, donde todo el mundo lo escarnecía, y en vez de llamarle Timoteo, le llamaba Janiche. El profesor era el único que mostraba cierto afecto con lástima hacia él. Pero también lo comprendió en su odio infantil cuando cierto día, en que el muchacho jadeando porque se atrevía a hablar en clase, preguntó al profesor:

—¿Quiéy debajo de los cerros, pué, maishtioó...?

Pregunta a la cual, ante la hilaridad de todos los alumnos, el maestro contestó:

—No siás tan bruto, Janiche.

Timoteo sintió como si un acialazo le hubieran dado en el rostro. Se agachó y no dijo nada. Cuando levantó los ojos, alucinado, le pareció que todos sus compañeros eran una multitud de cerros que se inclinaban para verlo, y se ponían invertidos para enseñarle lo que tenían debajo de las faldas. Pero cuando él se aprestaba a ver lo que había dentro, los cerros se volteaban bruscamente, como campanas que se echan al vuelo. Luego, vio saltar las bancas. En su cerebro había temblor de volcanes.

Aquello duró pocos segundos. Le pasó el aturdimiento, y la realidad se le cuajó nuevamente en los ojos. Recordó que el maestro le había dicho que era un bruto. ¿Por qué? ¿Qué de malo había en lo que había preguntado? ¿Acaso los maestros no son para enseñar al que no sabe? al menos así le decía continuamente su nana para hacerlo ir a la escuela. Él quería saber qué había debajo de los volcanes, en el corazón de los cerros. Y nadie sabía decírselo; él lo averiguaría por sí mismo. Y vendría después a enseñárselo al maestro y a sus alumnos. Y a su tata Lúe, que también lo miraba con desprecio.

Con esa determinación, al mediodía, después de las clases, Timoteo no se fue para su rancho. Por una de las veredas que él conocía muy bien, caminaba somnoliento y animoso. Miraba a cada momento al volcán, con cariño. No sentía ni las piedras ni las zarzas del camino. Todo su espíritu estaba echado en el afán de saber qué había debajo de los volcanes. Para él, el mundo era aquello. Y en él se movía, con presteza, con anhelo. Cuando empezó a ver las grandes rocas de lava antigua, abrazándose con las raíces de los árboles que sobre ellas habían crecido, gritó y silbó jubiloso, y corrió más y más, cuanto lo permitía la aspereza del sendero. Saltaba de roca en roca, con agilidad de saltimbanqui. Llevaba en sus ojos una danza de volcanes.

Por fin llegó hasta donde empieza la lava nueva. Se detuvo jadeante. Allí terminaba la vegetación y se extendía hacia adelante, erizada y caprichosa toda una articulación humeante de pizarra, que parecía, a distancia como el primitivo estado gaseoso de la tierra. Aspiró Timoteo, con fuerza, con fruición, con sensualidad. Después alzó sus ojos discordes, y se quedó extático ante el coloso imponente en su calvicie de centurias. Una sonrisa se le escurrió por la abertura del labio superior, por donde se había deslizado la luna la noche del eclipse. Y reanudó la marcha. Había principiado a ascender. Caminaba ladeando, por las costillas del volcán para hacer menos penosa la marcha y para ir buscando la puerta por la que él tanto había preguntado. Ya había dado quizá media vuelta al volcán, cuando de repente se detuvo entusiasmado al descubrir algunas excavaciones como gradas que iban hacia arriba, extendiéndose. Y se dijo: "por aquí debe ser." Y reanudó la marcha con más bríos.

El Volcán estaba mudo y quieto, como si no quisiera interrumpir los sueños del niño. Imponían la altura y la soledad. Ni siquiera consolaba el sentirse tan cerca del cielo.

El niño seguía avanzando a rastras, deslizándose y volviendo a subir, febril, alucinado. Parecía un pigmeo en las espaldas de un titán. Desde hacía un rato venía sintiendo un calor atroz que lo hacía sudar copiosamente. Se decía que estaba próximo a una hoguera. No se arredó, sin embargo, y puso toda su alma en la ascensión.

Por un instante dirigió la vista a su alrededor. Abajo, se distinguían al ras del suelo las copas de los árboles. Más lejos, verdeaban los pastos, y aun se distinguía el cinturón azul del mar. Todo quedaba allá abajo, formando un solo lienzo verde, cual si la tierra no fuera de nadie.

Sudaba y jadeaba Timoteo Mas, el fuego volcánico que llevaba en el espíritu le prodigaba sus fuerzas sin medida Pero la punta cuneiforme estaba aún muy lejos. Se detuvo a descansar. Entonces se dio cuenta de que la tarde se estaba muriendo. El sol se diluía entre los bosques bajos. Había en el cielo fiesta de celajes. Una rara ensoñación envolvía todas las cosas. Y sólo ahora se sintió débil, volátil, incorpóreo Le parecía estar metido en la sustancia misma de las cosas, sin individualidad, sin consciencia del ser o del no ser

Dio unos pasos más hacia arriba

De repente, el coloso se movió Una conmoción tremenda sacudió sus espaldas desnudas, y el trueno vino a romper la quietud de la tarde Timoteo se desprendió como un grano de arena y rodó por la tierra estremecida, en caída infinita

Al tiempo de desprenderse, su espíritu gritó

—Ahora ya sé qué hay debajo de los cielos Debajo de los cielos está la tempestad

VOCABULARIO

Janiche: que nace con el labio superior partido, labio leporino; *desembuchar* decir; *burlata* burla, engaño que según la ciencia indígena producen genios malignos; *bicho* niño, niña; *ambir*: medicina que se emplea para acelerar el parto; *siaga* se haga

El Sol Nace al Poniente

Estoy aquí, sentado, al borde de un abismo. Esta, en que me encuentro, es una montaña, y yo me llamo César Duval. ¿César Duval? Sí, creo que ése es mi nombre. En todo caso, ¿qué importa? Estoy sentado en una saliente del enorme peñasco que, cortado a tajo, se hunde en el misterio. Mis piernas cuelgan, balanceándose frente al vacío.

Un movimiento mal calculado y... Abajo canta el agua. Es un chorro muy claro que surge de la entraña de la roca, como brota el llanto de los ojos de los hombres duros. No puedo ver el agua. Me la imagino cayendo hasta desintegrarse en la eternidad, como una lluvia de estrellas fugaces. ¡Ah! Ahora me acuerdo del cielo. Alzo la cabeza y... ¡cuidado! casi me deslizo. Estuve a punto de caer. Al cielo, tampoco puedo verlo. Me lo imagino muy azul, con ese azul tan suyo, que ni siquiera el calor solar atenúa. Sí, el cielo está allá muy alto, después de las copas de esos grandes árboles, entre cuyas ramas se pone a retazar el viento. Está más a la mano este abismo que me atrae y me obsesiona. ¿Qué habrá allá abajo, a lo largo del vacío frente al cual mis piernas siguen balanceándose como dos péndulos? ¡Ah! si yo me deslizara suavemente adherido al peñasco como esa madre selva que hurga

la infinita soledad. Si yo me deslizara así... así... ¡Oh! pero ¿qué hago? si no era más que un deseo y sin embargo, mi cuerpo se ha movido: apenas puedo asirme de un endeble bejuco rastriero. ¡No!... ¡No!... no quiero... no quiero caer. Tengo horror a ese abismo que se ha tragado una eternidad. ¡Bendito sea Dios! he logrado sentarme de nuevo. ¿Bendito?, ¿por eso? ¡Quiah! No. Si yo quería caer, fue mi carne, esta pobre carne insulsa y floja la que tuvo miedo. ¡Yo! ¡Yo! yo no conozco el miedo. Por eso me quedo aquí, en el corazón de la montaña, desamparado del sol y de los cielos, con mis piernas colgando hacia el abismo. Y de repente pienso que así debe ser cuando uno está al salir del claustro materno para entrar a la vida. Tal cual debe haber ocurrido conmigo. Una vez escapado de aquel claustro, caí ciego, oscuro y frágil al abismo de la vida. Pero contra lo que dicen que el abismo no tiene fondo, este de la vida sí lo tiene. Al nacer yo caí en él. Era plano y ancho. Yo recuerdo que me llamaron César Duval, hoy sí estoy seguro. Con ese nombre a cuestas empecé mi recorrido. Caminé, primero, amañándome; después, con el orgullo y la arrogancia que da el equívoco, apoyado en dos pies. Desde luego, crecí en cuerpo, alma y espíritu. Vino el proceso emocional. Y he aquí que los hombres, mis semejantes, comenzaron a mordeirme. ¿Qué les hice yo? Escuchad lo que yo, César Duval, hice para que los hombres me dispensaran su odio fraternal.

Había un villorrio, tirado por ahí, como por casualidad. Había en él muchas gentes, que cumplían la misión bíblica de vivir, crecer y multiplicarse. Para vivir y crecer, tenían que comer, y para multiplicarse... también. El villorrio estaba muy cerca del mar. Caminaba yo por la playa, montado en un caballejo trotón con destino a La Garita Palmera. La arena estaba caliente y el caballo, buscando la frescura de la ribera húmeda, se mojaba los cascos con el agua que, suavemente, llegaba hasta la orilla. Yo, soñador empedernido, veía barcos, hermosos barcos a lo lejos, en la alta mar, que parecían atados a la cuerda del horizonte. Me vi a mí mismo, en la cubierta, tendido en un diván, cara a cara con el cielo. Una mujer pasa frente a mí, y se tropieza en el diván. Las excusas nos acercan. Caminamos juntos un rato. La mujer es hermosa, morena, y su cuerpo tiembla junto al mío. Va cubierta con una túnica blanca. La abrazo y ella se deja. (No sabe que soy un pobre agente sanitario camino de La Garita Palmera). Envalentonado, pruebo a besarla; ella permanece quieta, y mis labios casi rozan los suyos, cuando de súbito, como aventada por el cielo inclemente, una ola gigantesca barre la cubierta. Yo me adhiero firmemente con mis manos crispadas a unos cables que están tendidos sobre cubierta. La fuerza de la ola no logra desasirme. Cuando la plataforma queda despejada,

mis ojos ardientes por el agua salobre, buscan a la mujer, pero en vano. Esta ha desaparecido. ¡Ah! La morena de los ojos amplios. Veo por un segundo flotar en el agua su túnica blanca, y sin pensarlo siquiera, me lanzo al agua para intentar salvarla. No logro ver la túnica blanca otra vez. Estoy nadando duro, pero las olas gigantes apalean mi cuerpo, sin misericordia. Y voy nadando cada vez menos. Ya casi me es imposible levantar los brazos. No cabe duda, voy a . . . Una ola me hunde definitivamente y desaparece mi consciencia.

Ahora, voy abriendo lentamente los ojos. Retorna mi consciencia. Oigo una voz alegre que dice: ¡ya vuelve en sí, ya vuelve en sí! Siento la boca muy amarga. Los ojos me queman, como brasas. El estómago me duele atrozmente. Ya puedo mirar bien. Estoy tirado en la playa. A mi alrededor hay un grupo de curiosos. Dos hombres me toman por la espalda y me sientan sobre la arena. Yo les sonríe con mis labios amargos. Ellos mueven las cabezas con satisfacción. Uno, dice:

—Gracias a Dios, ha vuelto Ud. en sí, había tragado mucha agua. Estaba muy adentro del mar. Al pobre caballo fue imposible salvarlo.

Debí poner una cara de espanto al escuchar aquello, porque los hombres se alejaron bruscamente de mí.

Con palabra gangosa, exclamé, asustado:

—¡El caballo!, ¿el caballo, dice Ud.?, ¿pero es posible?

Si yo vengo de un barco muy grande, intentando salvar de las aguas a una mujer morena de túnica blanca.

Ellos se miraron asombrados. El mismo que había hablado antes, dijo: —¡Bah!, delira Ud., es cierto que un barco de gran tamaño pasaba en esos instantes muy cerca de la costa, pero Ud. se estaba ahogando agarrado a su caballo. Un testigo, un señor que vive en aquel rancho que Ud. ve allá, afirma que él vio cuando, inesperadamente, vino una ola enorme, y arrastró al caballo, que iba muy cerca del agua, mar adentro. Hemos tenido que poner en juego todos nuestros esfuerzos para salvarlo a Ud.; al caballo, fue imposible.

Yo, le digo, colérico:

—Y otra vez el caballo. Recapacito, sin embargo. Y mirándolos con ojos inquisidores:

—Pero, si es verdad, ahora recuerdo que yo tenía un caballo, un caballo de mala muerte, como lo suele tener un pobre agente sanitario que visita muchos rincones de la República. ¡Eso es! yo tenía un caballo,

y soy un inspector de sanidad que cruzo estas playas, muy pegadito a la línea donde mueren las olas del mar

Debo de haberme desmayado Hoy, que recobro nuevamente mi consciencia, me encuentro acostado en una cama dentro de un cuatrucho caluroso, que a la primera inspección me da la idea de una "lamada" de feria. Una buena gente me acogió en su covacha. Me han dado un purgante para sacarme la sal del estómago, y me estoy sintiendo muy confortado. La mente sin embaigo, la tengo un tanto confundida, ¿el caballo?, ¿el barco?, ¿la túnica blanca flotando sobre el agua? ¡Bah!, dejemos eso Ya vendrá más tarde alguna aclaración.

Y en verdad, que vino muy pronto Mirad cómo la honrada familia que me diera albergue, no dejó que me marchara sino hasta que estuviera restablecido. Allí permanecí, pues, muchos días, hasta que, una tarde, el jefe de la familia llegó a casa con un periódico en la mano. Se sentó a leerlo atentamente Yo estaba de pie frente a él De repente, alzó los ojos hacia mí, y dijo, con sencillez.

—Mire qué casualidad, dice aquí que el día 16 de octubre —fíjese, el mismo en que nosotros le salvamos a Ud —, del barco grande que pasaba en esos momentos muy cerca de la costa, un hombre lanzó al agua a una mujer, aprovechando que una ola barría la cubierta. Nadie lo vio ejecutar el hecho pero presunciones graves recaen sobre él, porque momentos antes se encontraba con la mujer en la cubierta después le vieron cuando, sin duda, creyéndose descubierto, se lanzó al agua para huir, siendo imposible alcanzarle. Se tiene seguridad —agrega la noticia— que alcanzó la playa cerca del villorrio de . (este mismo en que me encuentro); y las autoridades le siguen la pista muy de cerca

Arrebaté bruscamente el periódico a mi protector, y leí con avidez la noticia.

Esa misma noche, sigilosamente, sin despedirme de nadie, abandoné aquella casa y me interné en las montañas. No iba a dejar que me capturasen así como así, por un crimen que yo no había cometido.

Y ahora, soy un fugitivo. ¿Desde cuándo? No sé. Quizá desde el principio del tiempo.

Estoy aquí, al borde de este abismo que me atrae y me obsesiona Mis piernas cuelgan en el vacío como si estuvieran desprendidas del cuerpo. He sufrido mucho con esta fuga de todos los días. Recuerdo el barco grande, la túnica blanca, el caballejo, el villorrio Hace de ello

tantos años. Entonces era yo un bien puesto Agente Sanitario camino de La Gaita Palmera, un sitio lejano de la costa. Ahora tengo los cabellos blancos. La muerte ronda constantemente a mi alrededor. Está agazapada en cualquier cruce de caminos. La veo junto al tronco de los árboles. Sé que adivina en deseos de que yo me decida a hacer un mal calculado movimiento en la posición en que me encuentro.

Pero, no me importa, porque siento gestarse en mi alma una vida grande, una vida inmensa que llena el universo. El odio fraterno de los hombres la formó.

¡Ah! si yo me deslizara, suavemente, como aquella madre selva, iría, bajando, bajando hasta alcanzar ese fondo que dicen que no existe.

Y lo removería, así, así con la impaciencia nerviosa de un artista. Y saldrían revoloteando muchos pájaros que se dispersarían por el mundo llevando el dulce mensaje de sus trinos.

Después, yo subiría despacio... ¡cuidado!, he oído un ruido, detrás de mí, en la mañana. ¿Serán...? ¡Bah! no es nada. Son los ruidos del atardecer que llevan tristeza al corazón. Pues bien, yo volvería, calmo y lento, asido de aquella madre selva que viste la desnudez del peñón. Y al ir coronando la cima, mis ojos se paralizarían de asombro, al ver cuán distinto es el mundo de allá abajo del mundo de aquí arriba. ¡Oh! ¡cuidado!

El ruido, otra vez, pero más claro y distinto. Me doy vuelta y quedo de bruces asido apenas a un bejuco rastroero. Y la pregunta está pendiente de mis labios: ¿serán...? Sí, no hay lugar a error. Son ellos. Vienen en número de cinco, armados de carabinas. No tengo más defensa que mis ojos que miran intensamente los cañones de los fusiles. Si me muevo, el bejuco no soportaría la tracción. Los hombres me han visto. ¡Que vengan! Que vengan todos, un ejército, si quieren. El que parece hacer de jefe, se dirige hacia mí. Y sin vacilar pone su bota sucia sobre la mano con la cual estoy asido al bejuco. Siento el peso brutal de aquel pie, el bejuco se rompe y... Ellos, los gendarmes, no saben que en el Poniente de mi vida está naciendo el sol.

Cuando Suenan los Clarines

En San Agustín había un grupo de muchachos frisando en los diecinueve años. Los padres de los mozos pasaban en continuo sobresalto porque de un momento a otro las patrullas empezaban a “agarrar” para el reemplazo. Año con año sucedía lo mismo. Cuando menos lo esperaban, los alguaciles caían sobre una choza y empujando violentamente a los viejos irrumpían en ella buscando reclutas. Casi siempre fallaban, pues los buscados sabían cómo esconderse. Pero tarde o temprano, los muchachos como potillos que no pueden separarse de la yegua madre, volvían al rancho, hasta que finalmente eran cazados por los patrulleros. Y los regaban por los distintos cuarteles de la República. Hacían su servicio militar ¿Para qué? ¡Ah! es que hay que estar siempre preparado para la defensa de la patria. Después de un año, algunos volvían contando aventuras que las más de las veces sólo existían en sus imaginaciones.

En la familia de Adrián Montes, vecino de San Agustín, había tres varones que sólo se llevaban, entre sí, un año de edad. El mayor tenía veinte años. El corazón de los viejos, padres de los mozos, era azotado en esos días por una triple angustia: el peligro de que las patrullas se llevaran a los tres hijos. Cierzo que desde que las noticias del recluta-

miento arribaron al cantón, el mayor y el menor se habían marchado hacia otro cantón a residir en casa de otros pacientes. Pero el de enmedio se resistió inexplicablemente a esconderse. Ante la insistencia de los padres, él contestaba con desgano: "que me lleven, si quieren, tarde o temprano tendré que ir".

Y en el rancho se quedó. Y ahí lo encontraron los alguaciles. No hizo ninguna resistencia cuando el cabo de la patrulla le dijo: "Date preso".

Lo amarraron de los pulgares con una pita mechuda que le punzaba la piel. Y así, dejando atrás la angustia y el llanto de los viejos, y el paisaje que el sol muiente cubría de festones rojos, Camilo fue llevado por la calleja que conducía al pueblo vecino, junto con otros hombres que no habían podido rehuir la captura.

Durmió esa noche sobre el duro empedrado del piso de la cárcel. Estoicamente se recostó en un rincón intentando dormirse. Su calma y su sangre fría contrastaban con el alboroto de los más, que asidos a los barrotes de la puerta de la cárcel gritaban y protestaban pidiendo que los pusieran en libertad. Había uno que gritaba como un condenado: "Sáquenme de aquí desgaciados, yo no tengo delitos, ni tengo nada que ver con cuarteles".

Un soldado de los que formaban la guardia de cárcel se acercó al escandaloso y le obligó a meter la cabeza aplicándole en la cara una limpia bofetada que puso escarmiento en los otros.

Al día siguiente los condujeron a pie, y siempre amarrados, a la próxima estación de ferrocarril. A Camilo por ser alto y de buen cuerpo lo remitieron para San Salvador. Ni siquiera lo dejaron cerca de los pobres viejos.

Pero él aceptó todo sin la más mínima protesta. Ante el reclamo que por esto le hacían los otros, él invariablemente contestaba: "¿y de qué me sirve protestar? De todos modos me llevarán donde ellos quieren. Pues que se den gusto".

Siempre había sido algo raro el muchacho. De los tres hermanos era el único que sabía leer y escribir y algo de las cuatro reglas. Asistió a la escuela rural y fue de los pocos que realmente aprovecharon la enseñanza. No jugaba. No peleaba. Todo el tiempo que permanecía en la escuela lo invertía en estudiar en el libro de lectura o en hacer sumas y restas en el pizarrón. Era silencioso y observador. Era, en fin, lo que podría llamarse un introvertido.

En el tien en que se conducía, iba caviloso y hurafío. De vez en cuando el paisaje, siempre en fuga, se le metía por una ventanilla y su mirada adquiría entonces cierto dejo de ternura. Aquellos árboles que pasaban raudos, eran la imagen huyente de todos sus recuerdos: los cercados del camino, que desde niño recorrió del rancho al pueblo, la montaña que descansaba sobre la espalda del volcán, la casona de cuatro corredores en donde estaba instalada la escuela rural.

Todo eso quedaba ya muy, muy atrás como el paisaje que el tien despedazaba en su carrera veloz.

Llegaron de noche. Nunca había estado en San Salvador. Sin embargo, contempló con indiferencia las absurdas casas de la ciudad, los rótulos luminosos, los automóviles que corren llevando sobre la locura de sus ruedas la demencia de los hombres.

Un camión los recogió en la estación y para llegar al cuartel tuvieron que atravesar la ciudad. Casi no tuvo tiempo de mirar mucho. Pero se dio cuenta de la enorme cantidad de gentes que van y vienen por las calles, sin destino aparente. Y se hizo a sí mismo la promesa de que algún día caminaría él también a pie por esas calles.

El edificio del cuartel sí le impresionó. Aquellos garitones redondos lucían muy bien, y parecían los guardianes de la ciudad. La entrada le pareció hermosa. Adentro, en el gran patio, llamaron poderosamente su atención dos figuras (él les había llamado "chunches") de hierro que después supo que se llamaban cañones. Ya los había oído nombrar pero no los conocía. Formaron en fila a todos los reclutas; un Sargento pasó lista y al que llamaba debía de contestar "¡fi mi sargento!", y juntar sonoramente los talones.

Después de pasada la lista, los echaron en una cuadra en donde iban a dormir.

Entonces fue cuando oyó por primera vez los clarines. Su acento era triste, casi un lamento. Le pareció a él como el canto del pájaro nocturno que se escuchaba en lo hondo de la noche, y que aun siendo Camilo ya un hombre, le producía escalofríos en el cuerpo.

Un recluta le explicó: es el toque de silencio, es la orden de acostarse.

Y se acostaron. La camilla encoñada ceñía las costillas. Pero era mejor que la suya de pitas. Se sintió algo a gusto. Pero a poco los telepatas empezaron a hacerle cosquillas en el cuerpo. Luchó con ellos, ras-

cándose aquí, y volteándose allá, pero convencido de la inutilidad de su esfuerzo y rendido de fatiga, se durmió al fin.

Y soñó. Tenía un uniforme desteñado que no le sentaba muy bien. El primer día hicieron ejercicios de marcha y gimnasia, luego manejó el fusil. Después un oficial joven y elocuente les habló de la nobleza de la carrera de armas, de los sacrificios a que había que someter el cuerpo cuando se estaba en campaña, de la lealtad del soldado a su bandera y de la obligación ineludible de defender al gobierno constituido y de morir en defensa de la patria, bajo el toque del clarín.

Todos escuchaban atentos. A él le quedaron sonando en los oídos las últimas palabras: la obligación de morir en defensa de la patria.

De improviso sonaron los clarines. Se estremeció de pies a cabeza. Ese sonido caía sobre él como una descarga magnética y su eco le quedó rascando los oídos por varios segundos. Pero sólo era el toque de rancho. Y todos desfilaron hacia el comedor, hambrientos y sudorosos.

Después de la comida se diseminaron en pequeños grupos por el patio del cuartel. La conversación giraba sobre los datos personales de cada uno: su procedencia, familia, sus propósitos, si les gustaba el cuartel.

Camilo contestaba a todo, como de costumbre, con monosílabos. Pero se alagó un poco en sus palabras para decir:

—A mí me gustó mucho el discurso de mi Teniente.

Los otros lo miraron extrañados, pues ni siquiera se acordaban ya de la perorata del oficial. Así, que uno dijo con desdén: “—Ve éste en lo que se ha fijado. Todos esos discursos son de cajón”.

Camilo no dijo nada. Y volvió a encerrarse en su mutismo habitual. Y se quedó meditando. Una voz enérgica vino a sacarle de su ensimismamiento, que dijo, perentoria.

—¡Camilo Montes!

El nombrado no contestó con presteza sino que sólo se puso de pie.

Entonces el Sargento cuya era la voz enérgica, se acercó a él y dándole un empujón le dijo:

—¡Recluta muela! ¿qué no tiene boca para contestar? Tres días de arresto y hoy de centinela toda la noche, en castigo.

—Sí, mi sargento.

Y Camilo fue guiado al garitón para cumplir la primera fase del castigo. De pie con el fusil sostenido entre las piernas recibía la brisa

helada que se metía por las claraboyas del garitón. Por ahí le espían también algunas estrellas y se colaban rachas de luna. Dos preguntas venían a su mente con insistencia: ¿Qué era lo que iba a vigilar desde el garitón? y ¿por qué si en su rancho se acostaba a las siete aquí tenía que estar despierto toda la noche? Pero no halló la respuesta. Y aún pensaba en ello cuando una vez más sonaron los clarines. Y una vez más sintió el escalofrío estremecer su cuerpo. Era el mismo lamento aquel de la primera noche. Era la imposición de un silencio desde la boca de un clarín. Y ¡qué tremendamente lúgubre era aquel caserón lleno hasta los bordes de un silencio artificial! El castigo y muchas otras cosas le demostraron a Camilo que no lo habían traído ahí para divertirse. Y, caso extraño, aquello le gustó Prospero rápidamente. Soportó con estoicismo admirable todas las etapas de la instrucción militar, y hasta el sonar de los clarines. Estaba orgulloso de todo lo que había aprendido a través de los muchos años transcurridos. Y conservaba siempre fresco el recuerdo del discurso que en la graduación de Capitanes de aquel año —entre los cuales estaba él— pronunció el Presidente de la República que asistió al acto, y que también era militar.

“Soldados y compañeros de armas —había dicho el Presidente— en estos momentos pongo en vuestras manos un título que debéis honrar: sois oficiales de nuestro ejército. Habéis adquirido un compromiso para con la patria: servidle aun con sacrificio de vuestras vidas, defended su territorio y sus instituciones y haced que se respete su Constitución

Quando suenan los clarines, es que ella os llama porque se encuentra en peligro y debéis acudir presurosos y hacer uso de esa espada que ahora os entrego.

Recordadlo bien, cuando en campaña suenan los clarines, es que ha llegado la hora del sacrificio”.

Le gustaban a Camilo aquellos discursos. Sentía que en las venas le circulaban corrientes de fuego que lo empujaban con belicosidad extraña. Estaba seguro que en esos momentos era capaz de ganar él solo una batalla y se decía: “¡Ah! Algún día haré yo un hermoso discurso como ese del señor Presidente”

Y Camilo fue Comandante de Compañía y tuvo reclutas bajo su mando. Pero por más que hizo nunca pudo hilvanarles un discurso. Eso sí, los instruía bien y adelantaban rápidamente. Su especialidad era la táctica de infantería y tenía a sus pupilos bien adiestrados, y éstos lo apreciaban y admiraban. Era un cronómetro en la exactitud del cumplimiento de su deber.

Casi nunca salía del cuartel. Ignoraba lo que pasaba afuera. Ni le interesaba. Todos sus compañeros se preguntaban por qué no le gustaba la ciudad, las fiestas y la alegría. Aquello era indudablemente anormal. Apenas, una que otra vez había salido a andar por las calles, conociendo edificios nuevos, admirando vitrinas, pero volvía a su cuartel muy temprano.

Mas, por grande que fuera su indiferencia, no pudo menos que darse cuenta a través de los periódicos y por pláticas de los demás oficiales de que la situación interna del país era bastante crítica. Había mucha gente sin trabajo. La miseria cundía por todas partes. La carestía de la vida se acentuaba más y más. La ruina estaba a las puertas y con ella el crimen y el asalto. Los periódicos criticaban duramente al Gobierno y achacaban a su negligencia e imprevisión la situación porque atravesaba la República.

Camilo oía y leía. Pero no se preocupaba porque jamás creyó que aquello fuera un problema militar. "Esa es cuestión de economía y finanzas, se decía, que la resuelvan los Ministros".

Pero un día, las cosas se agravaron. Notó muchas idas y venidas de jefes. Y en poco tiempo el cuartel estuvo en pie de guerra. Se decía que había estallado una rebelión. Y que ya había habido los primeros choques con la Policía. Que el peligro era serio y que había llegado el momento de acudir en defensa de la Patria.

A poco, sonaron los clarines. Camilo se estremeció de pies a cabeza al escucharlos. Y se dirigió presuroso hacia la Comandancia. Los clarines tocaban llamada de oficiales. Una vez que estuvieron todos reunidos, el Comandante con voz emocionada dijo:

"—Señores Oficiales: ha estallado una rebelión armada contra el Gobierno constituido. Los informes indican que por todos los sectores de la capital hay grupos armados prestos a atacar. La Patria está en grave peligro, hay que combatir y derrotar al enemigo en el más breve plazo posible antes de que los daños sean mayores. La bandera no debe ser pisoteada. Sus sagrados colores deben conservarse sin mancha. No habrá consideración para nadie. La paciencia del señor Presidente ha llegado a su último límite y hay que dar un escarmiento. La suerte está echada —como dijo un general de la antigüedad— y en vuestras manos está la seguridad de la República. A cada uno de ustedes con su respectiva Compañía le tocará batir una zona determinada. A usted Capitán Montes le toca la zona central de la Capital. Tenga cuidado que es la más peligrosa. Retírese y prepare sus hombres, vehículos y material de guerra".

Camilo no oyó más. Giró sobre sus talones y corrió a reunir a su gente.

En poco tiempo estuvo todo listo. Varios camiones transportaban a los hombres armados de rifles y ametralladoras. Y sonaron una vez más los clarines entonando el toque de marcha en campaña. Por primera vez, Camilo no se estremeció al oír los clarines. Se trataba de su bautismo de fuego. Y demostraría por qué tenía él fama de experto en táctica de infantería.

El transporte fue rápido. Haciendo sonar las sirenas y contrariando el sentido único del tránsito enfilaron por la Avenida Cuscatlán. Nada anormal se observó hasta llegar frente al Palacio Nacional. Ordenó alto. En la Plazuela Barrios y en las calles adyacentes estaba congregada una inmensa muchedumbre. Varios oradores lanzaban arengas de fuego. En ese preciso instante la multitud se movía para tomar la Avenida Cuscatlán con rumbo Sur, posiblemente hacia la Casa de la Presidencia. Las tropas de acuerdo con la táctica de Camilo se habían desplegado con inaudita rapidez por las cuatro esquinas del parque. La multitud estaba prácticamente copada. A los pocos segundos Camilo tuvo frente a sí a la vanguardia de aquel ejército que no tenía más armas que sus palabras y sus gestos.

Camilo estaba perplejo. Le habían ordenado bajar con cualquier grupo que encontrara. Pero su sencilla mentalidad campesina le indicaba que aquello sería un asesinato colectivo. Aquellas gentes no tenían armas. Había entre ellas hombres, mujeres y aun niños. El cerebro de Camilo trabajaba afanosamente. Tenía que defender a la patria; eso le habían ordenado. Pero ¿de qué iba a defenderla? ¿De esas gentes desarmadas con el temor claramente reflejado en los rostros frente a la fusilería comandada por él? ¿En qué forma peligraba la patria con esa multitud, que, según lo que decía un orador, lo único que pedía era que se pusiera fin a la miseria, al crimen y a la inseguridad personal que estaban convirtiéndose ya en un histerismo colectivo?

El mismo orador, subido en la baranda de la verja del palacio, dijo a gritos: "Soldados, vosotros sois nuestros hermanos. No podéis usar vuestras armas contra nosotros porque cometeríais un fratricidio, mataríais a un hermano; además, vednos, no tenemos armas y hacemos uso de un derecho garantizado por la Constitución"

La multitud no se atrevía a pasar. Salían ultrajes de muchas bocas. Camilo seguía pensando.

Desobedecer en campaña podía significar la muerte. El sólo obe-

decía órdenes. Tenía que cumplirlas y que la responsabilidad cayera sobre el que las había dado.

En tales cavilaciones se hallaba cuando sonó un disparo hacia el Oriente, y luego otros más. Una racha de angustia sacudió todos los cuerpos y un solo grito resonó en aquel vasto escenario de tragedia. Iba a comenzar el ataque. La provocación, procediera de donde procediera, estaba hecha. Nadie podía calcular lo que iba a ocurrir. Tendió Camilo la mirada doliente sobre aquel mar de gente que había cambiado su actitud pacífica por una amenazante y corajuda. Bastaría la voz de un líder para que todo se consumara. Sonaron otros disparos hacia el Norte. Fue entonces que aquel intrépido Capitán jugándose su destino, ordenó a los cornetas tocar retirada; los sargentos y cabos designados por los cuatro rumbos se quedaron atónitos. ¡Retirada! cuando precisamente debía tocarse asalto porque esas eran las órdenes superiores. ¡Bah! debía de ser un error. Pero el toque continuó insistente. Y la multitud contempló asombrada cómo los soldados abandonaban su puesto y se aprestaban al regreso.

Ante el reclamo que respetuosamente le hiciera un Sargento, Camilo respondió:

—Cuando suenan los clarines no siempre es para anunciar una victoria; estamos derrotados por un ejército sin armas.

—Este es el fin de mi carrera. Pero es el principio en mí de una comprensión humana, del deber. Suceda lo que suceda, no seré yo quien ametralle a una multitud indefensa. Ni un solo soldado bajo mi mando cometerá ese acto de barbarie.

—Ya veremos lo que dice mi general, contestó el sargento.

* * *

Así estaba soñando Camilo en aquella primera noche de recluta en el cuartel. Una violenta sacudida que hizo zozobrar su camilla lo despertó. Y lo acabó de despabilar una voz fuerte que decía

—¡Allí! compañero, aquí se madruga.

Se incorporó bostezando. Se pasó la mano por los ojos como para despejarlos. Y se quedó atónito al darse cuenta del sitio en que se hallaba.

Luego, aquello sólo había sido un sueño, ¡Qué dicha! No era verdad. No habían transcurrido todos aquellos años. No había aprendido

nada aún. No era Capitán ni había cometido la barbaridad de tocar retirada cuando las órdenes superiores eran de atacar.

Todo aquello no era real. Pero pudo ser. Y dijo en voz alta:
—¡Qué hermoso, pero qué hermoso sueño!

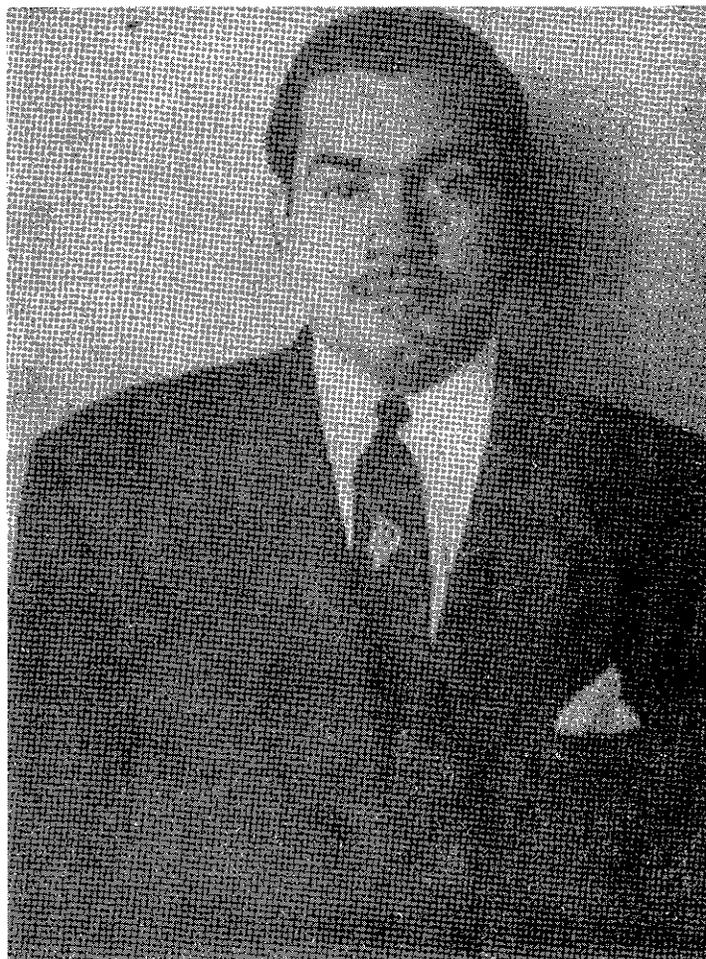
Y sonaron los clarines. Pero esta vez era un sonido alegre, fresco y juguetón. Era la mañana que se metía por la estrecha bocina de las cornetas.

Terminaba el sueño. Comenzaba la realidad.

VOCABULARIO

Chunche: objeto inservible; *agarrar*: capturar, aprehender; *muela*: inútil, descuidado

*Cuentos
de
Manuel
Aguilar
Chávez*



Manuel Aguilar Chávez
(1913-1957)

CATALOGADO

Alfredo Funes, su Taxi y el Estreno Agostino

Cipote pelón, ¿de manera que te llamas Alfredo . . . ?

—Sí señor, Alfredo Funes, hijo de mi mamá la tortillera y de mi papá el mecánico . . .

Padezco de este mal. Todos los muchachos de la barriada tienen que confesarse conmigo. Siento placer cuando he de meterme, como astilla, en las cosas que poco importan a los demás

Chomeados o no *chomeados*, descalzos o con “gallos” por chancletas, estos arcángeles del mesón, ya lo he dicho, tienen que confesarse conmigo.

Las cuestiones de escuela y de vagancia; de cipotes corriendo tras el cincoero, para lograr gratis la entrada a la función y que gozan cuando este o aquel “chocolate” les mienta la parentela porque le tocan la cola al mico actóbata; esta gran familia de hijos naturales, desaparecidos, sucios de la cara, rotos del fondillo, con desconocido boleto de

nacimiento, estos pequeños gorriones que amanecen en las puertas de los velorios o lloriquean un pedazo de pastel en la piñata del "beibi" acomodado: que van de taberna en taberna para recoger, mecapaneros de juguete, al tata grosero, ebrio de los sábados y leo de los lunes; estos "animalitos" duelen aquí, a media amazón del esqueleto, como una piedra hirviendo de blasfemias, igual que una mohosa navaja llena de sangre negra . .

—Alfredo, Alfredo Funes, ¿vas a la Escuela. . ?

—Pues clarín de a medio, señor . . .

—Entonces, ¿qué haces, fuera de clases, a estas horas, diez de la mañana ?

—Es que llevo el teló de don Rafayel al montepiyo . Todos los meses hago el mismo viaje

Don Rafayel es el maestro de segundo grado de la escuela oficial "Fulano de Mengano", un héroe nacional, de quien apenas sabe el pueblo que allá por los tiempos coloniales poseía el mayor número de esclavos y quien al borde de la "huesuda" no tuvo más remedio que exclamar:

"Dono mi plata a mis hijos y mis esclavos al pueblo. . "

A don Rafayel le hormiguea una batba resentida y se le desflecan unos zapatos "cholcos" por la suela.

Alfredo Funes es uno de esos "bichos" piojosos, a quienes yo entiendo a causa del antiguo vicio de creer que los niños de mi Patria tienen derecho al goce exacto de su nacionalidad. De su nacionalidad infantil

Yo pienso en ellos y dejo que se me emede una locura en la cabeza. Porque, después de todo, estas cosas no pueden existir más que en los celestes picachos del ensueño.

Cierro los ojos y miro a los niños de nuestra pobreza sobre una pantalla tan clara como el amor. Los miro reflejados, de cuerpo entero, mientras corren felices, conejillos en la primavera . Los siento agitarse sobre una planicie extensa, sobre un pequeño cuaderno de jiboa, rodeado de árboles que cantan al viento sus lentas aleluyas, que van a desembocar en los cercanos ríos, a los lagos, el fluido de una música, propicia solamente para quienes tienen el alma blanca, como una cuartilla .

Miro para ellos la iluminación de un edificio que los cobija y en donde hay buenos ciudadanos construyendo, con lealtad, algo más digno que el rencor social.

Por ellos pienso yo que el pan es blando y vivificante. Que la leche viene de la milagrosa ubre para que la heban, ávidos, todos los

niños, por igual ración cotidiana, pues la vida trajo en sus raíces NIÑOS con "ENE" bien marcada, NIÑOS sin "ERRE" de ricos, NIÑOS sin "PE" de pobres, niños, para que los grandes comprendan que en cada uno de esos corazones crece el futuro de una nación que ha de ser más poderosa, en razón de cultura, cuando más proteja a sus pequeñuelos.

Yo pienso que no es difícil, ni costoso, brindarles el derecho a una escuela más humana, más justa, una escuela de ventanas abiertas, con plenitud, a la esperanza. Una escuela que les enseñe la devoción por la Patria, arrancándolos de la miseria, para que en realidad, pueda comprenderse la democracia, mano a mano con el libro, con el paisaje, con su concepto menos huraño de la letra. De la letra llevada a todos los rincones, para que abra surcos, resucite muertos y torne blanda harina la dura piedra analfabeta. Una escuela con semillas para florecer más tarde en verdura de cabal conquista y dominio espiritual. Porque así la bestia retrocede y se escribe una nueva y más hermosa historia de la libertad . . . Yo pienso en una escuela, bajo la bandera nacional, sin maestros como don Rafayel, a quienes una herida de puñal económico tenga que obligar, cada mañana del fin de mes, a remitir su viejo chacalele, con el cipote más "zamarro" que por unos cuantos pesos lo deja en los caudales del agro público . . . Una escuela sin niños pálidos, desnutridos de civismo y de vitamina, libres del ropaje denigrante, hilandería mísera, que es su exclusiva coraza contra los inviernos.

Sin embargo pensemos sobre tierra firme, embadurnada de fango y dejemos en el cofre antiguo de la abuela, esas ilusiones . . .

Claro está que es bonito soñar, una que otra vez, en la existencia social libre del ladrillo sobre la nuca . . .

.

He visitado el mesón en donde Alfredo Funes agoniza antes de conocer la excelsitud de la vida. Hice espera, sobre un taburete, frente al "pollo" en donde su madre, la niña Lupe, fabrica sus totillas.

Conocí a mozas bien formadas, de juventud salpicadora y sensual, de esas que por entre-sus escotes pronunciados, despiertan en los ilustres violadores de doncellas, el bramido de una bestialidad. Mañana, como en el lindo poema, ha de venir, para estas chicas, el amor y les pondrá alas de palomas santificadas en el pecho.

Eso piensan ellas. Sin embargo, tal vez se anticipe un bandido de "convertible" y entonces las bautice para el buidel .

.....

En ese escenario, en donde los bacilos organizaron su conjunto, hablé la segunda vez con Alfredo.

¿Podés leer. . ?

—De corrido y en "primera". .

Intervino la madre, "mi mamá la tortillera", para explicar:

—¡Ah! Viera qué cipote del demonio . Todo lo habla en *caño*.

—¿En caño. . ?

—Sí. . Eso que ha oído usté de *en primera*, quiere decir que va cuesta arriba, pero con fuerza, con mucha fuerza. . . Quiere decir que las letras son para los doctores, los ministros y los pintores de panteón. . . Quiere decir que más estaría tranquilo si pudiera manejar un camión, un *picó*, de esos animales que tanta gente matan en los caminos . Pero, hombre, si hasta a las aceras se suben los malditos. . . Eso quiere ser este muchacho. . Vea qué locura señor. .

Una comadre, hija cada nueve meses, opinó, optimista y maliciosa

—Déjelo con sus inclinaciones naturales, niña Lupe. Recuerde que también hay choferes pistudos. .

Rieron todas. Unas desdentadas por los años. Otras, con los quince años mordiéndose sobre una dentadura alba de lobo tierno.

Alfredo Funes era el más "fiegado" y *vivacho* de la "camada" Ojos redondos de venado, fulgurantes, nerviosos. Vanguardista de los capeadores. Experto en mangos verdes y piscuchas. Tesorero de "levas" y botones de hueso. Ingeniero de "capiuchos". Líder de *Sandinistas* a la marcha sobre los cercos de concreto, cuando los cuadros extranjeros cobran miles de pesos por golear como capataces de hosi-ciano, a nuestros campeones de ocote. .

—Alfredo, ¿te gustaría ser doctor. . ?

—Pero de esos que manejan . .

—Si te portás bien. . Si estudiás mucho, si jugás menos "yoita", es posible entonces que un día llegues a ser propietario de un lujoso automóvil. . . ¿Qué te parece. . ?

—Arrechito... Bien arrechito...
Y abrió tamaños ojos.

Estoy seguro de que Alfredo Funes soñaba. Todos hemos roto ese mismo cuadrante hacia la luna. Nada más que estos cipotes pretensiosos del 54, estos "chuñas" del presente atómico, han salido aventajados. Con el "vendaje" ultramoderno Mientras nosotros apenas soñamos con un humilde caño de palo de esos que fabrican los rematados del penal, ellos que quieren un "daynaflo" y hasta llegan a superarse

—Yo prefiero un "jaguar"... Sí señor... O nada. .!

No perdí de vista al futuro "piloto". Supe que llegó a mejorar en sus relaciones con la escuelita de edificio ajeno, de techos con gotera, de pupitres en el suelo.

Supe que Alfredo Funes, incluso, ya no hizo viajes con el viejo "chacalele" de don Rafayel, para dejarlo con los metales del Monte de Piedad. Ustedes deben saber que el chico desaplicado es quien recibe estos encargos. El régimen del "coshco" ha cambiado.

—Cipote haragán... ¿No tenés vergüenza...? Vení, inútil... No servís más que para mandadero. .

Y allí nace la confianza:

—Anda, ligerito, al *Monte* .. Procura que te den siquiera cinco pesos...

Pues bien... Alfredo Funes mejoró tanto, que los recados dramáticos al "monte" fueron grato menester para otros...

—Alfredo...

—Ya, mamá

—Anda a la tienda por la manteca. Llévale, de paso, las tortillas a la niña Chon.

—Vuelo...

Y en realidad volaba. Encendía el "motor". Tequeteque... Rurur... Tequeteque . Rurur... Motor de boca. Motor barato. Motor sin gasolina. Motor de ensueño. Y Alfredo salía de "virazón" hacia la calle.

—Tequeteque... Rurur . Tequeteque... Rurur... Pe .
Pee... Pee..

Así lo miraban los asustados inquilinos...

—Vean qué cipote más carajo, cómo vuela...

Del mesón a la calle, con un giro en curva bien cerrada hacia la pulpería *La Libra Cabalita*, tres cuartas y media... Eran diez minutos exactos, con tres de espera a causa de que la niña Chon cuenta las tortillas como si son billetes...

Volvía colorado de sol y con el motor encendido a lo máximo.

—Teque... Teque... Teque... Rrrr...

Eso, la mamá, su mamá la tortillera:

—...Apúntate niño... Cipote este más repugnante...

—Ya voy mamá. ¿No mira que estoy parqueando.. ?

Y antes de acercarse al “pollo” tortillero, daba vueltas por el centro del patio hasta parquear bajo el tihuilote que abría su florón de perlas vegetales frente a los marchitos cuartos...

.....

Allí mismo, apretadas en un agujero enlaminado y húmedo, comerciaban ciertas hembras pintañajeadas, clientes quincenales del Ras “La Ganga de Oro”, bien administrado por don Valentín, un ex-sacristán que con “limosnas hurtadas por desconocidos y sacrílegos diablos de iglesia”, según versión de la prensa, dispuso cambiar los requiems por el brillante negocio de la *segundera*. Como que el beato Valentín justificaba su sospechosa prosperidad con esta arcangélica sentencia:

—...Ya ven ustedes mialmas, hay que vestir al desnudo...

Allí donde vivían las muchachas olía a ruda A tabaco mojado. A zumo de aguardiente.

Cuando las “lolas” tenían suerte y recibían visitas de abolengo, de esas que prefieren la cerveza fría “para comenzar” se escuchaban las pregonadas solicitudes:

—Niña Lupita, ¿me presta su *chofer* . ?

—Desde luego, niña Nena, desde luego..

Y brotando del cenizo fogón, un grito de atropello, esta vez sobre el mediodía.

—Alfredo, la niña Nena quiere taxi...!

—Si es para cerveza, mejor llevo el *picó*...

—Lo que sea, pero alígerate que hay buena propina... Tu estremo de Agosto baboso .

Y allá fue el *picó* con Alfredo Funes al timón.

—Tequeteque... Rrrr. . Tequeteque... Rrrr...

Viéndole correr, la señora Lupe, subía los ojos al cielo, al Cristo amparador de mendigos que a todos nos consuela cuando estamos en crisis

—Señor, dale su estreno de Agosto...

Mientras tanto, Alfredo Funes apenas era un viento suelto, perdido en el vertiginoso ajeteo de la sabatina calle.

Volvió a escucharse la apagada voz de la Nena

—Qué le habrías pasado al chofer, niña Lupita. Ya se ha tardado más de quince minutos. Los amigos están enojados y usted sabe que nosotros perdemos...

Pero allá venía triunfal, penetrando por el destantalado zaguán, el choferín.

Habló la Nena:

—¿Y qué te pasó...? Ya sibán las visitas... Hoy tiás portado mal... No hay propina.

—Es que se me reventó una llanta... Y como no tengo mica...

—Mica, tu abuela.

¡Pobre Alfredo Funes! Una propina menos. Es decir que el estreno de Agosto tendrías que esperar hasta Diciembre.

...

¿Y los accidentes...?

Ya estaba en costumbre la niña Lupe con estos sustos. Siempre terminaban en la misma "gracejada"...

—Niña Lupe, Alfredo chocó...

—¿De veras...? Que lo lleven al Hospital...

Y lo llevaban al "Hospital"

El "Hospital" era un rincón en donde la "telenguería" había puesto, poco a poco, cierto sello de basurero mecánico que los cipotes aprovechaban para jugar a sus anchas, entre latas de sardina, pedazos de lámina, cadáveres de jarillas...

Allí, los *practicantes* vendaban, con hojas de hueita, el cuerpo de Alfredo hasta que la niña Lupe le hacía saltar como muñeco de cuerda

—... Dejáte de curaciones y andá a la tienda, lépele.

—... Y no está viendo que choqué, pué...

Pero salía el taxi, zumbando, dando tumbos, en “primera” hacia la calle.

Ya estaba en costumbre la niña Lupe.

—Chocó Alfredo y se rompió la cabeza . . .

Apues que se la corten y que le pongan una nueva, con sesos de verdad, para que no seya tan vago . . .

.....

—Niña Lupe, Alfredo se estrelló contra un poste . . .

—¡Ah! . . . Que lo entierren con todo y taxi . . .

Ya estaba en costumbre, la niña Lupe, con estas locuras . . .

.....

Hoy estuve por allá.

No parecían perlas vegetales, los frutos del tihuilote. Eran lagrimones de verdad. De cera, apretadas en los chiriviscos.

También de mis ojos vertió agua salada como para curtir la nostalgia.

Diré con hipocresía que me habían puesto piel de cebollas en las pupilas o que había ahí cerca el humo de un cigarro, que sirve para disimular el llanto.

Yo sentí como si de la cumbre se desprendiera una tormenta de dolor.

Era que al preguntar por Alfredo Funes, el chofer del Barrio, se miraba unas a otras las sencillas mujetes, sin atreverse, la primera, a informar.

—Hoy si fue de mera verdá, señor . . . Hace cinco dias lo llevamos . . .

Y la Nena, frívola, pintarrajada, pecadora de a dos y hedionda a “paramí”, ofreció una frase cruel y bella, la más bella expresión, acaso, de esta historia vulgar:

—No se han marchitado todavía sus flores, señor . . .

.....

Fue así.

—Alfredo, llevá las tortillas. . .

—Un momento que estoy reparando el carburador... Que espere la niña Chon...

—Bueno... Apúiate...

.....

Olía a vacaciones húmedas de Agosto. Parecía la tarde como dibujada sobre uno de esos lienzos que venden por docenas los brochasgorda y que tanto gustan a los barberos, porque pintan árboles morados sobre crepúsculos chillantes...

—Mirá que si andás leido te vas a quedar sin el estreno de la Bajada..

Allá iba el trepidante “moto” de Alfredo Funes, abriéndose paso con la vibración ingenua:

—Tequeteque.. Run .. Teque ..

Dicen que alcanzó sin dificultad el principio de la Cuesta Blanca, para cruzar en busca del arenal. Seguro de su experiencia, este “vehículo” humano, no pidió vía, de manera que cuando el camión frenó ya era tarde. Inútil esfuerzo que sólo sirve para poner en marco de espectación un callejero drama.

Apenas pudo exclamar aterrorizado el motorista camionero:

— . Muchacho, por ir corriendo enloquecido...

Allí quedó Alfredo, bajo las inmensas ruedas. Con la cara ensangrentada y el “taxi” invisible hecho asfalto.

Corrieron los muchachos hasta el mesón:

—Niña Lupe... ¡Alfredo se mordi6 la vida contra un camionote!

—¿Ah, sí. ? Ya saben... Que lo entieren parado...

Como metida en una sombra, dijo doña Lupe:

—Un día de éstos lo van a fregar de verdá .

Y cuando le llevaron a su Alfredo, “muerto de verdá” abiertos los ojos, detrozada la cabecita soñadora, la niña Lupe dejó caer, como pedrada esta queja:

—¡Válgame Dios, si es de verdá!.. ¡Muchacho del diablo, si es de verdá...!

Y lo apretaba contra su pecho. Lo tenía entre sus brazos párpados huecos, sin luz, boca como un muñeco ahumado, sin somisas..

Un agente policial sentenció:

—El niño fue culpable, señora, por ir corriendo...

.

Si yo hubiera estado presente, ya deben ustedes imaginarse mi respuesta en defensa del amigo menudo:

—...No, señor tráfico... Alfredo no fue culpable. El tenía derecho a la vía. . . A la amplia vía del ensueño. . . Lo sacrificaron sus ilusiones. . . Cruzó la calle de la vida como un héroe embadurnado de ansias y de miserias... Ni usted, señor tráfico, ni nadie, puede comprender estas cosas. Alfredo Funes un glorioso muñeco que luchaba por una esperanza... Esa cosa terrenal que ha ocurrido cuando su cuerpo fue destrozado por una masa de hierros mecánicos sólo puede explicarse al decir que en la hora más urgente, cerca de su estreno agostino, le falló el "motor" al taxi que el travieso arcángel llevaba en su alma generosa y noble para soñar con una vida mejor...

.

La niña Lupe, mujer salvadoreña, leal hasta con su dolor, besaba, por última vez los apagados ojos de Alfredo Funes.

Ya en el portón, cuando la caja blanca salía, motor destrozado, hacia la calle, dijo afligida:

—A ver si ahora te reciben en el cielo, oloroso a gasolina como estás, muchachito loco. . .

.

¡El cielo. . ! El cielo sin puertas y sin techo a donde van los niños proletarios. El cielo para Alfredo Funes. El cielo sin mesonero Sin tatas ebrios. El cielo lleno de dicha eterna como la rueda de caballitos agostinos.

.

Relatan una historia en el barrio.

Ángel de alas quebradas, atrevido y "mocoso", Alfredo Funes hizo ruido con las aldabas que controla San Pedro:

—Tequeteque... Ruri... Apútese señor...!

Y San Pedro, barbas sacias, barbas de algodón, abuelo buenote, apenas le contesta:

—Haz el favor, muchachito. . . Lávate las alas y parquea en ese luceio. . .

Ese luceio es el que, a medio esqueleto, nos hace bramar, desde arriba, cuando lo apaga, en noches grises, el taimado temporal de Agosto. . .

VOCABULARIO

Cipote: niño; *tortillas*: pan de maíz de forma redondeada; *chorreado* sucio; *ponerse gallos*: vestir prendas usadas; *huesuda* refiérese a la muerte; *cholcos*: con agujeros, se refiere a quien le falta uno o más dientes; *bicho* niño; *chacalele*: reloj barato; *taburete*: silla de madera; *carro*: automóvil; *picó* camión pequeño; *fregado* pícaro, malicioso, de malas costumbres; *capirucho*: juguete de madera; *golear* se refiere a las anotaciones en el fútbol, deriva de gol; *yorta*: juego infantil de canicas; *arrechito* bonito, bueno; *chuñas* descalzos; *coshco*: golpe en la cabeza con la mano cerrada; *parquear*: aparcar; *tihuitote*: árbol de frutas blancas en racimos; *lolas* rameras; *jarrillas*: pocillos de hojalata; *lépero*: soez, ordinario; *chirivisco* tallo seco de la maleza; *bajada*: se refiere a la procesión principal de las fiestas patronales de San Salvador; *tráfico*: agente que dirige el tránsito en la calle; *tata*: padre; *temporal*: lluvia persistente que puede durar varios días; *de virazón*: con rapidez

Se Regala Tierra

Llegaron los celajes.

Primero, los pericos —arboleda con alas—

Luego la brisa con un refri de cristal. La brisa sonando violines entre los madrecaos.

A las seis de la tarde, cuando triunfa en la vacada un sensual aliento de loroco, toda la comarca se llena de nostalgia.

Apenas mueven los árboles sus altas ramas y hay un instante cuando, de pura ilusión, vemos pincelazos de miel cubriendo las aguas del riachuelo..

Alas de rosas opacas sacude el gallinerío y el rancho enarbola una bandera de humo azul, mientras, del fondo, le viene un piropo de candil..

Como si fuera una flecha el candil y el rancho un corazón.. !

* * *

—Ideay, Pistudo .?

—Ah . Bueno . Tá bueno... Requetebueno..

—Buscáete otro nombre, Serapio. Con el que te pusieron es imposible azer pisto .!

Y por ahí se iba lo chucano, lo cruel, del peón

—Miren qué caía...! Caepito .!

Caicajada de los mozos Como romper tablas con los dientes Y los gritos que se perdían hasta hacerse pedacitos de cólera sobre el eco. El eco en la Siguanaba que lleva siempre encima la montaña, suena igual que ametralladora con cataño .

—Cayáete, Caepito . .!

—Riyan, aloyen, riyan.

Pero ya este último “riyan” comenzaba a mojarse con todo lo agrio del llanto. Amargo llanto porque es involuntario. Sin pedir permiso se meten en los ojos mil cebollitas. Y cae agua salada hacia la nariz. Aunque uno trate de hacer lo imposible.

—Sí . Tá bueno... Requetebueno . .

—Cayáete, soñador diamedio...!

Intervino el Mandador:

—Yastuvo, jodidos . ! Yes mucho amolar al Peche.

—Gracias, don Juaco, gracias. Usted siempre me salva.. !

—Nada, hombre . .!

Y Serapio, el “Caepito”, movía el mentón, como si masticara un freno de fuego. Y les tiraba la cabeza en alto. No como reto. Era demostración de su alegría al sentirse defendido por alguien, en los momentos que las espinas, los leños, las piedras, las “chaplinas” y el coscoión, indicaban haber nacido especialmente para él, sin que nadie lo evitara.

—Gracias, don Juaco, gracias.

—Yesques mucho chingar la paciencia, viejo .! Pero bos tenés la culpa por andar con el “ionión” de una letanía inútil... *Que vuaser rico.. Que vuaser rico..* Nombre..! Dejá las ilusiones en el rancho y trabajá cayado . . Trabajá duro . Los pobres nunca llegamos a ricos... Porque estamos malditos... Y además los ricos no se dejan azer la competencia...

—Pero es que mire, don Juaco...

—Nuay pero que valga O sés rico robando o sencuenta la botija del cuento...

—Tá bueno, don Juaco. Requetebueno..

* * *

Agazapado en su propia tristeza se perdió hacia los cafetales, Serapio Juárez, mal llamado el "Caipito". El mangal comenzaba a tantear picudas chichitas verdes...

Allá donde termina la loma y comienza el camino que conduce a la ciudad, sobre torcidos horcones, florece la paja que brinda cálido refugio a Serapio. Hoy está enfermo de abandono.

Eran allí Serapio Eran la vieja Romilia, su nana .. Eran Benedicto, el tata, tullido de las "chernas", choco de un ojo. Tenía muerto el ojo. Igual que chibola de "caquemico". Dicen que fue para la guerra con el otro Estado. Le zumbaion las pepitas de un balazo. Serapio, su tata, su nana y además la Luisa, su hermana, recodiciada por su cuerpo de tecomate Rechulo el tecomate. ! Hay que sumar a Leoncito, el sobrino

Nadie sabe de dónde llegó el cipote. Se quedó callada la Luisa. Callada y gorda de contrabando. Pero el vientre se reventó una noche y comenzó a chillar el "mono".

Cuando lo supo, el viejo Benedicto estuvo a punto de convertirse en hombre con espuma en la boca.

—Dejen que se mueva tamaña pepereche !

Y la misma nana, que siempre es la regaladora de perdones y postieras ternuras cuando estas novelas aparecen, con puntualidad de luna llena, en la vida de los humildes, la misma nana estaba dura, requetedura:

—Miná, yo . Con velo... con velo con velo Miná, yo con flores .. con flores. con flores Con flores blancas.. Con testigos con testigos .. Con Cura con Cura . Con alcalde con alcalde. Pero es que yo soy mujer homada. . A vos te comerán las hormigas.. O que te haiten los cangrejos. . Desvergonzada. !

Pero Serapio sentenció:

—Bueno. Yastuvo. . Tá bueno. Requetebueno.

Y la Luisa, desde el rincón de su vergüenza, le tiró los ojos más bonitos del caseío Y la nana colérica:

—Mirá Serapio: bos te vasasei cargo dese pecado?

—Bueno... Requetebueno... Tá bueno .

Y Benedicto:

—Que lo tenga sinuay remedio... Pero que luego se vaval caia-jo... Bonito está que eya dándose gusto poi fuera y aquí los tatas listos para ciiar cuervos.

Terminó el invierno con sus pastorelas de zancudos bailando mientras sonaban saxófonos las verdes lanas... Y llegó el verano con la cabeza llena de frutas maduras y respinaes altos. .

Cuando comenaron los dolores el tata ordenó a Serapio:

—Mirá bos . Un servisio a cualquier cristiano se liase. . Ni que fueruno el diablo. . Después detodo, esta perdida es hije los Juárez... Perdida de matocho o de casamiento, es lijuno... Andá, pué, desíle a la Romualda questa perdida la necesita

Así llegó Leoncito. Y así pasaron los meses Y la Luisa fue de nuevo la tinaja mejor formada del cantón. .

Eran: Serapio, sus tatas, la Luisa, Leoncito

* * *

Una tarde octubrina, cuando el viento es barridoi sonoro en los patios y deshoja ramos y levanta camisones y mete arenillas en los ojos y pinta piscuchas y endulza cafetos y preña los pechos de armonías que sólo entienden los poetas y enciende faroles en el corazón. . Serapio sorprendió al viejo tullido dando sus tiernas caricias al nieto

Huafío el abuelo, había sido víctima de una "caza", en el meoro delito, igual que la primera delincuencia de los muchachos, cuando a falta de una "Mariya" tienen que esconderse tras de los portones o se van a los cercos o buscan los lugares más solitarios del río, para amarse solos, a nombre de la lejana e imposible hembra, de la "requetebuena", y "requetedesnuda" hembra, que hace de sus deseos un biaseio . En casi igual. .

Al verse sorprendido dio un salto y tartamudeó:

—Después de todo es mi nieto...!

—Así me gusta... Tá bueno. .

Benedicto puso bajo el sol sus pañuelos de seda, cuando comenzó a confesar sus pensamientos. .

—Mire hijo... Lo que me chinga es pensar en el destino deste cipote... Mire nosotros De pobre a pobre, para siempre pobres
 Pobre el bisabuelo Pobre el abuelo... Pobre el tata Pobre yo .. Pobres misijos... Nuay derecho también para quel nieto sea mísero comuna tata...

Le respondió Serapio

—Quién sabe si una mañana nos paramos, tata . Como los ricos .. Quién sabe si cuando menos se espera nos hace la suerte una buena jugada y salimos ricos de verdad... Con vacas. . Con tuncos .. Con tierras .. Tierra para nosotros

—Son sueños, mijo, son sueños

Desde aquella tarde Serapio anduvo atarantado

Le obsesionaba el pisto, la tierra Ser rico, como los patrones Rico, pero a confianza con Dios, eso sí!

* * *

Al terminar la fatigosa tarea, se apartaba de los peones hediondos a sudor. . Bendito sudor! Porque es del trabajo Bendito sudor Mil veces bendito Mil veces explotado

Se iba por la orilla de los sembrados Tomaba terrones negros, para apretarlos con los dedos. . La tierra. ! Cultivada por ellos Los miserables . Los esclavos... Los pobres de herencia Cultivada por ellos . Tierra ajena y cara... Tierra que los ricos mercaron a *rial y cuartillo* la manzana. . Y los labradores sin nada... Ellos traspasados con la propiedad, a la orden de cada afortunado que adquiría el fincón... Traspasados como herramientas La tierra que canta en la risa de las mazorcas.. Que siembra jardines de jarabe en los cafetales . Tierra ajena. . Para los otros... Para los ricos . !

—No...! Son habosadas... Yo tengo quiasei pisto. . Tal vez no será que tenga yo para gosallo. Pero que lo gose el cipote... Que Leoncito lo gaste. . Que sea don Leoncito Que monte mula extranjera y coja cuanta cipota le venga en gana . Tengo quiasei pisto...

* * *

Así nació el mal nombre Primero. "Pistudo"

Luego: Carepito !

* * *

De tanto hambrear, en su anhelo de economía para la botija de Leoncito, se le fue jalando la cara...

Se le hizo delgada, como una navaja de rasurar. De allí le vino el "Carepito". Sospecharon que fuera un "tisis". Pero con todo y eso, con todo y que los mozos aseguraban que un día de tantos Serapio terminaría destiñéndose, igual que los dibujos con lluvia, fue a la Escuela Nocturna. Y lo calificaron como buen alumno.

El maestro le dijo:

—Bueno, Serapio, ya puedes leer y firmar . .

—Yo le digo que vine a clases porque deseo hacerme rico. .

—Ah! No pienses mucho en este tormento... No te compliques la vida... Leer y escribir es un tesoro que nadie puede robar ni se pone a duda como origen de felicidad.. Realmente, ya eres rico... La riqueza verdadera está en lo que uno sabe . .

—Todo eso tá bueno... Muy bueno . Pero yo no quiero ser rico de mentiras.. De letras.. De galabatos que hablan... De títulos... Rico de firmas.. Yo quiero ser rico de verdá...

* * *

Un domingo por la mañana, con los ojos apesumados, tal era la emoción. Macheteando las palabras, dijo a sus tatas:

—Me vuá la capital. . A mi regreso, o traigo tierra o me cambeyo el nombre por otro más peor.

—Hijito inocente y bayunco de veras. .

—Pero, nana, sies tán regalando tierra en la capital. Lo dice el diario . Estos ojos luan leído..

—Válgame la Corte Celestial! Regalando tierra, decís. .? Nos componemos sies verdá .!

Y se fue...

El maestro le había dicho:

—Si te peidés, preguntále a un policía..

Y como se confundió:

—Señor agente, tenga la bondad de darme esta dirección...

Y le mostió el periódico. Los Avisos Económicos.

Con un "cruzá recto por allá hasta llegar a la Décima. Luego allí verás unas construcciones... Allí es.. " El policía atendió su petición Pero tuvo mala suerte, pues:

—Pero antes decíme: tenés tu Vialidá. ?
 —Tá bueno, tá bueno Pero es que yo... A mí se me conoce
 por hombre honrado Resulta que .

—Dejá tus vainas. . Si no la tenés, caminá...!

—Mire, señor: yuise la patiulla

—Caminá que luego pagás y seacabó. .

Por el camino iba preguntando.

—Y cuánto será.. ?

—Una singiaciada: apenas un peso loco. .

—Un peso ? A pué lo pago

Luego calculó:

“Un peso .. Vaya qué torcido Pero nuimporta.. Con la
 tierra que me den, me riyó de varios pesos Tá bueno . Reque-
 tebueno .”

Lo dejaron libre. Y de pronto, dirección de policía, se encontró
 parado frente a una construcción. Perforaba la tarde un chisear me-
 tállico. Bramido de palas perforadoras Columnas de acero, igual que
 los esqueletos. Trabajadores de torsos desnudos

Serapio indagó con el llamado caporal:

—¿Ta el patroncito, usté?

—Claro...! Si buscás trabajo, está completo el personal Tal
 vez el lunes, pues siempre faltan los chupingos. .

—No, no . Si yo vengo en solisitú de tierra.

—Eso ya es otra cosa .

—Me dijeron que regalan tierra .

—Seguro que sí Espéiate por allí..

Se fue a pegarla de curioso Se escuchó el fonógrafo del grito:

—Ingeniero, aquí buscan tierra !

Se acercó el patrón, gafas negras, pantalón kaki:

—Tú quieres tierra. ?

—Ah...! Si miase el favor

—Y cuánto deseas .?

—Bueno... Pues con tres manzanitas me conformo...

—Manzanitas ..? Tres manzanitas...?

—Bueno. . Enque seyan dos...

—Dos manzanitas...?

—Déme una y yastuvo. . Traigo mis papeles en regla .

—No es necesario Trayendo transporte no hay problema .

—Transporte . Carreta...?

—Sí hombre, carreta y llévate la que se te antoje

Señaló el ingeniero un promontorio, gris, blanco, ahumado, que ofrecía reflejos cambiantes bajo el agónico sol de la tarde.

Se le aflojaron los hules de las piernas a Serapio. Con rellenos de angustia en las frases, se atrevió a preguntar:

—Quesa tierras la que regalan, pué ?

—Sí hombre. Llévate la que gustes. . . Cuanto antes mejor. . . Nos estorba. . . Por eso la regalamos. . .

—Pero señor, si yo creiba que.

—Ajá. . .

—Yo creiba queia tierra de verdá. . .

—Y ésa qué es. . .?

—Esa nues tierra. . . Esues tejal viejo. . . Esues lodo seco. . . Yo creiba queia tierra de verdá. . . Pal sembrado. . . Pal mazorqueyo. . . Tierra quiase pisto si la sembramos. . . Tierra que regala retoños, frutas y alegrías siuno sinclina sobreya y suda a lo macho. . . Tierra pael arado. . . Tierra de finca. . .

El ingeniero le dio espaldas.

Y clavado, como un poste, se quedó Serapio. Parecía fusilado. Hombre de cera.

—Tá bueno. . . Requetebueno. . . Muy bueno. . . Lodo del mañana. . . Nues tierra. . . Basura shuca. . .

Al frente un letrero: SE REGALA TIERRA.

Pensó en el regreso. El tata tullido. La nana. Leoncito. La Luisa. Los peones con sus jodanías. La tierra. . . El pisto prometido. . . Sintió que el corazón se le volvía carga de dinamita, pólvora de odio. Y se mordió los labios. Hasta sangrar. Se mordió los puños hasta sangrar.

Golpeó los últimos minutos de la tarde con sus gritos. Hasta que sangró, también, el celaje. . .

—Yo quiero tierra. . . Tierra de verdá, cabrones. . . !

Lleno de ira, como un perro con rabia se revolcó en el promontorio. Tierra inútil, llena de ladrillos enfermos y adobes patojeados. . .

—Yo quiero tierra. . . !

Previno el ingeniero:

—Ese hombre. . . Está loco. . . Cuidado con el fulminante. . . No muevan la palanca. . . Detengan la explosión. . . !!!

Pero ya no hubo tiempo. Se vino al suelo una catarata de ladrillos y varas. Después una polvareda. La tierra tenía "bienteveo". En el viento fió eia como un pañuelo blanco despidiéndose hacia lo alto...

Serapio quedó sepultado con sus gritos y sus anhelos. Tuvieron que trabajar duro para sacarlo. Más que hombre, más que Serapio Juárez con su sequía de tierra, más que hombre parecía un muñeco, ojos de tierra, rojas y moradas raspaduras en el pecho y los brazos propios para un mates de carnaval.

Dijo el caporal

—Su tierra quiso y su tierra tuvo .!

Un policía, con el cuerpo apoyado sobre el poste en el que estaba clavado el letrero de "SE REGALA TIERRA" indagó:

—Quiénes son los testigos del accidente ?

* * *

En el viejo rincón volcaneño un rancho de paja, metido en la hielera de la Luisa. Y allí un viejo de "chernas" marchitadas. Allí la nana El rechulo tecomate de la Luisa. Y Leoncito Columpiándose de rama en rama, jugando con la noche verde, la quejumbie hecha colvazos

—Tá bueno . . . Muy bueno. . . Requetebueno . . . Muy bueno

VOCABULARIO

Loroco: planta de flor aromática y comestible; *ideay*: expresión de llamado de atención, y de ahí; *ta*: está; *carepito*: cara de pito (silbato); *siguanaba*: personaje de la mitología indígena, aparece en la orilla de los ríos; *riyan*: ríen; *aloyen*: oyen, se usa en interior gativo; *vaser*: voy a ser; *chichitas*: diminutivo de chiches, senos; *nuay*: no hay; *chernas*: piernas; *tecomate*: calabaza de cuello estrecho y corteza dura, se usa como vasija para cargar agua; *mono*: niño; *peperche*: ramera; *vasaser*: vas a ser; *comuna*: como una; *rial* y *cuantillo*: real y cuarto, monedas fraccionarias de la colonia, equivale, el real, a doce centavos, y el cuarto es igual a tres centavos; *tisis*: tuberculosis; *mazorqueyo*: se refiere a la siembra del maíz; *bienteveo*: enfermedad de la piel que presenta eczemas blancos; *sinuay*: si no hay; *piscucha*: especie de cometa de caña y de papel, papalote; *chingar*: molestar, fastidiar; *pisto*: dinero; *pistudo*: con dinero; *me cambio*: me cambio; *Vialidad*: nombre que se da al recibo que comprueba haber pagado el impuesto de tránsito vial; *chupingos*: ebrios, borrachos; *creiba*: cicia; *shuca*: sucia; *volcaneño*: relativo a volcán

El Telegrama

“Señor Presidente: le ruego que. . .”

Era uno de esos telegramas tímidos, redactados con ternura y faltas de ortografía en las pobrecitas sucursales de Barrio

Manos temblorosas lo alargaron hacia la ventanilla:

—Míeme si está bueno, don Chema. . .

Por mostacho le cae una pelambre blanca, a lo “Tata” Chico Menéndez, a don Chema Antejitos ovalados con patas de remiendo caseiro.

Comenzó a leer:

—Señor Pie. . . (Hombre, presidente se escribe con *ese* y no con *equis*. . . Ruego se escribe con *ge* y no con *jota*. . . Conceda es con *ce* y no con *zeta*. . .) Muy poca escuela, muchacho, muy poca escuela. . .

Trazó unos garabatos sobre el papel.

—Son veinte centavos. Vaya, que tengas suerte. . .

—La necesito, don Chema. . . Por Dios que la necesito

Se había marchado ya, pero un fieno eléctrico lo hizo regresar.

—Don Chema: un favor. . .

—Bueno, hombre, dále. . .

—Dígame: ¿cuánto tiempo tardará la contestación...?

—Es cosa de paciencia... Pero, digamos, unos cuatro días .. De todas maneras, te llegará, hombre, te llegará..

Le brilló un sol nuevo en la mirada. Por ese fulgor se le metió la ilusión: "Ya llegará... Unos cuatro días..."

A orillas de la congoja, esperó, desde aquella tarde, su telegrama. En asomando el mensajero, le daba saltos el corazón:

—Mi telegrama... Allí traen mi telegrama..

Pero con su nostalgia de papel, caía lento, el calendario.

—Se tarda, se tarda... Pero ya vendrá, estoy seguro...

* * *

Su mujer le había dicho que no creyera en eso. Y hoy, camino del trabajo, iba recordando:

—No tiene fe .. Y a lo mejor es cierto..

Entonces le mordía una tenaza:

—Ya me carga esta mujer con su pesimismo...!

Sin embargo eran más fuertes sus humildes anhelos.

"Su" telegrama era eso cálido que ansiamos todos, sobre todo cuando la vida es leño duro y boleta de empeñada pertenencia y retraso en una renta que a lo mejor termina en desahucio...

—Mi telegrama...!

Ya no importa la necesidad: deudas, medicinas, un empleo mejor, deseo de no mirar con envidia la dicha de los otros.

—Hoy se trata de un asunto personal.. De macho... Quiero demostrarle a esa mujer que está muy equivocada... Que el "Hombre" es mi amigo...

Y del fondo una silenciosa rogación:

—Señor: hacé que venga pronto ese telegrama .. Lo demás no importa... Dáme mi telegrama...!

* * *

El diama, con todo y sus lágrimas, salió a la calle. Lo supieron los vecinos. Esas lenguas viperinas. Esas viejas chismosas, con sus machetes de buela:

—¿Ya recibió el telegrama. . . ?

—Todavía no. . . Pero, después de todo, a nadie le importa. . . !

Y comenzaron los apodos

—Adiós, Chico telegrama . . !

Apenas, con la garganta hecha nudo de cohetillos, lograba contestar:

—Auuuuuu . . !

* * *

Se metió en la sucursal.

—Venía para. .

—Vengo para. . .

—Sí, ya sé. . . Vas a mandar otro telegrama. . .

—No. . . Solamente quiero saber si me ha venido algo. . .

—Todavía no, muchacho . . No te obsesiones. Ya vendrá. . .

Ya vendrá

—Y dígame: creó usted que los leí el “Hombre”. . . ?

—Supongo que sí. . . Ya vendrá, te repito, ya vendrá. . . No hagas problema de un “parte” . .

Y como al fin y al cabo se trataba de un consuelo, se lo repitió a su mujer:

—Tengo una buena noticia dice don Chema que ya vendrá la contestación . . Y él sabe de esas cosas.

Ignoro si ustedes saben que la mujer estaba “redonda”. Con “aquello”. Con su “mal estado” . .

* * *

El ansia se volvió rutina. De retorno al hogar. Cada mediodía. Por la tarde y hasta en sueños:

—Vino el telegrama. . . ?

—No. . . ! Pero en cambio costaron la luz.

—Que la corten. . . Que la corten, mil veces si quieren. Ya vendrá el telegrama. . . !

* * *

Por la tarde:

—Vino algo. ?

—No! Pero se llevaron los muebles...

—Que se los lleven .. Que se los lleven... Ya vendrá el telegrama...!

* * *

Y así. Para perder el pleito con Dios.

—Lo trajeron. ?

—No.. ! Esto dejó un policía. .

Era la notificación de embargo

—Que me embarguen.. Que me embarguen .. Ya vendrá el telegrama...!

* * *

—Vino algo...?

—Sí. .

—Mi telegrama... A ver mi telegrama Ligerito,

—Tomá tu telegrama...

Como si la dinamita fuera pan dulce: el lanzamiento municipal.
A la calle ..!

—Que me tienen como a gato muerto... Que me echen . Ya vendrá el telegrama...

Otra vez

—Vino algo...?

Un silencio de ajedrez le cayó encima.

—Lucía.. Vino algo. digo... Lucía.. No hay nadie?

Abandonado el cuarto

—No hay nadie...!

Desde la puerta, una samaritana de barrio, con su bondad sin dientes:

—Vinieron, don Chico. . Se la llevaron, don Chico Al Hospital, don Chico...

—Se la llevaron...?

—Dijo que la buscara en la Maternidad...

Comenzó a sentir nueva tortura. A quién preguntaría por su telegrama cuando regresara a casa? Su mujer estaba en el hospital. Don Chema? A don Chema no quería molestarlo más. Por eso mismo pasaba indiferente por la Sucursal. Hasta que dos días después:

—Mira Pedro . Allá va Chico .. Dáale su telegrama... Y procuraré que no le resulte tan duro... Pobre Francisco.

Salió corriendo el mensajero. Y Chico también. A la escapada. Lo empujaba un ventarrón de duda.

—Nues conmigo... Nues conmigo ..

—Eh! Párese.. Un telegrama..

Se detuvo.

—Ta seguro. .? Ta seguro que no se engaña.. ?

—Parusté .. Su telegrama ..

Y un sobrecito celeste, con dibujos de rayos cruzados en una esquina, se agitaba en la mano del mensajero. Tanta emocionada espera y en el momento de recibirlo se acobarda

—No. . No puedo... Estoy muy nervioso... Usted tal vez puede hacerme el favor . Abíalo... Después léamelo .. Despacio... Que no se le quede ni una letra en el güergüero.

El mensajero movió los labios Después le regaló una mirada de compasión y susto.

—Quiere saber...?

—Dígame... Claro que dígame ..

—Pues aquí dice que la recoja en la Morgue..

—En la Morgue, dice usted . ? No será que sia equivocado... Yo no tengo nada qué ver con la Morgue. Léalo bien. . No dirá que pase a la Presidencial...? Es lo mejor, sabe? Es lo que esperaba .. Lea despacio... No sia malo...

Tomó por las solapas al mensajero:

—Lea bien... Verdá que dice Casa Presidencial y no Morgue ? Verdá que la Morgue nues para mí ni para la Lucía... Diga... Diga . Lea bien...

* * *

Un día lo recogieron los empleados del Manicomio. Por aquellos extensos patios floreados, anda hoy. Se sube a los postes y trata de escuchar sobre los alambres. . Se tira al suelo. Se golpea la cabeza con las piedras que encuentra en su camino Habla con las paredes:

—Mi telegrama. Usted tiene mi telegrama...

Y los otros locos lloran como lloran los muñecos. Créneos vacíos o si acaso, llenos de burbujas, de basuitas, de matiposas.

Y cuando Chico les pregunta, contestan:

—Su telegrama ? Se lo comió un pajarito..

Otros le dicen:

—No . No . Su telegrama...? Se lo comió la luna..

Y entonces Chico ríe, como un santo de palo Y se rasca la cabeza rapada y cierra los ojos de venado .

* * *

De tarde en tarde, cuando se escapa, cruza las calles del Barrio Llega a su antiguo cuarto Golpea la puerta y juega.

—Mi telegrama.

Y los cipotes malcriados, con su inocente maldad:

—Cayate Chico Telegrama... Chico comecucas ..!

* * *

Leí una gacetilla: “REZAGOS: LOPEZ, Francisco, un telegrama sin entregar por ausente y desconocerse su actual dirección. ”

Tenía un sello: CASA PRESIDENCIAL. !

VOCABULARIO

Tata chico Menéndez: Francisco Menéndez, prócer nacional; *garabatos*: letras o rasgos deformes; *boleta de empeño* recibo que se entrega en los montepíos; *mia*: me ha; *en mal estado*: en estado de gravedad; *parustes*: para ustedes; *sia*: se ha, sea; *nues*: no es

Servando Navas, el "Casi Nada"

Clavado, sobre una banca de brisas,
esperaba Servando Navas... Le habían dicho:

—Sentáte .
Abrió tamaños ojos
—¿Sobre este fuego?...
—Allí esperaré turno. Sentáte ..
Comenzó a pensar
—Ya sé . Estoy soñando. Otra vez las malditas pesadillas
Y trató de sonreír.
—Estoy soñando... Pesadilla: terminó ..
Y se pellizó la nariz.
—Tal vez estoy borracho...
Y volvió a pellizcarse. No era pesadilla, ni borrachera
—Es cierto, nanita. Es cierto .. El putísimo infierno .

* * *

Servando Navas, loco. Servando Navas, loco y muerto. Porque

ésta es la historia mohosa de un muerto. De un ánima sentenciada. De un ánima en pena, que por el espacio vuela como los quejidos del viento.
—Pero Señor, si no es posible

* * *

Conozcan todos la biografía amarga de Servando Navas, el “Casi Nada” Es el recuerdo que no pueden olvidar las generaciones.

Una noche lo hicieron pagar todos sus crímenes. Lo rajaron a cuchilladas de mataife. Allí no más, en la taberna de la Antolina Fuentes.

—Pues se me hace que usted se llama Servando Muerto —le dijeron, y se largó derecho al Diablo

En la tierra quedó su huella de bestia salvaje. Allí está escrita su vida. En la tierra de los cementerios. En la pisoteada tierra de los caminos. En los húmedos y negruzcos cerros. Como una sierpe de malas palabras, se arrastra la rabia de Servando Navas. Los poblanos sienten que les arrancan las uñas cuando se pronuncia su nombre.

—¡Servando Navas . . !

Igual que poner espinas para que bailen descalzos los niños. Pero, con todo y eso, no falta alguna noble petición de clemencia. Tata Cua ha dicho que debemos perdonar

Por eso, cuando las carretas pasan frente al “Cruceío”, los boyeros se descubren para santiguarse.

—Dios luaya perdonado . .

Gentes buenas y sencillas, jesucristos de barro, hermanospedros y asises del Trópico, que llevan una angustia clavada en el alma y ruegan absolución para los pícaros

—Dios luaya perdonado . .

En todo eso pensó Servando Navas mientras esperaba turno sobre su banca de biasas. Le sonaban telegrafía los dientes:

—Señor de Esquipulas, Corazón Santo, yo no soy tan malo. . . Recuerden que hice la Primera Comunión en El Caimen, con todo y repiques y agua bendita . . Allí mismo me habían bautizado, con todo y padrinos y limosna. Milagrosos Santos de la Feria: ustedes me deben salvar. . .

¡Hipócrita!

Hoy es tiempo para que te acordés:

“...Cabo Moreno: que traigan a los presos y ligen con ellos al panteón... Digo *ligero* porque ya vendían más... Y sonaban las descargas. E igual que tajadas de naipes, en los juegos de velorio, caían doblados los cuerpos.”

Acordáte, Servando Navas:

“...Fuegoooo...!”

* * *

Se abrió una cortina de relámpagos y envuelto en una alfombra de fuego apareció el Cachudo. Tenía capoteritas de piedra en la cabeza. Casi venado. Casi torete. Casi estampa de chingolingo. Casi estampa de jamón. Ojos de zorro. Uñas de lagarto. Como una rúbrica al revés le colgaba de la perita un pincel de humo. Bigotes de alambre. Labios de escama. Alas de muñicélagos.

El Diablo en persona... !

Se plantó frente a Servando, con su traca de asfalto y su gardenia de azufre en la solapa. Y Servando, chiquito, chiquito, chiquito, como una semilla de “chan”

Le tiró, igual que láminas calcinadas, las palabras:

—A ver si adivinás quién soy... .

Se le hicieron de papel las canillas. Intentó pensar pero no pudo. La vieja cacharpa del cerebro se le hizo coco sin agua. Y qué podía pensar, si tenía lumbrices y tejos por ideas... !

Pero el Diablo se lo dijo

—Cabo Moreno: a ver si tienen sus documentos estos ratetos... .

—Yo soy honrado, mi Comandante... . Me llamo Engracio... .

—Homado el Diablo... !

Atados, como bueyes, los empujaban al presidio. Y Servando, látigo en mano, látigo para mulas, comenzaba a golpear sobre las caras, los estómagos, hasta que la noche se llenaba toda de pujidos.

Y ante la pregunta consigna:

—Que digan quién soy... .

Algún avisado, viendo en ello su libertad, se atrevía:

—Pues, onde no? siustés mi Comandante Servando Navas

—Tenés viveza, desgraciado... . Así me gusta... . Servando Navas... . Casi nada, no?

* * *

En otras ocasiones:

—Vamos a ver a la vieja Antolina, quíase sed. . .

El temor hacía que la clientela tirara alfombras de miel cuando entraba el “autoridá” primera. Todos se disputaban el honor

—A su propia salud v’ese tango

—Mejor ponéte un corrido mejicano de los que tienen tiros y botellas gratis . .

Por allá, otro:

—Una cervecita, mi Comandante. . . ?

—Con placer y encanto, conecto joven, pero también mis muchachos beben. . .

Y luego la orden:

—Mamá Rosita servíte una docena. Pero bien heladas. . .

De mesa en mesa, allí hacia las tablas húmedas sobre las cuales naufragaban su suerte los botachos, iba Servando con la pregunta

—Y vos, me conocés. ?

Algunos con los ojos cuadrados de espanto:

—Perdone, señor, pero yo soy nuevo aquí . .

Terciazo directo, hasta dejarle una dalia sobre la nuca

—Pues yo soy Servando Navas . Que no se te olvide Servando Navas. . . Casi nada, no? .

* * *

Esa noche. .

—No mostrés tus papeles, pero decí quién soy .

Tenía la Cuarenta y Cinco en la mano, apuntando hacia Felipe Santos, que mordió una somisa de buila

—Ligeo. . Decí quién soy. . .

Se le quedó mirando el paisano

—Míe que ya me pegó tres veces. . .

—Amenaza. . . ?

—Es una súplica. .

—No. . . A mí me decís quién soy . Y con su debido respeto. . .

O te rajo, hijuemil . .

—Le digo, pué. . ?

—Es una orden nacional, sabélo. .

—Bueno, puesustés el Comandante Servando Muerto . .

Mohosa la cuchilla. Sedienta de Servando Seis, ocho... Quién sabe las veces que le metió enfurecido. Donde podía. Al estómago abultado de "parque". En la cara. Donde podía.

Hasta que con un fondo de su propia sangre quedó tirado Servando Navas. En la cumbre se agitaron las cruces que él ayudara a sembrar. En la calle espantaba de hielo el plenilunio azul...

—Servando Muerto... !

Encomienda directa al Infierno. Para el Diablo mismo .

Sobre una banca de brasas esperaba. De pronto sintió igual que si le metieran barras en la garganta. El Diablo, con su frac de humo, de asfalto derretido, de chispas, se le encaramó estilo potro, para preguntarle:

—Me conocés, Servando Navas ? Se me hace que sí

Servando lo pensó sin decirlo

—El Diablo... El Diablo en persona !

Y el Diablo, que todo lo sabe, que todo lo averigua, que todo lo controla:

—Agregáله "caballero"... Es mejor así . El Caballero Diablo... Lucifer... Satanás . Como quieras..

Le metió unas espuelas de fuego en los ojos.

—Ya ves . Yo soy el Diablo . Casi nada, no . ?

De nada sirvió que Servando Navas clamara plomizo de angustia:

—Señor del Tormento, una salvadita, por el amor de Dios. .

Pero como sólo le contestó el silencio, silencio de pecado, silencio de ataúd, tuvo que reconocer, llorando lava:

—Ya me llevó el Diablo, Señor

VOCABULARIO

Matarife: el que mata las reses; *luya* lo haya; *panteón* cementerio; *ligero*: rápido; *chingolingo*: juego casero que se hace con cartones numerados, lotería; *chan*: semilla parecida al ajonjolí y que tiene cualidades medicinales; *canillas* piernas; *cacharpa*: trebejos, o trastos de mala calidad o viejos; *coco*: fruto del cocotero; *lumbrices* lombrices, parásito que vive en los intestinos del hombre y de los animales; *tejos* desperdicios de la teja, pieza acanalada de barro cocido para cubrir los techos; *pujido*: estertor, respiración anhelante; *onde* donde; *siustés*: si usted es; *puesustés*; pues usted es; *parque*: caiga de las armas de fuego; *lava*: piedra ígnea

El Cardenal

“Estoy en la ciudad de Panamá . . .
Escribo estas líneas y Su Eminencia, según dijo, indaga en la Compañía de Vapores, a qué fecha saldremos para Génova . . . De acuerdo con la santa voluntad de mi madre, debo quedarme por algún tiempo en el internado del Liceo “Benvenuto”, Calle no sé de cuántos, Roma. Confieso que muy poca gracia me provoca este viaje . . . No he cumplido los 16 años y siento miedo mientras el tiempo avanza. (¿Por qué los tendré tan blancos y redondos . . .?) Solamente una vez hemos logrado cenar con Su Eminencia desde la mañana aquella cuando en el viejo Puerto de Acajutla, abordamos el “Pará” . . . Mi madre opina que estoy en la edad “cruce”, es decir aquella cuando debemos meditar serenamente nuestra responsabilidad con el futuro . . . (Qué terriblemente redondos los tiene . . .) Para ella “futuro” es una profesión digna, elevada, que haga honor a los orígenes de nuestra familia. (Y cuando se baña, ¿lo hará desnuda . . .? Tal vez use una bata de cristal . . .) No puedo menos que sonreír con nostalgia . . . (Sus ojos Dios mío, sus ojos . . .) cuando recuerdo la querrela . . . (Yo tuve su cabeza entre mis manos . . .) Dijo mi madre: “ . . . En familia tenemos, desde el 811, varios ilustres sacerdotes . . . Nuestro tío-abuelo don Pe-

dio, fue pájaro de Zacatecoluca y por un "gemo" así no fue Prócer (Es un monumento . Aquel lunar rosado que tiene bajo el brazo derecho .) No espero que Juliencito (Ese soy yo...) reclame a la Historia un busto de bronce (Por qué los tendría tan blancos y redondos...?) Pero, quién sabe Con nuestra influencia y el talento que, de seguro le viene de nuestro padre, el Licenciado de Ramírez, a lo mejor un día termina en el Palacio Arzobispal . (Si yo pudiera quedarme en el cuarto después del Rosario) Una carrera digna para mi hijo..." Intervino mi padre, que tiene fama de buen jugador a las cartas . (Le escribí un verso . Le dié, por ejemplo: cuidame, también yo soy un pajarito. .) Dijo mi padre: "Apruebo, mujete, apruebo . Mas no exclusivamente por lo que de dignidad tenga esa carrera de los bonetes y sotanas . Hay algo mejor.. Y hacía una "O" con los dedos.. (Me gusta aunque no tuviera esas terribles naranjas blancas) "Tú te callas, so, liberalote y masón. " ordenaba mi madre . Yo creo que en este viaje hay algo más que los deseos maternos de ver a su hijo metido a jeraica vaticanal.. (Pero, ¡qué blancos y redondos los tiene...!) Mi madre sabe perfectamente que yo ando inquieto por una pajarita.. El fuego comenzó cuando penetré de manera intempestiva al cuarto de baño, en una madrugada que ha dejado para siempre sus cristales en mi conciencia . Digo que el fuego comenzó cuando la vi semidesnuda... Oía a jabón de rosa... Apenas tuvo tiempo para cubrir sus encantos. No a suficiencia como para que una blanca manzana redonda mostrara su carne de mármol Con los brazos sobre el pecho se mantuvo hasta que me retiré, en verdad asustado, hacia el corredor.. "¡Usted perdone, señorita. .!" Allí comenzó el fuego.. (Ojalá no viniera Monseñor .) No me perdono el haberla ignorado todos esos meses . ¿Cómo llegó a casa ? Una huérfana, ahijada de mi madre Le encomendaron una misión "Te harás cargo de los pájaros ." Y cada mañana, después del baño, Marujita llega hasta las jaulas de caña para ofrecer a los apisionados pájaros, su agua límpida, su fruta madura.. (Si se pudiera estudiar para canario en Roma..) Martirio bellísimo . Pensar en ella . Esa noche, me golpeaba la cabeza: "¿Por qué los tiene tan redondos y blancos . .?" (Sería interesante asistir a los funerales de un cardenal .) No pude contenerme . Dispuse resolver aquel problema . O me tomaba a su cargo, como tenía a los pajaritos, o la tomaba yo a mi cargo.. Le dije que abriera... Me dijo que no... Apagó el quinqué.. ¡Qué tortura ! No podía sino imaginarla desnuda . Rosada.. Empujé la puerta.. No habría sido necesario . Asomó su rostro y.. Se rozaron nuestros labios . (¿Cuánto valdrá un Cardenal...?) Un mediodía dominical, mientras dormían la siesta

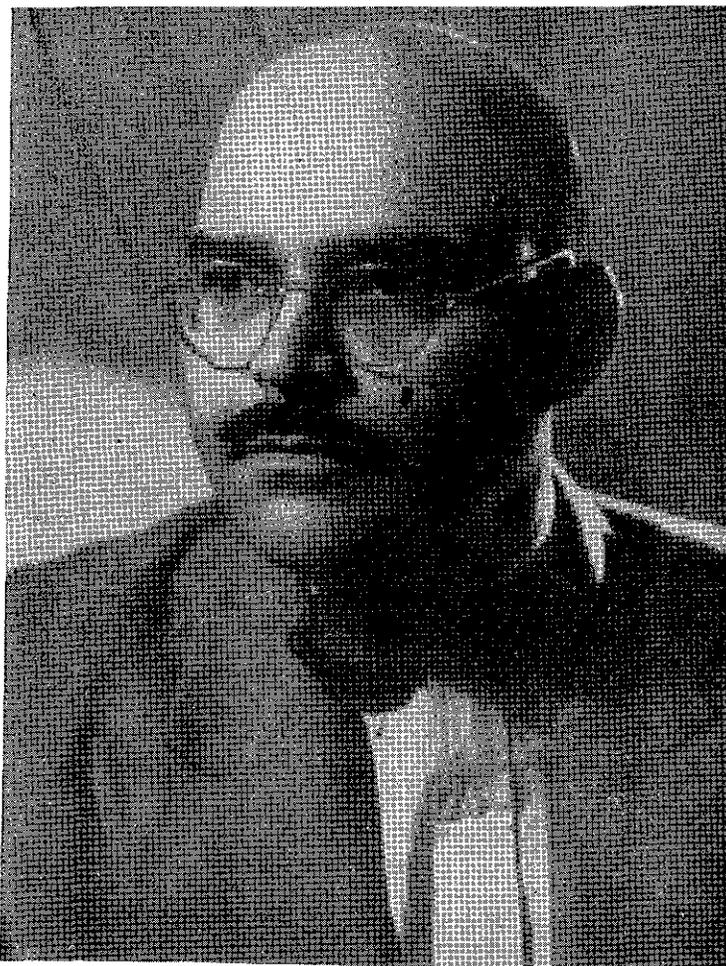
mis padres, Mariuja bordaba en su habitación . Me fui hasta ella por la espalda y tomé su cabecita entre mis manos . No me rechazó. . Le dije: “Cuidame, yo también soy un pajarito .” A la mañana siguiente, cuando salía del baño, me hizo de señas . . Coní . “Para el pajarito grande”, me dijo. . . Y me . . obsequió una papaya . . Mi madre tenía que haber descubierto algo . . Dispuso internarme. . . Supe que había dicho “Tiene caballitos chúcaros en el corazón . . Yo se los quitaré .” Y al internado me fui, con mis caballitos chúcaros y los enormes deseos de averiguar por qué los tiene tan blancos y redondos. . Grande honor dispensaron a nuestro colegio. . . El Cardenal Luigi Pietro de Lanzarote, había seleccionado a nuestra organización para ofrecer la única audiencia pública. . . Desde luego no faltó mi santa madre, a la cabeza del Club Ropa, dedicado al socorro de la juventud . (Yo necesito ayuda, pronta ayuda .) Mi madre costeó champaña, vinos generosos larga vida, secos, pasteles y unos cuantos zumos para la privadísima recepción reservada al Monseñor. . . Tampoco era posible que mi madre dejara que Monseñor no viniera a nuestra casa para darnos su bendición, permitiéndonos un beso a la esposa y recoger, de paso, algunas “poquedades”. . . Lo recibieron de pie, aunque algunas directivas se postaron . Estuvo muy simpático Monseñor . En público solamente se brindó con zarzaparrilla. . . Pero los vinillos vinieron más tarde. . . Monseñor anunció su pronto regreso a Roma . Habló mi madre. “No puede ser, Eminencia. . . Por lo menos quédese a cenar. . . Digo, quédese una semana .” Mi madre, siempre la primera, dijo al Cardenal que se había logrado reunir una modesta contribución. . . “Tenemos Diez Mil Pesos que os luego aceptar, virtuoso señor. . .” Abrió tamaños ojos el *Peraladísimo* como lo llamó, por un error, mi pobre madre. . . “¿Diez mil pesos . ?” Se alarmaron las Club Ropa. . . ¿Estaría enojado Monseñor? Mi madre solucionó el problema. “. . . Bueno, señor, podemos aumentar la cuota. . . A Veinte Mil. . . Yo pongo el resto .” Un aplauso. Una bendición. Treinta copas. Ya se retiraba Monseñor, cuando una delegada departamental pidió la palabra . Dijo que “suplicamos a Vuescencia que nos conceda el honor de llevarse a seis de nuestros niños para que con su sabia orientación, puedan ingresar a un colegio romano. . .” Fue aceptado de sumo gusto el encargo . Dos días más tarde, en el muelle de Acajutla hubo lágrimas, desmayos y juramentos . Sobre las oscuras aguas se balanceaba el “Paíá” . De lejos vi toda una gotita de agua, despreñada de los ojos de mi pajarito . Llegamos a Panamá hace cuatro días. . . Cuando comencé a escribir estos recuerdos, Su Eminencia dijo que estaría en la Compañía de Vapores. . . Pero cayó la noche y Monseñor continuaba indagando . Mañana veremos. . . Por de

pronto me voy a la cama. . . (¿Por qué los tiene tan redondos y blancos. . .?) Continúo mi diario interrumpido anoche. . . Un periódico de la mañana ha publicado este suelto: "Seis niños centroamericanos abandonados en este Puerto . . ." Y decía que la policía había logrado comprobar que Su Eminencia, ni era Cardenal ni monaguillo. . . Después de estafar a distinguidas familias salvadoreñas, trajo a Panamá a sus jóvenes herederos, a quienes abandonó en el Hotel Palacio. . . Dijo que el peligroso timador internacional, está reclamado por la policía de cuatro naciones europeas, incluso, por la Secretaría de Estado del Vaticano. . ." Mañana salimos de regreso a San Salvador. No me alegria mi casa. Perdón madre mía . . . Lo que me salta en el corazón es Mauja Maravilla. Juro que averiguaré por qué tiene tan blancas y redondas las manzanas. . ."

VOCABULARIO

Jeme: medida colonial, distancia entre las extremidades de los dedos índice y pulgar extendidos al máximo posible; *quinqué* lámpara portátil con depósito de combustible y tubo de cristal

*Cuentos
de
José
Jorge
Láinez*



José Jorge Láinez
(1913 - 1962)

CATALOGADO

Mientras Humean los Fusiles

—¡Pueico, miserable!

La bofetada estalló sorda, apagada por el ruido de la fusilería que trepidaba a lo lejos.

—¿Qué sabes tú lo que es defender la patria?

El mendigo cayó sobre el piso sucio, lleno de colillas de cigarro, botellas vacías y escupitajos. Se incorporó lentamente sin dejar de mirar al coronel que vaciaba lo que quedaba de la última botella de aguardiente que encontró en el bar en ruinas, y salió lentamente.

Casi a las puertas de la ciudad, la artillería enemiga bombardeaba los últimos reductos rebeldes y el humo del incendio enlutaba las postizas esperanzas. Había heridos y muertos caídos en las calles, mientras los fantasmas hambrientos, con los uniformes en jirones, huían en desordenado tropel hacia los montes.

Ya nadie obedecía. Unos cuantos oficiales hacían esfuerzos para contener el éxodo de angustia, pero solamente quedaban los tiradores suicidas, apostados tras los escombros, disparando los últimos cartuchos.

El coronel escancié la botella y luego la arrojó al suelo en donde

se hizo añicos. Empujó la mesa y se levantó. Con pasos inseguros llegó hasta la calle y contempló la interminable fuga que como un río empavorecido, se deslizaba hacia la liberación.

—¿Usted no huye coronel?

La voz salió de boca del vagabundo que se había acercado al jefe de la plaza vencida.

Una granada que estalló a media calle, dejó sin respuesta la pregunta. El hombre se arrastró hasta el coronel, que se tambaleaba con las manos llenas de sangre, cubriéndose la frente abierta por un casco, y trató de auxiliarlo. Pero su mente se nubló y solamente supo que se hundía en una densa sombra.

Poco a poco fue recobrando el sentido y oyó el ruido de los tanques enemigos entrando a la ciudad humeante. La calle estaba sembrada de cadáveres y heridos y la sangre corría por las cunetas, como un arroyo de púrpura. Cerca de sí, vio al coronel y se acercó a él.

Puso su oído sobre el pecho del herido y oyó los latidos de su corazón.

Añastió el cuerpo inconsciente del jefe revolucionario hasta el inseguro abrigo de una casa derruida y comenzó a registrarle los bolsillos. Vio cómo el sucio uniforme constituía un ropaje mejor que el suyo para defenderse del frío, y suspendiendo el registro, le desabotonó la guerrera y se la quitó. La blusa harapienta cayó al suelo y se sintió mejor con la guerrera puesta. Se ciñó el cinturón de cuero, colocándose el revólver aún lleno de tiros en la petina del pantalón y se asomó al hueco de la puerta.

Los invasores registraban los escombros e iban sacando poco a poco a los ocultos tiradores, conduciéndoles hasta un camión lleno de prisioneros.

—¡Maldito, ladrón!

El mendigo se volvió a tiempo para repelear la agresión. Golpeó al hombre extenuado haciéndolo caer y le apuntó con el revólver.

—Si se mueve lo mato.

—¡Mátame! ¿Quieres? ¡Mátame! Después de todo, sería preferible que caer en manos de ellos. Me fusilarían al saber quien soy, pero antes, me torturarían hasta anunciarne el secreto de nuestras posiciones.

—¿Y qué, si usted se los dijera?

—¡Estúpido! Entonces estaríamos perdidos. Sería ya imposible el triunfo de la revolución.

—Deme las botas y el pantalón ¡Pronto!

—¡Pero, traidor!

El vagabundo alzó el revólver y apuntó al corazón del coronel. Este se quitó las botas y se las arrojó al otro. Luego se despojó del pantalón y se quedó en ropas menores. El traidor realizó la misma operación con sus raídas prendas y vistió las del jefe militar. Alzó de nuevo el arma y dijo:

—Ahora, póngase eso.

En la calle se oía el rumor de las botas y los gritos de la soldadesca. Disparos esporádicos estallaban a lo lejos y los clarines y tambores saludaban a la otra bandera que izaban en el asta del cuartel.

—¡Arriba las manos!

La voz estalló de improviso, tajante e imperiosa y un pelotón de soldados irrumpió en la casa. Ambos alzaron las manos y el teniente los encañonó con el monitor.

Luego contempló la guerrera y las estrellas de coronel y sonrió con satisfacción.

—Dése preso, coronel.

El mendigo avanzó con los brazos en alto hasta dejar el revólver al alcance de las manos del teniente y éste lo desarmó e indicó con una vuelta al aire del monitor, el camino que debía seguir el prisionero.

—¿Puedo bajar las manos?

—Está bien, coronel. Puede bajarlas.

—¿Y el otro? ¿Qué hacemos con este individuo? —preguntó un soldado.

—Es un civil —dijo el teniente— Regístrenlo.

El hombre fue registrado y sus mugrientos bolsillos no contenían más que agujeros.

—¿Quién es éste?

Los ojos de los dos hombres se buscaron hasta encontrarse en una mutua mirada de acerada advertencia.

El prisionero se encogió de hombros:

—¡Qué sé yo! Un vagabundo.

—Pues anda, lárgate. Nuestras provisiones no serán para los pillos. Máchate que no queremos vagos en el pueblo.

—Pero... —intentó decir él.

—¡Silencio! Anda y muérete de hambre o de frío en las montañas ¡Qué me importa!

—Eso es, huye cobarde, ¿Qué sabes tú lo que es defender la patria? —dijo el prisionero y le dio un bofetón.

El otro rodó por el suelo lleno de escombros, mientras los soldados, colocando al preso en el centro de la doble fila, iniciaban la marcha hacia el cuartel. Y cuando entre el ruido de las botas y el chocar de los fusiles pasó el cautivo frente a él, el hombre sucio juntó los talones y fingiendo oprimir el rostro adolorido, llevó la mano hasta la altura de la frente y saludó militarmente al que marchaba a la muerte

Remordimiento

Quizá sus sospechas no fueran verdaderas. Quizá las lágrimas de ella no fueran una mentira, como él quiso creerlo, enloquecido por aquella obcecación siniestra que ahora comprendía que no era celos, sino que ya no la quería

—Me engañas... me engañas .

La acusación injusta, la ofensa despiadada, la calumnia torpe se presentaban ahora en su mente atormentada de remordimientos, y aquellas palabras le estujaban el cerebro como dos manos de acero implacables que apretaban, apretaban, hasta que el arrepentimiento se le hacía un chisperío que le quemaba la conciencia.

Se retorció en su asiento y al espiar por la ventanilla, vio las nubes iluminadas por la luna.

—Yo tengo que regresar... ¿comprende usted?... Tengo que regresar...

La muchacha del avión trató de calmarlo

—¿Regresar? Eso es imposible, caballero. Llevamos media hora

de vuelo y estaremos cuatro horas todavía en el aire, antes de bajar en el próximo aeropuerto

El hombre la miró con ojos nublados de espanto. Se cogió la frente con desesperación y se hundió en el asiento

—¿Qué hora es? —dijo

—Las nueve de la noche —indicó la muchacha, consultando su reloj—. Le traeré un calmante para los nervios, ¿o prefiere café?

—No, no .

La joven volvió con un vaso de agua y una pastilla.

—Beba. . . Se calmará . ¿Es su primer viaje por avión?

—Gracias, pero. . . ¡el vaso! . . . No, no . Debo volver . Es el vaso. . . ¿Las nueve dijo? Ella se acuesta a las diez, y sería un crimen . ¿Cómo pude hacerlo? . Hablaré al piloto, pagaré lo que sea . Señorita por piedad, tengo que regresar.

—Soy médico —dijo un hombre levantándose de su asiento y acercándose— Este caballero sufre una crisis nerviosa. Debe ser la altura. Si en algo me necesitan

El hombre se serenó y comprendió que todo era inútil. Behió el agua y la pastilla, intentó dormir y murmuró:

—Perdón . Gracias, señorita. Gracias, doctor. Consecuencias de la guerra. . . Estuve en Pearl Harbor. . .

—Muchos quedaron así —opinó el médico mientras se acomodaba de nuevo en su asiento.

La muchacha le tocó la frente.

—Si vuelve a sentirse mal, llámeme

El hombre cerró los ojos

—Me engañas . me engañas. —repetía su propia voz, emergiendo del recuerdo—. ¡Mentira! —se negó a sí mismo— Soy un miserable. . . Ella va a la cama a las diez y entonces .

Se incorporó e iba a gritar otra vez, pero recordó que era inútil

—Ella tendría que morir. . . y la habré matado yo . ¡Yo!

¿No la quería ya? . . . Sí . Ahora comprendía que sí la amaba, que su odio eran celos, locura inaudita, extravió repentino que se anulaba ante la inminencia del crimen

—Me engañas. me engañas. Allí estaba su misma voz, surgiendo de una bruña implacable

Mentalmente reconstruyó sus pasos y se vio a sí mismo preparando la venganza. No le temblaba la mano al verter el veneno en el vaso de agua que ella bebería antes de acostarse, como lo hacía siempre.

¡Veneno! Era su venganza. Era la muerte que sellaría aquel capítulo increíble.

Y él estaría lejos, en fuga bajo el cielo, cuando descubrieran el cadáver y creyeran que se trataba de un suicidio. Lo había planeado todo, diabólicamente tranquilo. El viaje inesperado, las falsas palabras solicitando el perdón, y aún le quemaba aquel beso de la despedida.

—Me engañas . . . me engañas . . . —surgía la voz, dominando el lejano zumbido de las hélices.

Ella había llorado mucho. Aquel llanto que entonces lo llenó de rabia, ahora le bajaba de la conciencia e iba a lacerarle el corazón.

—¡Miserable! Sí, soy un miserable. ¡Soy un asesino!

—Hizo un esfuerzo sobrehumano para no gritar.

—Tengo que regresar . . . ¿Pero cómo? ¡Tengo que regresar!

Apretó los maxilares y lo deseó con todas sus fuerzas. Las uñas de los dedos le lastimaron las palmas de la mano al crispar los puños.

Sintió que algo le estallaba en el cerebro, con un relámpago extraño, y creyó que se iba a desmayar.

Abrió los ojos y recorrió la habitación con la mirada. Ella estaba ausente, y sobre la mesa al lado del lecho, aún estaba el vaso con el agua intacta. Se movía como un sueño extendiendo la mano hacia el signo de la muerte.

Se abrió la puerta de la habitación, y era ella que volvía. El hombre cogió el vaso envenenado y lo apretó entre sus dedos hasta hacerlo astillas.

La mujer dio un grito:

—¡Dios mío, Dios mío! Se ha roto solo.

El quiso hablar, pero un nuevo relámpago le borró de la mente enfebrecida la visión imposible. Volvió a escuchar el ruido amortiguado de los motores y abrió los ojos.

Pasó la mano sobre la frente y algo tibio resbaló sobre la piel bañada en sudor. Alzó el brazo y se miró los dedos: tenía sangre.

En el piso, habían fragmentos de cristal.

Gangrena

—¡Gangrena! —dijo el doctor Ruiz, hablando bajo la mascarilla mientras la enfermera le ofrecía los instrumentos

Ricardo Gomar yacía en la mesa de operaciones, inconsciente bajo los efectos del anestésico, sangrando de las heridas que le produjo una granada que estalló a pocos pasos de su cuerpo en el frente de batalla

—¡Gangrena! —repitió el médico, otra vez. —Había que amputar para salvarlo. Perderá brazos y piernas.

—Pero doctor, me parece que. . . —murmuró la enfermera.

—Atienda a su deber, señorita —murmuró la voz dura.

La mujer guardó silencio, mientras las manos de Ruiz consumaban la sangrienta decisión.

La camilla rodó puertas afuera de la sala de operaciones, sobre el largo pasillo del hospital. Bajo la blancura de las mantas, iba un tronco humano, con cuatro trágicos muñones envueltos en la apretada tibieza de los vendajes.

Aquella neblina pesada llena de círculos luminosos que se iban abriendo en oleadas concéntricas, aquel caos de sonidos que estallaba en el cerebro dormido de Ricardo Gomar; aquel sueño mortal que le oprimía la conciencia, todo se iba desliendo en un remolino que abría una ventana hacia el recuerdo. Se rasgó un velo lejano y por el hueco de la tortura, vio el rostro del doctor Ruiz que sonreía

—¡Gangrena! —musitó el doctor— Había una gangrena en mi alma y tuve que amputarla de tus miembros. Tuviste esposa robándome el amor de la única mujer a quien yo amaba. Guiñapo humano, eso eres tú por mi venganza.

Un sollozo profundo brotó de la rabia del hombre mutilado y luego se desmayó en la impotencia de su odio.

—¡Gangrena! ¡Gangrena!: el murmullo horrible se le había transformado en un trueno inmenso que le torturaba de explosiones el cerebro, mientras la risa abyecta le apuñalaba de convulsiones el dolor indescriptible que le mordía las suturas

La modorra de la anestesia fue anastando poco a poco los jirones de inconsciencia que subsistían en su olvido, y los procesos mentales recobran su marcha en la evidencia de aquella aplastante realidad

Podía recordar ahora, extrayendo reflexiones amargas de la cercanía del pasado, pero la guerra era sólo un relámpago que brillaba en el asombro el instante decisivo. Sobresalía la imagen de su esposa, la mujer que lo esperaba al otro lado del mar, ajena a la tragedia inenarrable. El doctor Ruiz era una figura que se anulaba, que huía ahogando su derrota, que se esfumaba en la tangente de un círculo, cuyo centro eran dos corazones superpuestos en la concepción de un amor fuerte e inefable.

—No había necesidad de amputar —susurró el médico, inclinado sobre el cuerpo cercenado de Gomar— pero tú serás el presente que llevará un barco cualquiera a los brazos de la mujer que me olvidó por ti. Odíame . . . ódíame si quieres . . .

El sacrificado cerró los ojos y de su corazón comenzó a fluir un torrente de intenso rencor, un odio que se hundía en una vorágine infernal que hacía estremecer la carne mutilada.

Prisionero en el tronco deformado, moriendo en silencio el horror de su tortura, el mísero vio desfilar los días contemplando la mudez del techo de la sala.

Y el verdugo tenía también agitadas reflexiones. El remordimiento subía en espirales candentes y le abrasaba sus meditaciones, como una asfixia sin piedad exterminando la satisfacción de la venganza.

Durante varios días la visión sangrienta invadió de perfiles rojos la perturbada paz de su espíritu. Se guiaba en sus sueños el hombre sin manos y sin piernas, surgiendo de mares de sangre cuyo oleaje estrellaba sus espumas en la orilla del arrepentimiento.

Sentía el odio de la víctima, cayendo de las pupilas dilatadas de locura. Cerraba los ojos, pero el guiñapo estaba también en la oscura soledad de su aislamiento inútil.

El doctor Ruiz paseaba su agitación, refugiado tras las puertas cerradas de su clínica, mientras los cigarrillos consumidos señalaban desde el cenicero el caos de su fiebre interior.

A lo lejos, sonaba la campana de un reloj señalando horas perdidas en la sombra. La noche era muda y larga. Algo crujió. Una ráfaga helada hizo agitarse las hojas de la ventana, amancando un ruido seco que creció hasta convertirse en un estuendo.

El doctor Ruiz miró hacia la puerta cerrada, sintiendo una presencia impalpable que se acercaba lentamente, y como un fantasma de bruma, como una aparición inaudita, pasando a través de las maderas clausuradas, vio a Gomar que caminaba hacia él sobre sus piernas intactas, extendiendo los brazos vengadores en cuyos extremos se agitaban dos manos implacables.

Avanzó la aparición hacia el verdugo; huyó el hombre aterrado pero estaba prisionero de su mismo miedo en aquel recinto. Gomar se acercó y sus manos rodearon el cuello en cuya garganta moría un alarido. Quiso luchar el médico, pero el vengador tenía una fuerza incontenible, como si los poderes de todo el odio concentrado en un solo ser, animaran el impulso inconcebible.

Ruiz yacía sobre el piso, muerto y grotesco, cuando acudieron a romper la puerta. Estaba solo, inexplicablemente estrangulado por dos manos invisibles, y en la callada sala del dolor, agitando sus martinizados muñones, Ricardo Gomar sonreía recostado en una agonía liberada que reconfortaba su venganza.

La Blasfemia

Arrojó el cigarrillo, y después del acceso de tos, se contempló en el espejo, pálido y demacrado. Se tambaleó al dirigirse al canapé y el vértigo le hizo olvidarse de aquella opresión en el pecho, aquella fatiga, aquella punzada que le atormentaba.

Cerró los ojos.

En la oscuridad de su aislamiento, se hizo de repente un remolino de chispas escarlatas y luego un relámpago que primero fue azul y luego se fue diluyendo en luminosidades cegadoras de colores verde, anaranjado y violeta.

Se olvidó de pensar si estaría soñando, ni de cómo era que estaba allí, dentro de aquella muchedumbre que rugía con paroxismos de terror y alaridos de angustia.

Dentro de aquel círculo de seres histéricos hasta donde se sintió descender como succionado por las revoluciones de un gigantesco remolino, sintió miedo, un miedo rayano en pavor inexplicable que se le contagiaba de aquella convulsión colectiva que convertía a la multitud en una legión desesperada.

Era un aullido inmenso que surgía de millares de llantos brotando en la orilla de la locura, de una demencia monstruosa provocada por la cercanía de la muerte.

Y es que todos lo sabían como lo sabía él mismo, que iban a morir.

Habían desaparecido los presagios y los presentimientos, y ahora venía la destrucción en oleadas sucesivas.

Eran millones de seres sacrificados, millones de muertos y millones los que agonizaban y se sentía avanzar, se escuchaba trepidar aquel poder horrendo que no perdonaba y que implacablemente lo invadía todo, terminando poco a poco con los vestigios de vida que aún vacilaban en el límite del caos.

Desde el primer momento se dio cuenta que no era suyo el idioma en que imploraban y lloraban, y en verdad, no estaba seguro si hablaban o vibraban, pero comprendía perfectamente la expresión que inundaba de pensamientos y de angustias el sitio condenado.

Caminó, atarado por la muchedumbre enloquecida, empujando también, gritando también, experimentando también aquel hálito trágico y aquella seguridad del fin que se acercaba, que venía de alguna parte, sin saber exactamente de dónde pero cuya proximidad se respiraba.

Oyó, o creyó que oía, algo como lamento largo, como un sonido prolongado que le recordó las señales de alarma que durante la guerra anunciaban la inminencia de los bombardeos.

Una voz crecía en el aire y llamaba:

—Profesor Uc, profesor Uc.

—Es a mí —pensó— Uc soy yo.

Sabía que era Uc.

Se abrió paso a duras penas y jadeando su fatiga subió la larga escalinata, cuyo primer peldaño servía de límite a la multitud que se alineaba frente al alto edificio.

—Paso —gritó.

Penetró al gran salón y se sentó entre los demás.

—Señores —dijo el más anciano— el Gran Consejo se reúne ante la mortífera emergencia. Estamos al borde de la destrucción total. El daño es inmenso, irreparable e incontenible. Ha ocurrido lo espantoso. Es un elemento invencible que lo anula todo, que lo desintegra todo, que tortura, que asfixia, que mata . . . Estamos perdidos. Es el final, es la muerte.

—Lo sé —gritó Uc poniéndose de pie— Es como Hiroshima y como Nagasaki.

Los oyentes se miraron con asombro.

—¿Hiroshima? ¿Nagasaki? —interrogó el anciano—. El terror le hace a usted hablar incoherencias, profesor. ¿Qué cosas son ésas? ¿De qué habla? ¿Cuál es el secreto de esa clave del infierno?

Uc se cogió la cabeza con ambas manos y sollozó.

—¡Perdón! —exclamó— es que sólo yo puedo comprender esta situación extraña y horrible. Nadie aquí comprendería la verdad, esa verdad trágica que estamos sufriendo.

—La angustia lo ha enloquecido —afirmó la figura que estaba a su lado—. Pero debe existir un medio, una fórmula de salvación, una oportunidad de liberarnos de esta maldición y escapar.

—No estoy loco, no —repuso Uc enjugándose las lágrimas— pero poseo la verdad. Nadie escapará, como nadie pudo lograrlo antes.

—¿Antes? Esto no ha ocurrido jamás aquí protestó el anciano.

—¡Nunca! —murmuró el coro de voces aterradas.

—Aquí no —insistió Uc— pero un mundo contiene a otro mundo. El universo es inescrutable e infinito.

—¡Calla! —rugió el viejo— Nos queda Dios.

—El no lo puede tampoco —negó Uc— porque yo no puedo, y aquí ¡yo soy Dios!

Un rugido de ira y de estupor brotó de todas las gargantas.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia!..

Un estuendo horrísono, un bramido, un retumbo ensordecedor, un calor como el de mil llamaradas, se escuchó y se sintió llegando el eco de afuera, de arriba, de abajo, de todas partes. Era un temblor que lo sacudía todo, que lo destruía todo, que nada perdonaba, que nada excluía de su impulso y de su avance exterminador.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia!

La palabra se repitió, transmitida de uno en uno, por aquellos que escucharon la profanación a la divinidad, y llegó hasta el exterior coreada por la turba enloquecida que la murmuraba sin saber por qué.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia!

Las paredes vacilaron y el techo comenzó a desplomarse sobre las cabezas. La masa angustiada inició la huida, el éxodo febril e intuitivo sin rumbo, sin detenerse a saber si la ruta de la fuga la llevaba hacia la

nada o al abismo, porque en todas partes estaba la muerte, en todos lugares de aquel mundo extraño para Uc, estaba el aniquilamiento, el torbellino implacable con su ímpetu incontenible, imponiendo el pánico y produciendo la muerte

—No puedo decíselos —gimió Uc en el salón abandonado—. No puedo porque me creen loco, o me llamarían cínico y miserable, pero es como Hiroshima y es como Nagasaki.

Un nuevo sacudimiento hizo hundirse el techo definitivamente, sepultando a Uc

Casi asfixiado por el polvo, se arrojó bajo los escombros buscando la salida.

Del otro lado de las ruinas, modulado en sollozos y con sabor de sangre, le llegaba el grito:

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia!

Y sabía que no había blasfemado, porque en aquel momento y en aquel mundo, para aquellos seres sometidos a la inexorabilidad del microcosmos, él, Uc, asumía la dimensión de un dios, de un dios impotente cuya mísera capacidad se anulaba en la inconmensurabilidad del cosmos y ante la omnipotencia del Dios verdadero.

Tambaleante y aturdido se liberó de las ruinas y contempló su derredor.

Habían muchos cadáveres, muchos heridos que agonizaban y el resto formaba una legión de seres epilépticos que desvariaban idiotizados de miedo y de dolor, enronquecidos de llanto convulsivo que era aullido, por momentos transformado en ruego y por instante hecho imprecación.

En el horizonte se alzaba un resplandor de sangre. Circulaban vahos de calor insoportable y todo temblaba como si algún volcán de violencia indescriptible, hubiera desatado su furia contenida por siglos en la entraña misteriosa.

Uc sabía que no había salvación. Aquello avanzaba inexorablemente, convirtiendo en ruinas lo que estaba en el camino. Lo había oído nombrar antes, pero había llegado el instante de sufrirlo. Él era un corpúsculo ensamblado allí, por la fuerza de un designio sin explicación, pero que por el milagro de una chispa momentánea, lo ponía en contacto con lo que nadie sabía y nadie había visto como lo miraba él

—Cada célula tiene su propia conciencia —pensó y comprendió—. Su propio mundo que crece, que se dilata en distinta dimensión

Un dolor intenso lo hizo sentir que subía, que emergía fuera de aquel trágico ambiente y le devolvía su propia conciencia en su mundo verdadero

Ya no era Uc, ni estaba dentro de la escena tremenda de la destrucción, pero supo que la llevaba en su interior, que el dolor y la tortura le destrozaban el pecho. La punzada insoponible estaba en el pulmón.

Abrió los ojos y se sentó en el borde del canapé, ansioso y fatigado, pensando en la realidad de su regreso

Había sido Uc y Uc estaba adentro, sufriendo, llorando, muriendo, sumergido en aquel caos explorado por designios insondables.

El médico encendió otro cigarrillo y volvió a mirar su rostro demacrado en el espejo.

—¡Sólo me queda Dios! —susurró

Con mano temblorosa escribió e hizo un círculo. Estrujó luego el papel y lo arrojó al cesto.

Había una palabra, una sola, circundada por el trazo: ¡Cáncer!

*Cuentos
de
José
María
Méndez*



José María Méndez
(1917-)

CATALOGADO

Ajedrez

Le apasionaba jugar al ajedrez y llevaba siempre consigo, dentro de un estuche, un pequeño tablero de bolsillo y sus respectivas piezas. En cuanto subió al tren armó conversación con el compañero de viaje que ocupaba el asiento situado frente al suyo. Tocó el tema del clima, el del pueblo natal y terminó instándolo a jugar una partida. Se negó el invitado.

—Conozco muy poco, casi nada del juego ciencia —respondió cortesmente—

No se dio por vencido. Insistió y tanta fue su insistencia que logró convencer al renuente viajero. Se inició la partida. Después de dos movimientos lo desconcertó el juego de su forzado contrincante, original, estafalario. Perdió la serenidad. Al cuarto movimiento cayó en error y dejó el caballo del rey a merced de un peón enemigo. Su adversario hizo además de adelantar el peón en vez de tomar el caballo. Pensó él que quería perdonarle la pieza y caballerosamente le llamó la atención:

—Tome usted el caballo —le dijo, señalándole la pieza indefensa—

—¿El caballo?

—Sí, tómelo. Cómalo, así decimos por estos lares.

—¿Esa pieza es un caballo? ¿Quiere usted que yo me coma el caballo?

—Sí; le resulta conveniente, imperioso. No quiero ventajas. Cómalo. Por favor, cómalo.

—Si lo pide tan fervientemente. . . —dijo con voz sumisa

Y tomó la pieza que se le señalaba y la engulló de un bocado. Al segundo se levantó presuroso, aprovechó el paso lento del tren que se acercaba a una estación, saltó a tierra y se alejó en ligero trote, relinchando, por una vereda que de seguro conducía a un potrero cercano.

Pueblo Tranquilo

Yo venía de Londres rumbo a Buenos Aires, donde asumía el cargo de Jefe de Ingenieros de una compañía constructora organizada con capital francés e italiano. Me acompañaba mi amigo y colega Mauricio Despignac. La última etapa había sido New York-Miami y estábamos haciendo la correspondiente a Miami-Panamá. Después de dos horas de vuelo, el avión empezó a bambolearse exageradamente y a perder altura. Una de las azafatas nos hizo saber a los pasajeros que la nave sufría un desperfecto y que haríamos un aterrizaje forzoso en una de las repúblicas de Centro América. En verdad el nombre de la república se me escapa.

No voy a relatar los minutos de zozobra que vivimos entonces los pasajeros: el miedo exagerado de unos, la manifestación de estupidez de otros, las peripecias del descenso. Dié nada más que aterrizar felizmente y que no hubo desgracias personales. El propósito que me impulsa no es referirles mi aventura aérea sino la que podíamos llamar terrestre.

Ya en el aeropuerto, repuestos del susto, supimos que no podíamos reanudar el viaje sino hasta después de dos días y que durante

ese tiempo permaneceríamos en la capital, alojados en una casa de huéspedes.

Un señor de apellido Rosales, nativo de aquella república, compañero de viaje desde New York, con quien hicimos amistad durante el vuelo, al darnos referencias sobre los habitantes de su país nos los describió laboriosos y ordenados "Formamos —nos dijo— un pueblo tranquilo, de régimen democrático, aunque —agregó— de vez en cuando ocurre una asonada".

Era mi primer arribo a las tierras que descubrió Colón y no dominaba, como ahora, el idioma español. La palabra "asonada" me sonó a fenómeno brusco de la naturaleza, algo así como tifón o maremoto. Si hubiera sabido lo que significaba. Porque basados en las palabras de Rosales y atraídos por la limpidez del cielo, las siluetas majestuosas de los cerros, el aire claro, tónico, la paz que imperaba en la casa de huéspedes de doña Clotilde, en donde nos habían alojado, decidimos Mauricio y yo, cuando llegó el día señalado para la partida, posponer el viaje y quedarnos una semana en aquel lugar. Nuestras vacaciones fueron en un principio agradables; pero al cuarto día, cuando estábamos a punto de salir al campo con el propósito de visitar unas ruinas, notamos gran revuelo entre los huéspedes. Había estallado una rebelión, nos dijeron:

—Quédense adentro —nos indicó la dueña de la casa—, pronto empezarán a sonar los fusiles, las ametralladoras y los cañones. Salir a la calle es exponer la vida. Aquí, cuando hay revolución, no se salvan ni los de la Cruz Roja.

Eran las ocho de la mañana. Esperamos el estruendo de las armas de fuego fumando cigarrillo tras cigarrillo. Transcurrió hora y media. Durante ese intervalo no oímos siquiera el tiro de un fusil; tan sólo percibíamos el silencio de la ciudad abandonada, que estaba como muerta.

—¿Qué pasa? —pregunté a doña Clotilde—. Han transcurrido casi dos horas y no hemos escuchado el más leve ruido que delate la revuelta.

—Es raro —murmuró—, verdaderamente raro.

—Nosotros quisiéramos salir —protesté—, nos parece absurdo permanecer encerrados por un simple rumor. Deseamos averiguar si en realidad ocurre algo.

—No salgan —interfirió un huésped—. Podrían matarlos. No se trata de un rumor. El silencio es significativo.

Si quieren noticias, conecten el radio —aconsejó doña Clotilde—. Tal vez así logian saber de cierto qué pasa

Mauricio se paseaba intranquilo y enfurecido. En un rincón dos ancianas rezaban el rosario. Siguiendo el consejo de doña Clotilde yo encendí el radio. Coní la aguja por la mitad del cuadrante y no pesqué ninguna estación. Me pareció que el aparato estaba descompuesto. Iba a apagarlo, cuando el caballero que antes había interferido en la conversación me detuvo.

—Busque en los setecientos quilociclos la radio nacional —recomendó—. Esa de seguro está transmitiendo.

Efectivamente esa estación estaba en el aire. Y en ese momento transmitía un boletín de noticias. Decía el locutor:

—¡Calma, pueblo soberano, calma! El país *contiontó*, ciertamente, un grave problema político; pero ese problema ha sido ya resuelto por las vías legales. La paz y el orden imperan en todo el territorio. Esto *no obstante*, les recomendamos se mantengan dentro de sus hogares para evitar desgracias. Mañana, esperen el aviso, podrán reanudar sus labores sin tropiezos. Paso a relatarles lo ocurrido y les advierto que cualquier otra versión distinta de la oficial es falsa. Ayer por la noche el Fiscal General de la República presentó denuncia ante la Cámara de Diputados contra el Jefe del Ejecutivo Mariscal Catarino Gómez y Gómez. La Cámara, en vista de documentación anexa al escrito de denuncia, admitió ésta, ordenó el enjuiciamiento del Presidente por los delitos denunciados, lo depuso, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo setenta y tres de nuestro Código Político, y decretó su detención. Correspondía ocupar la primera magistratura del Estado al Vice-Presidente electo. Pero éste también había sido denunciado y en consecuencia depuesto y detenido. Lo mismo ha ocurrido con el Primer Designado a la Presidencia y con el Segundo y con el Tercero. Los cinco funcionarios señalados quedaron, en virtud del enjuiciamiento, impedidos para ejercer el cargo para el que fueron electos. A las doce de la noche renunció en pleno el Gabinete del Gobierno. Pero bueno es decir que a esa hora el gabinete en pleno estaba ya destituido y enjuiciado de conformidad a las normas constitucionales que nos rigen. No todos los Ministros lograron ser capturados. Algunos huyeron; pero se les persigue. El ciudadano que los encubra se hará reo de traición. En próximo boletín daremos el nombre de los fugitivos. Como no había sustituto legal para llenar la vacante de Catarino Gómez, la Cámara de Diputados, protegido por destacamentos del Cuartel Casamitona, ha nombrado Presidente Constitucional al General José Rosendo Cachipo-

11a, Jefe del Cuartel Casamitona. Las fuerzas armadas del país, fieles a los principios democráticos, respaldan unánimemente a los representantes del pueblo. No hay posibilidad de levantamientos armados, menos aún de que facciones civiles realicen maniobras subversivas. Se han tomado medidas drásticas para consolidar al nuevo gobierno. Dentro de una media hora transmitiremos un nuevo boletín con importantes noticias.

—Menos mal —comentó Mauricio— parece que los fusiles se estarán quietos.

Oíamos sin embargo el taconeo marcial de patrullas que recorrian las calles, el ruido estremecedor de tanques de guerra y el zumbido de aviones que volaban bajo, casi rozando los techos.

Los huéspedes todos de la casa se habían congregado alrededor del aparato de radio. Unos pocos tenían los ojos llorosos, estaban compungidos. La mayoría demostraba alborozo.

—El pícaro de Gómez —decían los últimos— encontró su merecido. Con Cachipolla las cosas serán distintas.

Un chiquillo lloraba, halando furioso el saco de su padre al sentirse defraudado.

—Tú me dijistes que habría balaceira y muertos. ¡Mentiroso!

El padre le pellizcó una nalga despiadadamente.

En el segundo boletín dijo el locutor:

—Ciudadanos: Continuar ponderados y calmos. La ley se ha afirmado más aún en el suelo patrio. Tengo el honor de anunciar que el nuevo Presidente Constitucional, por designación de los representantes del pueblo, los miembros de la Cámara de Diputados, es el Coronel Godofredo Manganeta y Machorro, pundonoroso militar, experto político y ciudadano intachable. El concluirá el período para el que fue electo Catarino Gómez, conculcador de nuestras libertades. La anterior elección recaída en el inescrupuloso José Rosendo Canales ha sido declarada nula por vicio de coacción, pues la Cámara de Diputados ha reconocido, en gesto que la enaltece, que la presencia de Canales y sus tropas coartó la libertad de sus miembros. El Coronel Machorro con sus aguerridas tropas, liberó de la presión a los diputados. La nueva elección se llevó a cabo bajo su vigilancia. Y ahora, pueblo libre y soberano, el Coronel Machorro os dirigirá la palabra: “Conciudadanos: por designación popular asumo en estos momentos la primer magistratura del Estado. Jamás pensé que mis escasos mé-

itos pesaran tanto en la conciencia de mi pueblo como para conferirme tan elevado cargo, pero podéis estar seguros de que pondré esos escasos méritos al servicio de ese pueblo que me ha electo y de que no es otro mi afán que el de servirle con dignidad y homaje. Si las circunstancias lo requieren presto estaré al máximo sacrificio. Antes de rendirme a quienes intenten alterar el orden jurídico gubernamental, brindaré orgulloso mi vida poniendo los ojos a la hora solemne de la muerte en la bandera y escudo nacionales. He subido al poder respondiendo a las voces que clamaban por un gobierno honesto, eficiente, que pedían se pusiera punto final a la larga serie de atropellos y depredaciones cometidos por la pandilla de facinerosos que capitaneaba Catarino Gómez. Todos los que violaron nuestras leyes e irrespetaron los derechos del ciudadano, serán pronta e imparcialmente juzgados. En estos momentos se dicta una ley de emergencia por la que se establecen tribunales especiales que nombrará el Poder Ejecutivo. Yo ofrezco garantías, seguridad y justicia. Dadme vosotros vuestra colaboración. La paz se ha restablecido, pero se ha hecho necesario decretar el Estado de Sitio y la Ley Marcial para evitar disturbios. El toque de queda se dará a las nueve de la noche. Seguid como hasta ahora tranquilos y optimistas. Confiad en la Divina Providencia y en las sanas intenciones del gobierno que presido”.

Se escucharon aplausos y el himno nacional

—Bendito sea Dios —dijo doña Clotilde— y que Dios haga que esta paz que nos anuncian sea duradera.

Mauricio, tan ponderado y discreto por naturaleza se atrevió a decir

—A mí me bastaría que durara siquiera esta noche para que pudiéramos dormir tranquilos.

Y alguien socarrón, terció.

—Yo ni en la paz de los sepulcros creo.

Propuse que apagáramos el radio y que cenáramos. Aceptado fue lo de la cena. Sobre la propuesta de apagar el radio hubo una protesta general y éste quedó encendido. A las nueve de la noche, cuando estábamos de sobremesa, escuchamos un último boletín. Estas fueron las palabras del locutor:

—El Coronel Machorro se rindió a las fuerzas del Capitán Cornelio Cañénguez, quien disolvió la Cámara de Diputados. La Cámara, según lo evidencian las dos elecciones anteriores, se había convertido en instrumento de las ambiciones bastardas de políticos y militares

inescrupulosos. El Capitán Cañénguez, después de disolver la Cámara de Diputados, disolvió la Corte Suprema de Justicia y se declaró, para bien de la República, Dictador Provisional por un período de diez años. Pedimos al pueblo comprensión y cordura. Por fin un hombre enérgico tratará con todas las fuerzas a su alcance de restañar las heridas que ha sufrido nuestra organización republicana y democrática.

Algunos dijeron:

—¡Esto no se puede quedar así! ¡Esto es el colmo!

Otros dijeron.

—¡Mano dura es la que necesitamos!

Mauricio hizo ver que tenía jaqueca y me obligó a que nos acostáramos. Los demás se quedaron al pie del radio, dispuestos a desvelarse en espera de noticias.

Al día siguiente, bajo las banderas de nuestros respectivos países, en carros blindados, protegidos por tropas de Cañénguez y a horas en que éste todavía gobernaba, abandonamos aquel tranquilo y democrático país.

Un Misterio para Don Honorio

(A Silvia Castellanos de López Vallecillos)

Respetado y querido Don Honorio:

Las palabras con las cuales encabezo esta carta no son rituales, no son fruto de los convencionalismos. Nacen del corazón, expresan sentimientos auténticos. Usted, sin embargo, no va a creerme. Al final de esta carta me habrá condenado con el juicio de sinvergüenza o algo peor. Antes de haber terminado de leerla habré, de seguro, formulado ese juicio. Pero yo lo rechazo. Afirmo enfáticamente que no soy un sinvergüenza y le estoy diciendo la verdad. Cuando lo conocí en la Embajada de Francia, el catorce de julio, me atrajo su gallarda figura, su mirada imperiosa, tal vez altanera. Admié sus juicios originales y esa nobleza de espíritu que le ha otorgado extendida fama. Sufrí fascinación y por eso cuando fuimos presentados me vio aturdimado y con aire de tonto. Esa misma noche tuvo la gentileza de invitarme a su casa. Al día siguiente hice la visita y quedé deslumbrado. Al entrar se lo dije: "Usted y su casa coinciden. Es la casa más inteligente y afectuosa que he visto". Ahora que la he conocido mejor creo que el secreto está en la multitud de jardines diversos que la entrecruzan, que la separan y a la vez la integran. Claro que la caprichosa distribución, tanto

de los patios como de las habitaciones, obedece a un orden preconcebido. Pero esto no lo advertí cualquiera. Yo tenía especial sensibilidad para advertirlo, porque como debería recordar por confesión que le hice, soy un poeta, un legítimo poeta, aun cuando jamás haya escrito versos. Su casa es, era, sencillamente maravillosa. Alcobas sabiamente decoradas para convocar el sueño; salas con rincones poblados de rosales para oír música de Chopin o adornados con panoplias y armaduras antiguas para oír música de Wagner; esquinas japonesas con biombos y pájaros, bibliotecas que se suceden entre bosquecillos que atraviesan artificiales riachuelos. Al expresarle mi entusiasmo después de un breve recorrido, le dije que daría varios años de mi vida por vivir unos pocos días en aquel lugar, los necesarios para poder apreciar la colección de magníficos cuadros, jarrones y tapices, leer en cada una de las salas de lectura, admirar todas las plantas, flores y pájaros allí reunidos. Entonces vino lo inesperado. Me dijo usted que tenía la casa a la orden y que al decirme tal cosa formulaba una invitación precisa. Refirió que por coincidencia saldría de vacaciones acompañado de su esposa e hijos —“Puede —me dijo— vivir aquí durante tres meses, el tiempo que durará mi viaje”

Lo fantástico se realizó. Partió usted para Suiza y yo me convertí en el habitante de aquellos aposentos que sacian la voluptuosidad más refinada. Me dejó advertido que no había criados, que todo funcionaba automáticamente y me dio las instrucciones del caso. Antes de su partida conocía yo el uso de todos los botones, desde los que abren las puertas hasta lo que hacen subir de las bodegas botellas de vino provenientes de cosechas que se suponen extinguidas

Y aquí viene ahora lo duro de referir. Los primeros quince días transcurrieron normales, si cabe dentro de la normalidad que un hombre fascinado viva en un recinto mágico colmando todos sus deseos con el simple esfuerzo de ambular y apretar botones. Pero un día... fue el primero de junio, ocurrió algo extraordinario. Cuando pasé a la sala de lectura francesa con la idea de hojear una edición príncipe de Flaubert, encontré la sala deshabitada. No había anaqueles, ni libros, ni mesas, ni sillones. A las paredes mismas les habían sido arrancados los tapices, los mármoles. Mostraban el esqueleto de sus ladrillos. Yo me dije: “Santo Dios, he sido víctima, Don Honorio ha sido víctima de los ladrones”. Me llené de angustia, me sentí culpable, pensé en la responsabilidad que a sus ojos podría caberme. Dos días después desapareció la sala de lectura española. Luego la sala de cine, el gimnasio, siempre a intervalos de dos días y con el mismo sistema de dejar desnudas las paredes. No podían ser ladrones. No podían ser ladrones porque yo

vigilaba y no les veía entrar ni salir. Durante la noche ejercía especial vigilancia. Me colocaba frente a la puerta de uno de los salones. Allí me estaba. No oía ningún ruido. Al amanecer abrió la puerta y comprobaba que todo se había evaporado. Llegué a creer que usted mismo había dispuesto así las cosas, mediante artefactos automáticos, para jugarme una broma. Pero averigué que la hipótesis era falsa cuando descubrí a los malhechores. Desde el primer momento adiviné que eran seres interplanetarios, marcianos de seguro. Estaba en una ventana vigilando el jardín de las fuentes de mármoles de colores, cuando ví descender sobre el césped el platillo volador. Tenía forma de hongo, era de color amarillo verdoso, un bellissimo color por cierto, que jamás he visto antes, ni siquiera en pinturas. Salieron del vehículo espacial tres individuos provistos de unos aparatos que puedo llamar aspiradores. Los individuos eran como de vidrio o humo, transparentes; parecían pájaros erguidos. Apuntaron con los aspiradores a las fuentes, las fuentes se empequeñecieron y yo las ví pasar, empequeñecidas, a través de las mangas de los aspiradores, hasta el platillo volador. No hice nada. Pero, ¿qué podía hacer? Estaba entontecido por el asombro y atemorizado por lo que usted pudiera pensar de mí cuando le relatara la verdad inconcebible. La inconcebible verdad que ahora le voy a relatar totalmente. La verdad total es que ahora en su casa no hay una pintura, no hay un tapíz, una alfombra, un jarrón, un sólo mueble; que su casa ha sido saqueada por los marcianos. Yo insisto en que son marcianos. Anoche mientras entraron a la casa tuve una idea. Entré al platillo y destruí lo que calculé era el tablero de control de mandos. Rompí unos alambres, corté unos cables. Hice todos los estragos que consideré suficientes. Entonces corrí a su automóvil. Había pensado llegar a la Jefatura de Policía, presentar la denuncia y volver con agentes para capturarlos. Creía que ellos no podían huir ya que les había inmovilizado su vehículo; pero cuando empuñaba el timón, salieron de la casa. Con unas largas agujas que de fijo eran armas que despedían rayos, apuntaron hacia el automóvil. El automóvil se fue desintegrando, desapareciendo, por los guardafangos, el motor, la capota, etc. Me quedó sólo el timón en las manos. Uno de ellos, buílón, me apuntó con una de las agujas y mis vestidos se desintegraron. Quedé desnudo, desnudo y con la lengua hecha un lazo dentro de la boca. Luego con otras agujas apuntaron hacia el platillo y yo ví como todo lo que había destruído recobraba su estructura. Entonces lo aborardaron y se perdieron a través de las nubes en vuelo vertical.

¿Qué creerá usted de mí, querido don Honorio? ¿Qué le he robado sus tesoros? Adivino su respuesta. Presiento sus ojos nacundos. Ja-

más podré enfrentar su mirada. Por eso he decidido irme lejos, lejos, donde jamás pueda encontrarme. Con esta carta y el paquete adjunto, le envié el timón de su carro, lo único que resta de cuanto poseía usted en muebles. Le ruego encarecidamente lo mande analizar a un laboratorio. Estoy seguro que encontrarán huellas de ácidos, rayos —qué sé yo— desconocidos en nuestro planeta. Esto le revelará que fueron los marcianos los malhechores y que yo no soy un ladrón, un sinvergüenza.

Apenado hasta el fondo del corazón lo saluda su fiel amigo

GERVASIO"

Memorias de un Desmemoriado

Huigando entre papeles viejos que pertenecieron a mis antepasados, encontré un manuscrito inconcluso, ilegible a ratos por las enmiendas, los borrones y la polilla. Debe de haberlo escrito mi tío abuelo, el que murió en un accidente ferroviario. Dice así

“Mis memorias, a la larga, van a resultar una pifia, pues soy un hombre verdaderamente excepcional por la falta de memoria. Ha sido con el propósito de realizar aquello que me resultaba más difícil de realizar, que me he impuesto este titánico proyecto.

Firmo Juan Martínez. Mi nombre completo es . . . Déjenme ver . . . Cuando digo “déjenme ver” no lo digo en sentido figurado. Quiero que me permitan ver mi partida de nacimiento. Aquí está. Perdón, me equivoqué, ésta es la de mi hermano Bueno. Ahora sí la pesqué. Me bautizaron con los nombres de Juan Alfonso Carlos Rodrigo. Una verdadera metida de pata de mis padres. ¿Cómo podía yo recordar tantos nombres? Mi apellido completo es . . . Permítanme de nuevo consultar mis documentos. . . Martínez del Cid y Camporeal. De modo que mi nom-

bre completo es Juan Alfonso Carlos Rodrigo Martínez del Cid y Camponeal. Un nombre que podía recordar de corrido alguien poseedor de una extraordinaria retentiva. Yo, con la escasa que Dios me ha dado, jamás he podido decirlo de corrido, ni escribirlo sin previa consulta de mis atestados bautismales. Para evitarme problemas decidí firmar Juan Martínez a secas.

* * *

Mi padre me llamaba Juan Alfonso. Me costó años y trabajos obedecerle por esos nombres. Cuántas veces el buen señor gritó con voz de trueno: “¡Juan Alfonso! ¡Juan Alfonso!” y yo no le contesté creyendo que llamaba a uno de mis hermanos o a uno de los sirvientes. Cierta vez gritó tanto y tan inútilmente que se volvió loco. Al menos así lo creí yo cuando lo vi tirarse al suelo, echar espuma por la boca y amancarse con las azulosas manos, gruesos mechones de pelo. Corrí donde mi madre y le dije:

—Papá se ha vuelto loco y está llamando a gritos a Juan Alfonso
—Pobre Carlitos —contestó mi madre y me besó en la frente.

Esta es una de las pocas cosas que recuerdo muy bien: que mi madre, por llevar la contraria a mi padre, me llamaba Carlitos.

* * *

Nunca me he puesto a reflexionar en mi problema (en términos generales no puedo pensar hondamente en ninguno) pero a ratos creo que esta mi extraordinaria falta de memoria, no es fruto exclusivo de mi especial condición biológica y psíquica. ¿Qué diría un siquiátra después de analizar estos datos? Los ya anotados (que llevo el nombre de Juan Alfonso Carlos Rodrigo Martínez del Cid y Camponeal y que mi padre me llamaba Juan Alfonso y mi madre Carlitos). Y estos otros: que una tía paterna me llamaba Rodrigo y una tía materna Carlos Alfonso; que los pacientes de mi madre decían que me parecía al abuelo materno y que para seguir sus huellas, debería ser médico; y los pacientes de mi padre decían que me parecía al abuelo paterno y que para seguir sus huellas, debería ser militar, que a mi madre le gustaba vestirme de mujer y a mi padre eso le disgustaba mucho; que los pacientes de mi padre se enfadaban cuando yo me mostraba cariñoso con los pacientes de mi madre y viceversa; que mamá afirmaba tener treinta y cinco años, y papá juraba que eran cuarenta y dos; que papá decía que él era comerciante y mamá que era vago, que Juana, la sirvienta, y mi

padre, se mostraban muy serios frente a mi madre y cuando estaban solos se hacían cosquillas.

* * *

En cuanto mamá y papá advirtieron mi deficiencia me trataron con especial tolerancia. Mis años infantiles fueron de una felicidad imponderable. Se me reconoció el derecho a jugar con los juguetes de mis hermanos y el de traerme algunos que pertenecían a mis vecinos, el de no dar los buenos días ni las buenas noches, el de no bañarme, andar descalzo y meter los desnudos pies en los grandes charcos que la lluvia dejaba en los patios, el de no tomar el vaso de leche a las diez de la mañana; el de acostarme tarde y el de levantarme tarde, el de prolongar mis juegos y no asistir a las horas oficiales de comida. Nunca me regañaron por decirle abuelo al tío Federico; ni cuando me senté sobre su sombrero de paja, ni cuando metí su bastón en el fuego de la chimenea, ni cuando le quemé los bigotes al encenderle el pufo con un fósforo de luz de los que nos habían regalado para Navidad. ¡Ah, viejo maldito el tío Federico! Entre las sombras difusas que forman, en el recuerdo, las figuras familiares, sobresalen sus bigotes amenazantes, sus dedos pellizcones y sus ojos biliosos

Mis hermanos tuvieron que aprender la Salve, el Padre Nuestro y el Rosario. Aprendiéndolos, les cayeron varios palmetazos. Yo estuve siempre libre de esas torturas. De inmediato comprendieron mis padres que iba a ser muy difícil que yo lograra decir, como todo buen cristiano que se persigna: “en el nombre del Hijo, Dios Santo, Espíritu Amén”

* * *

Mis torturas empezaron en la escuela. Las letras, el alfabeto ¡Dios mío! qué cosa más horrible y complicada. Pero en seis meses de obstinados esfuerzos logré aprender las vocales, repetir las y escribirlas en orden: O, U, A, I, E. En las consonantes, que son veintiocho y sumamente difíciles, pasé año y medio. Pese a todo, a los diez ya conocía el alfabeto. Entonces vino el deletreo: M— A MA M— A MA MAMA P— A PA P— A PA PAPA. Aprendía en libros que tenían ilustraciones y durante mucho tiempo no aprendí nada debido a que no lograba retener las combinaciones silábicas y me guiaba, al contestar, por las figuras alusivas de las ilustraciones. Así, cuando me hacían re-

petir CH—I CHI N—E NE L—A LA y me exigían después el significado de la palabra deletreada, yo respondía: PANTUFLA.

* * *

A los quince años logré por fin leer y escribir, aunque al hacer esto último cometía muchas faltas. En el aspecto ortográfico era pésimo ¿Cómo logré corregir el defecto? Verán ustedes: lo corregí y no lo corregí. Mi profesor especial de ortografía era el Padre Jacinto Larrave, un sacerdote grueso y colorado, quien no era muy paciente que digamos, pues me confesó que desde que me daba clases se mantenía en pecado mortal porque no se podía arrancar de la cabeza la idea de matarme. Un día me dijo: “Me doy por vencido. Jamás lograré hacer que retengas las reglas. Pero he descubierito algo de mucha importancia: no sólo eres un ignorante mayúsculo en relación a las reglas de ortografía, sino que además tienes un sentido natural antiortográfico que pasma. Por instinto pones b por v y c por s. Aprovecha esa circunstancia. Te voy a dar un consejo. Olvídate de las reglas. Sigue tu inspiración, tu primer impulso. Escribe las palabras como se te vengan a la cabeza. Y cuando hayas terminado de escribir así, corrige, actúa en sentido contrario a tu natural impulso y cambia las b por v y las c por s. Allí donde se te haya ocurrido poner h, táchala y ponla donde hayas creído que no deberías ponerla. ¿Me entiendes?” Le entendí y el consejo me dio maravillosos resultados. Al escribir VACA, por ejemplo, yo escribo por impulso natural BACA. Así que al terminar hago la sustitución correspondiente y acierto. Mis escritos, como lo pueden ustedes comprobar resultan casi impecables.

* * *

Estuve nueve años en el Colegio. En esos nueve años hubo entre mis profesores seis renuncias, dos fugas, un intento de suicidio y tres derrames cerebrales. Los directores del Colegio resistieron estoicos, todos estos infortunios; pero cuando llegué a la pubertad, a los dieciocho años, se rindieron. Notificación a mis padres que les había costado un esfuerzo hercúleo hacer que yo aprendiera lo poco que sabía, que el vaso de mi cerebro estaba colmado y consideraban imposible, absolutamente imposible, lograr que yo aprendiera una palabra más sobre alguna ciencia o arte. Mis padres me retiraron del Colegio. Sabían que, no obstante mis deplorables condiciones memorísticas, podía ya leer y escribir y mi poquito de sumar, restar, multividir y duplicar, lo cual era bastante. En esa ocasión mi padre explicó a mi madre que él, con

conocimientos análogos a los míos, había logrado triplicar la fortuna heredada; que su padre, el General, de conocimientos inferiores a los suyos, había llegado a ser Ministro de la Guerra. Y le recordó a mi madre algo que a ella no le hizo ninguna gracia: que el hermano de ella, de reconocida idiotez, había sido escogido como diputado —y precisamente por su notoria e incontrovertible idiotez— durante veinticinco años consecutivos, por los sucesivos gobernantes. No hacía falta —concluyó— que los vanidosos profesores llenaran mi cabeza de cosas inútiles tales como el binomio de Euclides o el teorema de Newton.

* * *

A raíz de mi “retirada” del Colegio decidieron mis progenitores que viajara por Europa para adquirir lustre, personalidad (así, textualmente, lo dijeron).

Debido a mi particular idiosincrasia acordaron que viajara acompañado de un guía y de un conductor espiritual. El primero para evitar que me perdiera en las grandes urbes, y el segundo para evitar que cayera en las redes que en las grandes urbes tienden las mujeres de grandes urbes. Uno iba a ser mi cicerone y el otro mi tutor espiritual. No fueron sino maravillosos compañeros de viaje. Ambos se perdían, como yo, en el sentido material y espiritual del vocablo. La noche que llegamos a París me llevaban cogido del brazo por Les Champs Elysees, cuando sonaron unos petardos que nos parecieron tiros; corrió la gente en grupos desordenados y al cabo del alboroto me encontré solo, perdido entre francesas y franceses desconocidos, turbado por el fulgor lunar, el aire un tanto sofocante y las palpitaciones primaverales de las campiñas lejanas. Caminé al azar dejándome atraer ora por un monumento, ora por una fuente, ora por unas cadenas. Entré en los cabarets, vi bailar el Can-Can, tomé champaña. Amanecí en el Barrio Latino, acompañado de una latina que respiraba fuego y transmitía lo mismo. Regresé a mi hotel tres días después, el mismo día que regresaron mis tutores postizos, quienes, como yo, habían estado saboteando la miel del maravilloso panal parisiense. Después de esta primera aventura solíamos perdernos casi a diario. Y en esa actitud recorrimos Londres, Roma, Viena, etc. Hasta que llegó el otoño y nuestro entusiasmo decayó al compás de las hojas marchitas.

* * *

Durante esa pausa otoñal creo que conocí a Annette y me casé con Annette, mi primera esposa. He de referir que me he casado dieciocho

veces y que podría, revisando mi archivo, darles con exactitud los distintos nombres de mis esposas, las fechas de los matrimonios y los divorcios, las pensiones fijadas, etc. Mi archivo es una maravilla y ha sido llevado, y reconstruido en ocasiones, por expertos de reconocida competencia. Pero no quiero consultarlo. El escribir se me volvería entonces insulso, mecánico. Prefiero hablar de ellas a medida que mi menguada memoria las vaya poniendo en la zona luminosa del recuerdo.

* * *

Annette era menudita. Confundo a Annete con Olga y con Rosalía, porque las tres eran menuditas, frágiles en apariencia. Annette fue, de seguro, la que más quise. Pasamos la luna de miel en Suiza, Suecia, o Noruega, sin esquiar, sin patinar, sin escalar ningún Monte. Debe de haber hecho mucho frío y mucho amor. Annette se me enfrió en la primavera. He aquí un fenómeno raro que a mí casi siempre me ha ocurrido. el de que aïdan en otoño y se enfríen en primavera. El enfriamiento provocó con Annette una incompatibilidad de caracteres, pues yo soy hombre normal que camino sentimentalmente al ritmo de las estaciones. Nos divorciamos. De ella tuve un hijo que vive en Montecarlo. Debe de ser *croupier*.

* * *

Lucinda no se llamaba Lucinda. Se llamaba Juana. No pude permitir que mujer tan bella se llamara así, y la bauticé de nuevo. Oficié de sacerdote en la fuente de Trevis. Mientras nos secábamos, después del bautizo, jugamos casinos. Lucinda —parece mentira— no tenía defecto. Físicamente era tan perfecta que cualquier pintor o escultor se habría desmayado antes de empezar a pintarla o modelarla. Era además, *graciosa, culta, elegante*. Y tenía otra virtud que después de las mencionadas en realidad salía sobrando: era de muy buena índole moral. Sin embargo me divorcié de ella. ¿Por qué? Porque le gustaba viajar en avión, cosa que yo detesto: y porque le repugnaba viajar en tren, lo cual a mí me fascina. Además me traía mala suerte a la ruleta.

* * *

A Silvia la conocí en Munich, en una cervecería, después del noveno Bock. Se me apareció con la piel tersa, el andar garboso, la mi-

hada juvenil. Al día siguiente, al verla en mi cuarto le pregunté respetuoso:

—¿Qué hace usted aquí, señora?

—Soy tu esposa —me contestó.

Tengo nervios de acero, porque cualquier otro, con esa respuesta habría sufrido un ataque de histeria. Me había casado con un peigamino, con un papito. Me dijo que tenía cincuenta años. Le contesté:

—Creo que usted tiene efectivamente cincuenta años de haberse escapado del museo, sección momias. ¿Dónde escondió las vendas?

Rompió a llorar. Le dije que no llorara, que podía deshidratarse. Entonces se me vino encima, queriendo abrazarme.

—Soy tu esposa —me decía— debes quererme.

Corrí al escritorio y saqué una pistola. Empuñando en una mano la pistola y en la otra una silla, al estilo domador, le dije firmemente:

—Señora, si usted da otro paso le quiebro esta silla en la cabeza y después la remato a tiros. Salga inmediatamente de aquí.

Sintió efectos la amenaza y empezó a vestirse, a pintarse y a componer su valija. La mantuve a raya con la pistola, le entregué cierta cantidad de dinero, llamé un taxi por teléfono y le previne severamente:

—Estoy llamando un taxi para que la conduzca a su casa. Pótese bien, que no quiero verme obligado a pedir un carro fúnebre.

Después de mi aventura en Munich jamás he vuelto a tomar cerveza.

* * *

Odette Dupin, descendiente según ella de la famosa Aurore, resultó dominante, agresiva, amasculinada, tal vez artificiosamente para justificar el ficticio parentesco. Pronto me olvidé de ella, tan pronto que sin haberme divorciado contraí nupcias con Rosalinda, una bailarina. Fui procesado por bigamo. He sido también procesado como homicida por imprudencia temeraria. Muchas veces por pisar el freno he pisado el acelerador. Con mis distracciones y mis olvidos provoqué incendios, explosiones. Por mi culpa se han hundido unos cuantos barcos. En Suiza estuve preso bajo acusación de parricidio. Yo fui el culpable de que volara al cielo Angel —un verdadero querubín de tres

meses— hijo mío y de Serafina. Estábamos pasando vacaciones a cabañas del Lago Plumas, en una de las tantas cabañas que allí hay y las cuales se distinguen unas de otras únicamente por sus números. Ocupábamos la marcada con el siete. Serafina tuvo que ir a un pueblo cercano, por veinticuatro horas, para visitar a unos parientes, y dejó al querube bajo mi cuidado. Al regresar de la estación entré a la cabaña marcada con el número nueve y allí pasé el día que duró la ausencia de Serafina, sin que en ningún momento revoloteara siquiera en mi memoria el recuerdo de Angel. Cuando Serafina regresó éste ya había muerto de hambre, abandonado en la cabaña número siete

* * *

Se agolpan y confunden en mi mente los recuerdos y se ensanchan las lagunas de los olvidos. Me siento exhausto, agobiado por un cansancio irresistible. ¿Será por los tremendos esfuerzos que he realizado al escribir? En estos difíciles momentos entra por suerte mi secretaria ¡Qué ojos! ¡qué somisa! Pretende reanimarme. La tarea que me he impuesto —dice— es superior a mis fuerzas. Tengo —añade— un archivo muy bien ordenado ¿Por qué no encomiendo a un escritor redacte mis memorias con base en los datos recopilados en el archivo? Ella misma —agrega— podría redactarlas. Y al decir esto se sienta sobre mis rodillas y me besa. Yo, cauteloso, la retiro, haciéndole ver que de un momento a otro puede aparecer mi esposa.

—Estúpido —me dice somiando y dándome otro beso— yo soy tu esposa.

La Fuerza del Sino de Don Alvaro

—Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a dormir donde ninguna de ellas porque las tres me pegan. Me pegan cuando me achispo un poco, como ahora; me pegan cuando estoy borracho y me pegan cuando estoy sobrio, porque la verdad es que ellas no necesitan motivo para entrarme a palos. Siempre me pegan ¡Es una maldición!

Yo le había preguntado antes:

—¿No cree usted que debe regresar a casa y dormir un poco?

La inesperada respuesta, coincidente con la extraña conducta de Don Alvaro de Albornoz, agudizó aún más mi conturbación. Empezó ésta cuando entré al bai. Aquella noche partía yo para Salonia y había llegado a la estación prematuramente, cuando faltaba poco más de una hora para la salida del tren. No quise aburrirme en el salón de espera y decidí entrar al bai para calentarme el cuerpo con unas cuantas copas de cognac. Cuando estuve frente al mostrador me reveló el espejo, en la esquina que estaba a mis espaldas, una figura lejanamente familiar, cuya fisonomía, aún imprecisa, picó mi curiosidad. ¿Quién era él? Quise saberlo. Me dirigí a una mesa cercana a la suya y traté

de identificarlo. Inmediatamente noté que no quería ser identificado: se cubría el rostro con las manos, bajaba la cabeza, se ponía de espaldas. Ayudábale en su empeño la motecina luz del bar y el humo de los cigarrillos; pero salí adelante con mi propósito. No me engañó la larga y poblada barba, ni los ahumados anteojos, ni la peluca, ni el traje a cuadros que desentonaba con su seriedad proverbial. Pronto gané la batalla: el personaje que trataba de ocultar su identidad era don Alvaro de Albornoz, rico y respetable caballero. Me acerqué a su mesa y mientras él, haciendo como que tosía, me daba la espalda, tocándole el hombro, le dije

—Don Alvaro, lo he reconocido. ¿Qué anda haciendo usted por aquí a estas horas y disfrazado?

—A un buen tiempo llegó el señor mequetrefe —me respondió malhumorado— ¡Váyase al diablo!

Pero luego rectificó:

—No. No espere. Estoy metido en una peligrosa aventura ya que me vio es necesario que me ayude. Por lo menos con su silencio. Siéntese, actúe con naturalidad y trate de bajar la voz. ¿Le costó trabajo reconocirme?

—Pues no mucho. ¿Qué líos se trae entre manos?

Llevándose el dedo índice a los labios, me dijo:

—Psst. . He arreglado lo de mí muerte, es decir, ya estoy muerto. Ahora preparo mi fuga. Si usted hablara me causaría grave perjuicio. Debe callarse, guardaime el secreto.

En ese momento fue que le sugerí, creyendo que estaba borracho, que fuera a dormir a su casa. Y fue entonces que él me respondió con las incomprensibles palabras con las cuales he dado principio a este relato: “tengo tres, mujeres, etc.”.

* * *

Don Alvaro de Albornoz era un hombre de muy buen talante, dueño de inmensas riquezas y descendiente de ilustre familia. Se le tenía por hombre austero, de muy recta conducta. Al encontrarlo en el bar hablando dislates, disfrazado, vestido ridículamente, supuse que estaba borracho o se había vuelto loco. El adivinó mis pensamientos por el asombro que se debió reflejar en mis ojos. Y me dijo con ademán tranquilizador:

—Señor Rodríguez: he bebido unas cuantas copas, pero no estoy borracho. Tampoco estoy loco. Este día, volveré a nacer. Nadie debe saber que estoy vivo: es necesario que sigan creyendo lo que habrán ya empezado a creer: que estoy muerto. Le suplico, apelando a la vieja y caballerosa amistad que nos une, no decir a nadie que me ha visto, olvidar este encuentro ¡Prométamelo! ¡Júreme que no desmentirá, mañana, la versión aceptada por todos!

—No puedo prometer ni jurar a ciegas —le contesté—
Hablando precipitadamente continuó Don Alvaro:

—Paso dentro de pocos minutos para Salonia. Ahora soy Enrique Alomar. Este es mi nuevo pasaporte; éste mi nuevo retrato. Después de mi partida descubrieron mi cadáver, el cadáver del Señor de Albornoz. Es posible que ya lo hayan descubierto. No puedo, por la premura del tiempo, decirle más. Aténgase a la versión oficial de los hechos. Usted se queda aquí y no le importará.

—Se equivoca —le interrumpí— yo también tomo el tren que parte a las doce para Salonia. Viajaremos juntos

Aquella fue una noticia tranquilizadora para Don Alvaro. Se alisó los cabellos, me dio unas cuantas palmaditas en los hombros y luego dijo:

—No esperaba esta coincidencia que de seguro viene en mi provecho. Me iba sin ponerlo al tanto de todo. Así era difícil que me otorgara promesa de silencio. Ahora tendré oportunidad de contarle la historia. Cuando la conozca aprobará mi conducta y se convertirá voluntariamente en fiel guardián de mi secreto

Eran casi las doce; pagó Don Alvaro la cuenta y salimos, presurosos, hacia la estación

* * *

Nos instalamos uno frente a otro en el penúltimo vagón. Éramos, por gracia del azar, los únicos pasajeros

El tren se puso en marcha. La lluvia al golpear en el vidrio de las ventanillas, casi no me dejaba oír claramente la voz de don Alvaro.

—¿Cómo dice? —le pregunté—.

—¿Qué si va usted en viaje de negocios?

—Cada mes, por este tiempo —le contesté— voy a recibir instrucciones de mis representados. Soy comerciante y.

—El suyo es viaje de rutina —me interrumpió— no así el mío. Me voy del país y jamás regresaré. En cuanto llegue a Salonia tomaré un avión con destino a América.

Le pregunté:

—¿Ha cometido algún delito, lo busca la policía?

Sonrió don Alvaro:

—No, mi buen amigo. No soy delincuente. Tampoco soy espía. Mi historia . . . es una historia vulgar.

—Estoy sumamente interesado en oírla.

—Le dije que tenía tres mujeres con casa puesta y que no podía llegar a casa de ninguna de ellas porque las tres me pegaban. Pues bien, eso es cierto. Tengo tres mujeres y todas me pegan. Ahora huyo de ellas. Se agotó mi paciencia, mi tolerancia. Voy en busca de libertad. No las abandono simplemente. Si simplemente las abandonara pudiera ser que me buscaran y que lograrían encontrarme. Volvería entonces a llevar la vida de perro que he llevado. No realizaría el propósito definitivo que pretendo: cortar de raíz con el pasado. Tal como he dispuesto las cosas, haciéndome pasar por muerto y consiguiendo nuevos documentos para surgir con otro nombre, no sólo me aparto para siempre de ellas sino que espero realizar un eficaz conjunto que aleje de mi lado la suerte nefasta que me ha perseguido. Pudiera ser que el cambio de nombre y el cambio de país lo cambiara todo. Yo mismo me siento ya otro. Es que ya no soy Alvaro de Albornoz. Soy Enrique Alomar: un hombre nuevo que espera vivir una nueva vida.

Cayó de súbito su entusiasmo y añadió con tristeza:

—Dios mediante. . .

Guardó silencio un momento, como mortificado por un dolor que le cruzara por el alma, y luego continuó

—Los antiguos, para personificar el amor, imaginaron un dios que con un arco de fresno lanzaba flechas de rígido ciprés. Yo, para personificar el amor, tendría que imaginar un ogro de mazo y porra. Mi particular Cupido no hiere, malluga. Toda mujer que me ha querido me ha pegado antes de enamorarse, al enamorarse, estando enamorada o libre ya de la ponzoña del amor. Mi primera aventura empezó a puñetazos. Tenía diez y seis años y vivía en la casa solariega de mis padres. Hellen Rubinstein, institutriz de mi hermana menor, era una mujer alta y garbosa, de músculos atléticos según pude comprobarlo

suficientemente mas tarde. Cuando la casualidad hacía que se cruzaran nuestros pasos en los largos corredores de la casa, me sonreía picarescamente. Una tarde, aprovechando que habíamos quedado los dos solos en el vetusto caseón, entré a su cuarto. Acababa de salir del baño e iba vestida nada más con una bata. No pude resistir la tentación de la carne fresca, olorosa, turgente, y le robé un beso. Inmediatamente me soltó un puñetazo que por poco me rompe la mandíbula; luego otro que me cerró un ojo; luego otro y otro y otro hasta que perdí la cuenta de los puñetazos y el sentido. Cuando recobré el sentido estaba acostado en su cama. Ella me ponía lienzos de árnica en la cabeza y me arrullaba dulcemente: "Mi nene. Mi nene. ¿Te dolió verdad? Esto te enseñará a respetar a las mujeres y a ser manso y sumiso con ellas, como ahora Mi nene guapo. En verdad eres guapo y te ves más guapo con los moietes. Viéndote así no puedo negarte un beso, no puedo negarte nada Ven, bésame cuanto quieras". Para explicar a mis padres lo de los golpes recibidos tuve que contarles que me había atropellado un camión. Y lo creyeron.

—Un mal principio —le dije soltando una carcajada.

Don Alvaro, en un gesto de exquisita cortesía, para permitir que me librara del gusanillo de la risa, se quitó la barba y la guardó, ceremonioso, en su maletín de viaje. Luego volvió a tomar la palabra:

—El incidente que le he referido fue el primer eslabón de una cadena. De allí en adelante, como ya le dije, cuanta mujer me ha querido me ha entrado a palos. Han sido muchas... Quién contara mis aventuras, quien solamente las contara en el sentido numérico de la palabra, podría tomarme por un Don Juan. En realidad no soy un Don Juan. Soy más bien la antítesis de Don Juan. Don Juan conquistaba. Yo jamás he hecho una conquista, he sido siempre el conquistado. A los treinta años era ya un veterano del amor. E igual que un soldado veterano tenía el alma apesurada por los recuerdos y el cuerpo cundido de cicatrices.

—¿Supongo —le pregunté— que ha tenido usted la mala suerte de topa siempre con mujeres anormales?

—No, amigo Rodríguez —me contestó— no han sido ellas discipulas del famoso Marqués. Recuerde que esa perversión no es propia del sexo femenino. Tampoco se imagine que yo soy un masoquista. Mi caso no tiene nada que ver con la psiquiatría. A mí me pegan ellas normalmente, sin accesos histéricos, de un modo natural. Me pegan porque tienen que pegarme o porque me dejo pegar. Pensándolo honradamente no las culpo y quizás les otorgue razón. En primer término

¿por qué prefiero las mujeres altas, de recia complexión? Luego ¿por qué no me planto la primera vez? Hay en todo esto algo misterioso, fatal. Un escéptico diría que es una serie increíble de coincidencias. Yo digo que está de por medio la fatalidad. O que tengo una especie de imán para atraer sobre mí las palizas. Tal vez nací predestinado. Recuerdo en estos momentos una que me decía: "Tú tienes algo en la cara, algo raro. No sé que es; pero me intriga. Algún día voy a saberlo". Un día por fin me dijo: "Ya sé. Ya sé qué tienes. Ya te tengo. Te has estado riendo de mí todo este tiempo, burlándote. Te parezco ridícula y loca. . ." Se me vino encima. Bueno. Esta en verdad se hizo loca y terminó en un manicomio.

—Cuando le pegaban así, normalmente como usted dice —indagué— ¿trató alguna vez de defenderse?

—He de decirle que soy experto en el arte de la defensa propia. Conozco el boxeo, el judo, etcétera. Cuando algún hombre me ha agredido o provocado, se ha llevado su merecido. Con las mujeres no puedo repeler las agresiones. Me lo impide mi particular filosofía y mi educación religiosa. Cuando me pegan soporito la paliza y me quedo. Ese es mi mal: quedarme. Por eso se ha cebado en mí el mal llamado sexo débil, que para mí debería llamarse sexo fuerte. Una navidad recibí de regalo seis bombas de tiempo y cuatro cajas de chocolates envenenados. Podría contarle el caso de la trapecista que me arancó del asiento durante una función de circo, me besó apasionadamente mientras el trapecio volaba por los aires y me aventó después al asiento de origen. El de la bailarina acrobática que sin conocerme, en París, me arrebató de la mesa, me hizo bailar con ella la danza apache y me rompió la clavícula. El de la condesa que me perseguía por las calles de Viena con su automóvil. Se llamaba Natalia y murió estrellada contra un poste al esquivarla yo, ágilmente. El caso de Camila es verdaderamente. . . No. Le hablaré de Elena, Gertrudis y Violeta, las tres mujeres que regían hasta hace poco, a golpes, mi vida. Las tres mujeres de quien voy huyendo y a quienes creo haber engañado con mi ficticia muerte.

* * *

—Elena prácticamente me secuestró. Cuando cumplí cuarenta años era yo rico y solterón como ahora. Mis negocios caminaban solos. Huía de las aventuras amorosas, huía por espíritu de conservación. Huyendo de ellas, buscando un apartado y tranquilo lugar, llegué al "Boarding House" de Elena, una especie de refugio ideal para quienes buscaban

soledad, paz del espíritu. Estaba situada la casa a veinte kilómetros de la ciudad, dentro de un bosque, en la parte más alta de una colina. El viento, al levantar olas verdes en el mar de pinos, atomaba el aire. Y había un jardín y un arroyuelo. Todo era ideal para mi propósito; pero en cuanto la vi a ella, a Elena, comprendí el error que había cometido. Por la altivez y el porte parecía una reina. Podía también parecer un cosaco o un húsar. Desde el primer momento sus ojos ardiéron con esa luz dominante a la que tanto temo. Así han solido mirarme casi todas. El húsar, digo Elena, me tomó de la mano y me llevó a una habitación de la parte alta. “Aquí vivirá” —me dijo. “La verdad —respondí queriendo escabullirme— aún no he decidido . . .” “La verdad —atónó— es que aquí vivirá usted. Está decidido. No hablemos más”. Al punto le dio un empujón a la puerta. La puerta me rompió el labio y dos dientes; aquí, bajo el bigote, está la cicatriz. No me di por vencido. Bajé —ánimo resuelto, maleta en mano— y le dije: “Señora, me voy. No puedo quedarme”. “Caballero —me contestó— no puede irse; ha caído la noche, la cena está servida y el teléfono descompuesto impide pedir un taxi; tendrá que dormir aquí. Mañana me comunicará su decisión”

—Conociendo su . . . mala suerte — le interrumpí— debió haber huído.

¡Ay! —suspiró don Alvaro— aún no sabe cuán difícil es luchar contra el destino. La misma noche de mi llegada hice el intento. Logré asegurar una soga en la habitación y la dejé caer por la ventana. Me descolgué. . . y zas. . . me rompí una pierna al caer. Al ruido salió Elena. Enterada de mi accidente, oídas mis explicaciones —le dije que paseaba distraído, por el jardín— llamó un médico por el teléfono descompuesto. Llegó el médico y me enyesó la pierna. Quince días pasé en cama con la pierna enyesada. Quince días duró el asedio de Elena. Al décimo quinto me rendí. ¡Estaba escrito! La misma noche que capitulé me hizo prometerle que jamás la abandonaría. Yo (soy un asno) se lo prometí. Y cuando quise quebrar mi promesa ella me quebró las costillas. Y por allí va la historia. No necesito contarle más.

* * *

—Ahora hablaré de Gertudis. Elena no permite que yo me aleje de su casa sin previo señalamiento de plazo y justificación de motivo. Cuando murió mi tía Inés accedió a que fuera yo a vivir a casa de la difunta, durante tres meses, para recibir el pésame y liquidar la testa-

mentaría. En esa época conocí a Gertrudis. Gertrudis es la única mujer de quien me enamoré espontáneamente, sin que mediara iniciativa o acoso de su parte y sin que ocurriera uno de esos accidentes inesperados y violentos tan comunes en mi vida. Es también la única mujer de quien jamás pensé que podría caer, como las otras, en los excesos de la violencia. Rubia es y tiene un aire melancólico. Su voz tierna, acariciadora. Su expresión lánguida, candorosa. Es de las que guardan entre las hojas de sus libros violetas marchitas. El reverso de todas las otras. Los días junto a ella fueron maravillosos. Cuando se vencía el plazo le confesé, en un arranque de sinceridad que resultó temerario, mis relaciones con Elena. Aquella confesión estuvo a punto de ser la confesión de un moribundo. Gertrudis por poco me mata. Después de la paliza me dijo: "No vuelvas, a menos que hayas dejado a esa odiosa mujer. A mí los celos me ciegan. Si vuelves sin haberla dejado no respondo". Yo, enamorado, vuelvo donde Gertrudis, sin haber dejado a Elena, porque no es Elena mujer que se deja dejar. Y cada vez que vuelvo donde Gertrudis ocurre lo mismo; la paliza y la recomendación. O viceversa: la recomendación y la paliza.

* * *

—Conocí a Violeta en un bus. Mejor dicho en el Hospital, cuando recobré el conocimiento. En el bus fue donde ella me dio con una sombrilla, mango de plata, en la cabeza. Me dijo al disculparse que yo, por detrás, me parecía mucho al abusivo; pero que de frente no había comparación, porque el fulano era muy feo y yo muy guapo. Violeta era menudita, alegre, vivaz. Para demostrarme su arrepentimiento quería quemar la sombrilla. Yo (ya le he dicho que soy un asno) impedía que la quemara. Con ella me atiza. Se enfada por cualquier motivo y en cuanto se enfada echa mano a la sombrilla. A veces, aún estando de buen humor, me da también con ella. Le gusta recordar y reconstruir, dice, el suceso feliz que la puso en mi camino.

—Es extraordinario lo que me cuenta.

—Más extraordinario le parecerá que yo haya comprado un cadáver en quinientos pesos, le haya puesto mi ropa, mi sortija y mi reloj, mis dientes postizos, y le haya pegado fuego en una casa situada en el campo, la cual compré premeditadamente hace un año. Hace un año hice también mi testamento. Antes realicé la mayor parte de mis bienes y esto me permitirá continuar viviendo con holgura económica. Ahora seré libre. ¡Libre!

Al decir esto, impulsado por el entusiasmo, Don Alvaro se levantaba de su asiento, se paraba en el pasillo y alzaba los brazos. No vio venir a una corpulenta y distinguida dama. Como no lo viera le rozó el turgente pecho al dar un manotazo. Detúvose ella enfurecida, lo miró fijamente y luego le soltó una bofetada de padre y señor mío, que de seguro hizo ver a don Alvaro estrellas verdes en cielos morados. Este, cuando se repuso del sopapo, masculló:

—Perdón, Señora, no la ví. Le pido mil perdones, no tuve intención de ofenderla.

La imperiosa dama lo estuvo examinando, inquisidora, de pies a cabeza, durante largo rato. Sonrió por fin y dijo:

—Acepto sus excusas, caballero. Quede olvidado el incidente. Lo tomó fuertemente del brazo y se lo llevó por el pasillo.

Las Mormonas

Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a dormir donde ninguna de ellas, porque las tres me pegan. Aunque parezca mentira tengo tres mujeres que no se dejan amar y me demuestran su pasión por medio de arañazos, puñetes y garrotazos. Las tres son altas, atléticas, de pelo negro y ojos también negros.

Son primas entre sí: Maita, Marcela y Mintala. Vivían juntas en una casa que les pertenecía en proindivisión y a la que fui a dar en mala hora, con el propósito de comprarla. La casa estaba situada frente al mar, era de dos pisos, amplia, construida de madera, al estilo del sur de los Estados Unidos. Tras ella había un bosque de árboles frutales y enfrente un jardín por el que se bajaba a la playa.

Yo estaba entonces muy débil, convaleciente de una enfermedad pulmonar.

—¿Está en venta la casa? —pregunté.

Al formular la pregunta me vino un acceso de tos tan intenso que por poco me provoca un desmayo.

Las tres acudieron, solícitas, en mi ayuda. Una me hizo tomar una tableta de aspirina, otra, una taza de té, y otra me dio golpes en la espalda.

Cuando me hube repuesto contestaron a mi pregunta:

—Efectivamente la casa está en venta —dijo una de ellas—. Pero tememos que el precio parezca excesivo. En verdad no lo es. El terreno mide una manzana y tiene bosques y jardines.

—Antes de darle el precio —intervino otra (en aquel momento no podía diferenciarlas)— quisiéramos mostrarle todo el inmueble.

Eran las cinco de la tarde. El cielo empezaba a oscurecer y caía una leve llovizna. Volví a toser.

—No podía verlo ahora —respondí—. Es tarde; la lluvia me haría daño. He estado muy enfermo. Les prometo volver dentro de una semana, o antes, en cuanto me haya restablecido.

—Propongo —dijo Mitala, la más alta, la más efusiva, aunque levemente efusiva— que invitemos al señor .

—Sigueno Mairero, para servir a ustedes.

—Propongo —continuó Mitala— que invitemos al señor Mairero a pasar una semana con nosotras.

—No quisiera molestar —dije.

—Oh, no molestaría —terció Marcela— Imaginemos que la nuestra es casa de huéspedes. Nos pagará una pensión módica. Usted necesita descansar y conocer el lugar para decidir, con conocimiento de causa, sobre el precio.

—Siendo así —contesté— acepto la invitación.

* * *

Cómo esas desgraciadas llegaron a conocer a fondo la religión mormona, es cosa que no logro explicarme. El abuelo había sido pastor protestante; pero simplemente porque apacentaba ovejas y protestaba constantemente por la mala calidad de lana que las ovejas le daban. Había sido pues, un hombre primitivo, inculto. Tuvo tres hijos que llegaron a ser con el tiempo y el matrimonio los padres de mis hermanas. Pedro, que había sido boxeador; Hércules, que había sido peluquero; y Alcides, el más tonto de todos, que había sido saigento.

Ellas, sin embargo, eran mujeres cultas y conocían a fondo la mormonería. Siempre he tenido esa religión por algo diabólico; pero he de reconocer que las tres revelaban a través de sus cuerpos de piernas largas y macizos senos, a través de sus grandes ojos, sus labios finos y bien trazados, las despejadas frentes, un control extraordinario de sus pasiones. A ratos parecían estatuas griegas, no sólo por sus duras redondeces sino por la altivez de sus rostros firmemente serenos.

Tres diosas —de la austeridad, la pureza y la inteligencia— me parecieron.

Osé preguntarles un día cómo habían adquirido esa armonía interior, ese dominio de sí mismas

—Todo —me dijo Marcela— se lo debemos a nuestra religión: el mormonismo

De esa religión yo sólo conocía su aspecto proteivo: que José Smith predicó y practicó la inmoral poligamia, que había sido ahorcado en Cartago, cerca de Nauvoo, la ciudad fundada por él en Illinois; y que Brigham Young, el segundo profeta del mormonismo, asesinaba a sus enemigos por medio de un cuerpo de sicarios a su servicio, los *avengings angels*.

Pero ellas me dieron otra versión distinta del mormonismo.

—José Smith —me dijo Marta— fue un virtuoso varón que en mil ochocientos veinte, a los quince años, padecía las torturas de no saber qué religión abrazar. Entonces se le apareció Moroni, hijo de Mormón, el último profeta de los antiguos americanos, y le reveló la existencia de El Libro de Oro, enterrado por Mormón en el monte Gumorah, nombre antiguo de una colina situada a dos millas de Manchester, en el camino que conduce de Palmyra a New York

—Puede leer usted —continuó Marcela— *The Book of Mormon*, traducción de El Libro de Oro, grabado por Mormón el Profeta en láminas de ese precioso metal, y cuyos misteriosos caracteres pudo descifrar José gracias al Urim y el Thummin de los judíos, piedras preciosas que formaban los lentes de unos anteojos que se encontraron junto al Libro. Puede leer también *Early Days of Mormonism* y *A History of the Church of Jesus Christ of Latter Day Saints*. Allí encontrará usted que los descendientes de Jared, los Jareditas, fueron los primeros pobladores del Continente Americano, y que dos siglos después vino, desde Jerusalem, Lehi, que tuvo un hijo, Laman, padre de los lamamitas, y otro hijo, Nefi, padre de los nefitas. Entre los nefitas bajó Cristo a predicar su evangelio y los convirtió en cristianos. Estos a su vez convi-

tieron a muchos lamamitas, pero algunos lamamitas —de quienes descienden los actuales pieles rojas— no se dejaron convencer y vinieron las guerras.

Yo, fervoroso católico, oía todo aquello conteniendo a duras penas las ganas de reirme.

—No le estamos relatando una novela —intervino Mintala—. Nuestro relato tiene coite novelesco tanto como lo tienen todas las versiones religiosas que existen. El Libro de Oio fue visto por personas cuyos testimonios se recibieron en forma auténtica

—A don Sigmeno —terció Maíta— puede que no le interese nada de lo que le estamos contando.

—Oh, no, no —protesté.

Pero ellas pusieron ese día punto final a la conversación

* * *

¿Cómo es posible —me preguntaba tres días después— que el mormonismo, esa religión que tuvo que ser proscrita por contraria a la moral en el país donde nació, Estados Unidos, sirva de sostén y andamiaje a éstas tres mujeres de conducta ejemplar? En casa de ellas imperaba el orden y la pulcritud, todo estaba siempre limpio, colocado en su sitio. Las tres usaban vestidos largos y de alto escote que no lograban opacar la belleza de sus formas; pero que pregonaban su recato. Se complementaban maravillosamente. Mientras una preparaba la comida, otra tocaba el piano y otra cortaba flores en el jardín y adornaba con ellas el vestíbulo, la sala, los corredores, toda la casa. Por las tardes una me servía el té, otra cantaba y otra me acomodaba el cuerpo con cojines, en el butacón de cuero que me habían asignado. Durante las veladas nocturnas una me servía chocolate, otra encendía el ventilador y otra me ponía las pantuflas. Durante las noches entraban las tres a mi dormitorio cuando yo estaba ya acostado. Una arreglaba las cortinas del ventanal, otra las ropas de mi cama y otra la lámpara de mesa para que quedara a distancia adecuada de mis ojos e inclinada suficientemente. Tenía siempre, al estar junto a ellas, la impresión de que mis deseos brotaban por tríos en mi mente y la de que ellas conjuntamente los adivinaban y sabiamente los cumplían.

Les iba cobrando admiración, pero en cuanto pensaba que eran mormonas decaía mi entusiasmo. Para nosotros, los católicos, esa religión es repulsiva. Así se los dije.

Indignadas, protestaron Contra el moimonomismo, la única religión verdadera —dijeron— se había lanzado multitud de calumnias, desde aquella que atribuye a José Smith haber plagiado en *El Libro de Oro* la *Historia Manuscrita* de Spaulding, hasta la de que el Profeta era un hombre dominado por la concupiscencia que estableció el matrimonio poligámico para disimular su depravación.

—Lo cierto es —expresó Marta— que esa ley del múltiple matrimonio, pese a las declaraciones de la Iglesia Reorganizada (Reorganized Church) hechas por el hijo de Smith y por Woodruff, es una ley natural y divina que no consta sólo en El Libro de Oro sino que aparece escrita en todos los Libros Sagrados y fue observada fielmente en la antigüedad, antes de que el hombre, con la civilización, cayera en la vida artificiosa que ahora lleva. Si leemos la Biblia encontramos que Esaú, a la edad de cuarenta años, “tomó por mujeres a Judith, hija de Beerí hetheo y a Basamath, hija de Elón, del mismo lugar”, que Abraham estuvo casado con Raquel y con Lía, hermana de Raquel. David al desposarse con Abigaíl del Carmelo, se desposó también con Achinoam la jeziabelita. Mientras David reinó en Hebrón, durante siete años y seis meses, tuvo hijos con Achinoam, con Abigaíl, con Moachá, con Aggith, con Abital y con Egla. Y cuando estuvo en Jerusalem tuvo nueve hijos, sin contar los de las mujeres de segundo orden.

—Yo sé muy bien —contadije— que los pueblos antiguos fueron polígamos. Cuando Príamo pide a Aquileo le entregue el cadáver de Héctor, relata que había tenido cincuenta hijos, diecinueve de un solo seno. Pero eso no significa que el matrimonio polígamo se ajuste a la ley divina. Lamach fue el primero, según la Biblia, que dio ejemplo de poligamia, tomando dos mujeres, Ada y Sella. Su conducta era contraria a la institución de Dios, y por ello Nicolao le llamó adúltero y Tertuliano lo llamó maldito. Esto lo acabo de leer en una traducción de la Biblia hecha por el Obispo de Astorga, Félix Torres Amat, traducción que tienen ustedes en la biblioteca.

—Sin embargo en esa misma traducción —arguyó Marta— aparece escrito en la nota correspondiente: “La poligamia, que después vemos en los Patriarcas, fue por una especial dispensación de Dios”, con lo cual se reconoce que Dios autorizó la poligamia para sus hijos predilectos, los Patriarcas, autorización que se conforma a las distintas condiciones de la pareja humana. Es innegable que el hombre está mejor dotado que la mujer, tanto en el aspecto biológico como en el síquico. La mayor capacidad del hombre le permite ser a la vez valiente guerrero, hábil político, padre cariñoso, exaltado amante. Las

naturales deficiencias de la mujer le impiden desempeñar satisfactoriamente dos o más personajes. Si es artista, el cultivo del arte no le dejará horas vacías para otros menesteres. Si es bella y cuida celosamente de su belleza, descuidará el hogar. Si es inteligente y cultiva las relaciones sociales, forzosamente dejará de cultivar el hueso matrimonial. El hombre reconoce y admite esta limitación en la mujer y por ello cuando se enamora, lo hace enamorado de la cualidad sobresaliente en la mujer amada. Una sola esposa conduce necesariamente el matrimonio al fracaso. Porque el hombre es inconforme y al poco tiempo de casado, la mujer hacendosa —nada más hacendosa— la mujer bella —nada más bella— la mujer inteligente —nada más inteligente— le resulta insulsa y le produce hastío. Como el hombre es polifacético, desea una mujer polifacética. Bella, amante, inteligente, cultivada, hacendosa ¡Un imposible! Un imposible que se remedia únicamente en virtud del matrimonio plural, que permite al hombre realizar su ideal de compañía. Un matrimonio sin hijos por esterilidad de la mujer no perdura. La poligamia resuelve ese problema. Esto lo comprendieron los hebreos según nos enseña la Biblia. Sara le dice a Abraham: “Bien ves que Dios me ha hecho estéril, despóstate con mi esclava”. Esta esclava es Agar, quien cuando huye de la casa de Abraham, es detenida por un Angel que la hace volver, con lo cual queda demostrado que Dios aprobaba su matrimonio. Raquel, viendo que su vientre no daba frutos, le dice a Jacob: “tengo a Bela mi esclava, tómala por mujer de segundo orden”. Los orientales han intentado suprimir la natural limitación de la mujer, haciendo geishas. Pero no han llegado al éxito, como lo prueba el hecho de que mantienen la institución de los matrimonios plurales.

* * *

Los argumentos que esgrimían en favor de la poligamia eran muy sólidos —hay que reconocerlo— pero no me convencían. Mi fe religiosa era muy honda.

Pero me enamoré perdidamente de Mintala, la más alta de todas —un centímetro más alta— y la más alegre de todas —un poquitín más alegre— Me subyugaba su aplomo, su fuerza, su serenidad, dotes que Dios había otorgado también a sus primas. Tenía los ojos negros, la boca y las cejas artísticamente dibujadas, la nariz cortada a lo griego, sensuales los labios. Todas tenían negros los ojos, dibujadas artísticamente la boca y las cejas, la nariz cortada a lo griego, los labios sensuales. Eran como tres gotas de agua de idéntico tamaño.

Resultaba casi imposible diferenciarlas, así como resultaba casi imposible encontrar a una alejada de las otras. Siempre andaban juntas.

Una tarde tuve la fortuna de encontrar sola a Mirtala, mientras se entretenía en podar unos rosales. Tomándola de la mano la conduje a un banco próximo de los muchos que había en el jardín. Nos sentamos y le declaré mi amor.

—¿Me amas tú? —le pregunté, al tiempo que la besaba en los labios.

Se dejó besar. Me besó ella y luego me contestó.

—Sí te amo. ¿Pero estás seguro de que es a mí a quien quieres?

—Sí, Mirtala —le contesté, volviéndola a besar— a ti, a ti nada más.

—Yo soy Marta —me gritó.

Se desprendió bruscamente de mis brazos y huyó, giradas ariba, hacia la casa.

Durante la cena las tres sonreían picarescamente y yo no me tomé el trabajo de averiguar quién era Marta, quién era Mirtala y quién era Marcela.

Pasé la noche en vela, cavilando. Después de un severo análisis de mis sentimientos llegué a la conclusión de que yo no estaba enamorado de Marta, de Marcela, ni de Mirtala. Yo estaba enamorado de las tres, del equipo. Y me poseyó el demonio. Porque echando por la borda mis convicciones religiosas, decidí correr la gran aventura.

Al día siguiente las abordé en el salón de costura. Una hacía dibujos sobre las telas, otra las iba costando y la tercera las bordaba.

—He estado leyendo —les dije— sobre la religión de ustedes y me he dado cuenta de que oficialmente proscriben la poligamia. Tal aparece en el *Manifiesto* de Woodruff y en la *Declaración Oficial* de José F. Smith, el hijo de José Smith. La ley poligámica no aparece en *El Libro de Oro*. Ella fue establecida en virtud de una profecía que fingió el primer profeta José Smith, después que el Congreso de Illinois había concedido a Nauvoo una Constitución y la había permitido a él convertirse en soberano de los mormones como Jefe de *La Legión de Nauvoo*. Su vanidad lo indujo a anunciar esa falsa profecía.

—Los que afirman que José Smith simuló que Nuestro Señor le había revelado la Ley de la poligamia —intervino Marta, me parece que fue Marta— los disidentes, al negar esa profecía y calificar de

falsante a José Smith, niegan el mormonismo todo. Nuestro Profeta encontró El Libro de Oíó en virtud de las revelaciones que le hizo Moroni. Así lo afirma el Profeta y así lo creemos todos los mormones. ¿Cómo es posible creer en la procedencia divina de ese libro, si se afirma que José Smith es un falsante?

—Tres de los once testigos que declararon haber visto el libro —algún— revocaron después su testimonio.

—Así es —siguió mi bella interlocutora— Ellos fueron Cowdery, Whitmer y Harris, cuyos testimonios contradictorios carecen de valor en cualquier sentido y dejan en pie el de los ocho testigos restantes. Pero lo que yo quería decir es que los disidentes mormones, son disidentes a medias y se colocan en una posición absurda. Si el Profeta Smith es un falsario, ¿cómo creen en la existencia de El Libro de Oíó, que él dice le entregó Moroni?

—Además —colaboró Marcela, me parece que fue Marcela— en El Libro de Oíó está decretada, aunque no de modo expreso, la ley de la poligamia. Así que ésta no nació única y exclusivamente en virtud de la profecía de Nauvoo. Enlazando e interpretando los textos sagrados se llega a la conclusión .

En ese momento hice la pregunta crucial:

—¿Así que ustedes creen de modo absoluto en la ley de la poligamia?

—Sí —me contestaron.

—¿Y estarían dispuestas a practicarla casándose las tres con un solo hombre?

—Sí —volvieron a contestar.

—¿Cumplirían con los preceptos del matrimonio plural que exige en las esposas deposición del orgullo y ahogo de los celos?

—Cumpliríamos —respondieron.

—¿Actuarían siempre en conjunto como las he visto actuar y jamás alguna pretendería superioridad sobre las otras?

—Sí —respondieron anhelantes.

—¿Entonces —pregunté—, quieren concederme sus manos? Marta, Marcela y Mittala, las pido por esposas.

Las tres asintieron. Las tres lloraron. Besé a las tres.

* * *

Me preguntaron si yo quería que actuara en el matrimonio un sacerdote de la orden de Melquisedec o uno de la orden de Aaon. Yo

dije que me daba lo mismo; pero ellas me explicaron que era superior uno de Melquisedec, antiguo Rey de Salem, del que no se conoció ni el principio de su vida ni el fin de sus días, porque sólo los de esa orden tenían el atributo de imponer las manos y comunicar el Espíritu Santo. Me acomodé a la opinión de ellas y fuimos casados un día domingo por un sacerdote de Melquisedec que además era miembro del Colegio de los Doce Apóstoles, del Colegio de los Setenta y del Colegio de los Ancianos. Privó en la ceremonia la austeridad. No hubo baile ni vino. Recuerdo que nos leyó el sacerdote la epístola de San Pablo, alterando los términos que aparecen en el texto bíblico y repitiendo aquellos que parecen coincidir con la ley de la poligamia. Varias veces nos dijo, fiel al texto de la famosa epístola:

—Las mujeres casadas están sujetas a su marido. Los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos

Llegó la noche y empezaron los problemas. Después de la cena se retiraron a la sala y celebraron largo conciliábulo. Al salir, sus rostros revelaban ira, rencor, las más bajas pasiones. Habían perdido aquella serenidad y firmeza que tanto admiré en ellas

—Tú tienes que decidir —me conminaron— con quién se inicia la luna de miel

—Yo entendí. . . —les contesté azorado
Me soltaron un puñetazo y me llenaron de insultos.
—¡Vulgar! ¡Puerco! ¡Degenerado! —gritaban

Largo rato gasté en calmar sus ánimos y convencerlas de que no merecía esos improperios, pues yo de buena fe, interpretando tal vez erróneamente las leyes moimónicas, había creído que el matrimonio era plural desde sus inicios.

Cuando las hube calmado, volvieron a exigirme hiciera la selección

Medité largamente, sobreponiéndome al cansancio que me agobiaba. Eran las dos de la mañana. Mientras yo meditaba ellas me miraban de muy rara manera. Entornaban los ojos, los guiñaban. Habían perdido el recato y la compostura. Llegaron hasta subirse la falda arriba de la rodilla.

Me les quedé viendo largamente
—Escojo a Marcela —dije y tomé a una de la mano.
La aludida me lanzó el libro de oraciones en la frente y exclamó.
—¡Yo soy Mitala!

Marcela por su parte me defendió de Miitala y acariciándome dijo que mi decisión estaba tomada. Protestaron las otras arguyendo que había habido error en la persona. Y se liaron en furiosa riña. De vez en cuando se desliaban para propinarme un zapatazo, darme arañños o tirarme del pelo.

Quando se apaciguaron, les dije, ya furioso:

—Yo no puedo decidir. Rídense. Son las cinco de la mañana.

Aquello fue como tocar un avispero. Me molieron a golpes. Y allí terminó mi primera noche de luna de miel.

Huyendo, me fui a la casa del pastor protestante que nos había casado. Vivía él en un villorio situado a dos kilómetros de mi casa. He de advertir que antes del matrimonio compré la casa de mis cónyuges. El pastor —mormón de pura cepa— estaba casado con dieciocho mujeres. Llegué a su casa al amanecer del día lunes.

—Deseo hablar con su marido —expuse a una de las esposas que salió a recibirme.

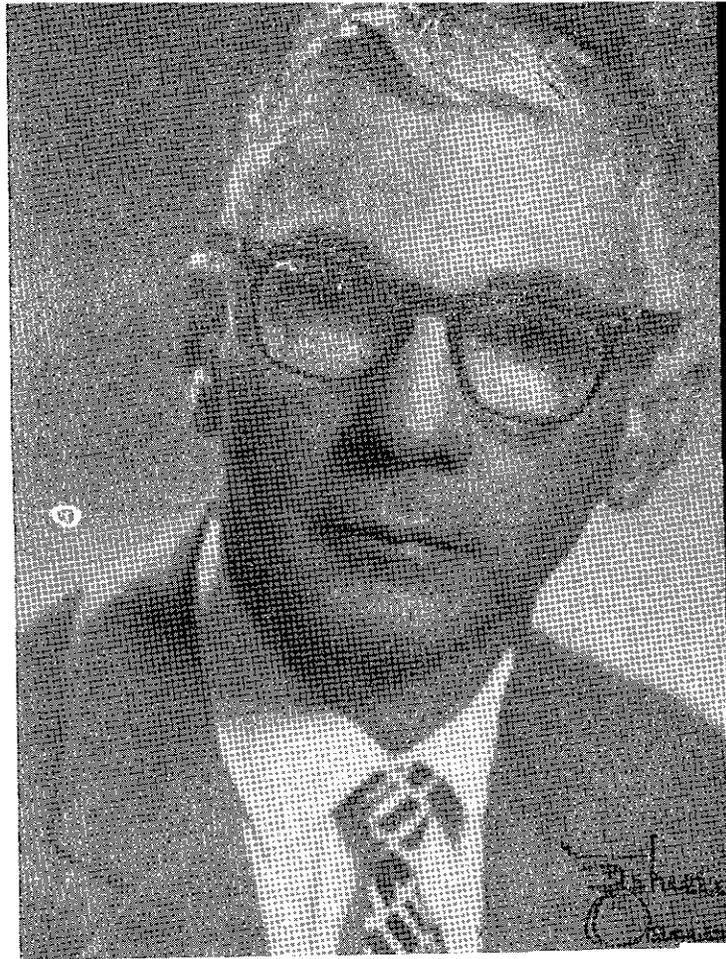
—Es imposible —me contestó— ya está acostado.

—Me urge pedirle consejo —expliqué—. ¿A qué horas puedo verlo mañana?

—A ninguna —me respondió— los días de la semana no se levanta. Venga él domingo.

Y aquí me tienen ustedes. Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a casa de ninguna de ellas porque las tres me pegan. Para colmo, hoy día jueves, he sabido que mis tres esposas abjuraron ya de sus convicciones mormónicas y quieren abrazar el catolicismo.

*Cuentos
de
Hugo
Lindo*



Hugo Lindo
(1917-)

CATALOGADO

La Novela Mecánica

Generalmente, los sueños se me dan de una manera difusa, borrosa, en que los personajes mismos no alcanzan a tener la precisión necesaria para que los recuerde al despertar. Los acontecimientos se presentan, no sólo en desorden, sino, al parecer, sin la mínima ilación. Lo que empieza como una tertulia, toma el aspecto de un soliloquio; lo que en un comienzo es un caballo que padece con bucólica tranquilidad, resulta, a los pocos segundos, ser una bicicleta que corre sola y desafiadamente.

Pero a veces, amigos míos, raras veces, por cierto, el mundo de los sueños parece cobrar dimensiones de realidad: los seres se perfilan a maravilla, los paisajes se detienen, los acontecimientos se hilvanan, y yo mismo no sé distinguir si estoy soñando, o si estoy viviendo uno de los instantes auténticos de mi vida.

Hoy voy a contarles una experiencia onírica de lo más interesante que he tenido en mis cuarenta años de escritor. Ya ustedes conocen casi toda mi producción literaria, y estarán, como es inevitable, bajo la impresión de que soy lo que se dice un ensayista más o menos aceptable. Lo que no admitirían ustedes, si lo oyesen decir a alguien, es mi calidad

de novelista. No he escrito un solo cuento en mi vida. Si mañana, por ejemplo, dijeran los diarios: "... el insigne novelista don Arcadio Serrano acaba de publicar otra novela que, como todas las suyas, será un verdadero acontecimiento en el mundo de las letras", si dijeran eso los diarios, repito, ustedes sonreirían del candor del reportero que escribiese esas líneas.

Y sin embargo, señores, soy un novelista. Un "insigne novelista", si ustedes quieren, sólo que, como decía Aristóteles, *en potencia*. Toda mi vida he soñado con escribir una novela. He hecho varios ensayos que mi rigor auto-crítico me ha impedido dar a conocer. He sufrido muchas decepciones. Pretendo llegar a escribir, un día de tantos, la novela que, considero, está haciendo falta en América. Una novela que sea algo más que un relato sentimental o un ensayo sociológico disfrazado con el ropaje de la peripecia; una novela que constituya una especie de corte geológico en el cual puedan verse, completos, los estratos de la sociedad americana, del alma del hombre americano, y del alma del tiempo que vive América... El empeño no es poca cosa. Y ustedes volverán a sonreír si yo les digo que ya lo hice... en cierta forma... en el mundo de los sueños... En el mismo mundo de los sueños en que los periódicos presentaban a ocho columnas, con la letra más grande de sus fuentes, la noticia despampanante cuya redacción comenzaba: "El insigne novelista don Arcadio Serrano acaba de publicar..."

Bien. Veo la sorpresa de todos ustedes, y hasta quedo bajo la impresión de que, allá en sus fueros íntimos, me están considerando como medio desequilibrado, o como un desequilibrado del todo.

Admito la realidad del estupor que los embarga, y hasta justifico, en cierta forma, la compasión que empiezan ustedes a sentir por mí. Mas estoy cierto de que cuando concluya de referirles lo acontecido, lo verdaderamente acontecido en aquella órbita, se sentirán reconfortados con los auxilios de una sana lógica y la ayuda de los más modernos principios científicos. Empeño, les ruego un poco de paciencia, porque antes de entrar en lo medular del relato, tengo que comunicarles los antecedentes psicológicos que darán la clave para entenderlo.

* * *

A la hora del desayuno, como me levanto casi siempre tarde, apenas si me queda tiempo para tomar mi taza de café y leer los titulares del diario. Muy rara vez leo alguna noticia completa. Con informaciones tan sumarias como las que me dan los cabezales, me lanzo a los trajes cotidianos. Si alguien me pregunta:

—¿Ya supo, don Arcadio, que los ferrocarrileros van a la huelga?
¿Qué considera usted de sus razones?

Yo respondo con la seriedad del caso:

—El que se van de huelga, ya lo supe; externar, por el momento, criterio, me parece prematuro

La verdad es que no puedo expresar opinión antes de la noche, porque es hacia las ocho o nueve, cuando ya mis obligaciones de profesor y mis compromisos con las editoriales me dejan libre, cuando yo tomo los diarios y, cuidadosamente, voy informándome de los acontecimientos y de los pareceres que en ellos constan.

Una de estas noches, leí que en los Estados Unidos acababa de construirse una máquina calculadora electrónica. Según las descripciones, aquello era un verdadero cerebro mecánico. Se proporcionan a la máquina los elementos de juicio, los datos matemáticos fundamentales; se aprietan botones, se adelantan o se atrasan palancas; se conectan "switches", y en cosa de minutos la máquina realiza operaciones tan complejas, tan largas, tan difíciles, que los astrónomos pasarían años en resolver las ecuaciones intermedias. La máquina —agregaba la noticia— será usada en cálculos de astronomía, de física atómica, de aviación supersónica, de geometrías no euclídeas, y qué sé yo en qué cantidad de aplicaciones prácticas

Quedé pasmado ante semejante noticia; pero, conociendo de más de uno de esos inventos maravillosos (y el linotipo es una de esas imponderables invenciones del hombre), acepté la realidad de la calculadora en cuestión. Me hice, sí, la reflexión, de que aquel cerebro electrónico realizaría todas las operaciones mentales de lo que Kant llamara "juicios analíticos", pero que no podría realizar una sola operación de carácter sintético. Es decir, que la máquina desmenuzaría, hasta polvillo cuántico, las verdades contenidas en una ecuación cualquiera; que podría sacar de un dato general, la infinita gama de datos particulares que ya estaban implícitos en aquél; pero que no podría, por muy sabia que fuese, agregar un protón, un electrón, un neutrón de verdad nueva, completamente ajena a los datos iniciales . .

Nosotros, los profesores, solemos buscar todos los ángulos posibles a una tesis. Me imaginé lo que haría la calculadora electrónica si, en vez de datos numéricos, se le proporcionasen, como puntos de partida, verbos, sustantivos, pronombres, adverbios, adjetivos. . . y recordé, entonces, haber encontrado una vez, entre mis lecturas, un capítulo sorpresivo y sugerente a más no poder, del filósofo jesuita Garrar, que se titulaba *La máquina de pensar*.

Busqué las *Sugerencias* de Gaimai en mi biblioteca, di pronto con ellas, empecé a releer el capítulo. Matemáticamente, sostiene el autor que el número de combinaciones posibles entre x elementos, es el conocido como *factorial* de x ; que, por ejemplo, el 1, el 2 y el 3, pueden ocupar sólo 6 posiciones relativas, pues el factorial de 3 es 6, producto de la siguiente multiplicación: $1 \times 2 \times 3$ igual 6.

Así todas las letras del alfabeto, más los signos ortográficos, los blancos y corchetes y otros tipos que se emplean en las imprentas, serían por ejemplo 50. Unas cien fuentes completas, tendrían 5,000 unidades; La cifra es monstruosa, quizá incalculable, y si se inventara una máquina que pudiese barajar dichos signos y *cambiarlos en todas esas combinaciones posibles*, se habría inventado una máquina capaz de escribir, desde las más estúpidas historietas de lujuria, hasta las excelcitudes de la Biblia.

* * *

Se hizo tarde, y me fui a la cama. No podía conciliar el sueño. Las calculadoras electrónicas y las máquinas de pensar, me torturaban las sienes. Entraba ya a lucubrar sobre si el pensamiento no estaría sujeto a meras leyes mecánicas, matemáticas, y la realidad psicológica del hombre no pudiera reducirse, como insinúa Gaimai, a una mera cifra factorial entre las posibilidades de combinación de palabras o ideas, cuando me empezó a invadir un sopor

* * *

Alto, rubio, transparente, el Profesor Williamson me miró al través de las gruesas lentes en que se sumergía su penetrante mirada azul. Alzó el ceño, y con un ademán misterioso de su mano fina y larga, me señaló una puerta:

—Now, my dear Professor Seriano, you will see. . .

¡Ahí estaba la calculadora electrónica de la Universidad!

Por una deferencia, el Profesor Williamson empezó a hablar en un castellano bastante correcto:

—Como yo no soy matemático, he procurado introducir en este cerebro mecánico, algunas modificaciones que le permitan ser útil para otras actividades intelectuales. . .

—¿Y para la filosofía?

—¡Oh, no! . Empecé ensayando con *Filosofía*. La máquina recibía las sugerencias iniciales, y las iba elaborando con rapidez... Pero fue un fracaso...

¿Un fracaso?

—Sí: en vez de concluir estructurando un sistema original, que me hubiera permitido presentarme ante el mundo de la especulación como el creador de nuevas posiciones del espíritu, la máquina terminaba siempre con un solo nombre. Generalmente, escrito en griego . . . Heráclito, Parménides, Demócrito, Pitón . . . ¡No logré ninguna novedad!

—¿Entonces?

Tomó un aire solemne y continuó. .

— . . . Pero yo me tengo que morir esta noche, y le voy a dejar esta maravilla . Usted es, Profesor Serrano, el único hombre que le puede sacar provecho . El mundo ignora que este cerebro existe así, acomodado para el servicio de las letras.

Y empezó a enseñarme su manejo

Luego, la figura alta, rubia, transparente del profesor Williamson, se transparentó hasta lo indecible, hasta lo imposible. . . ¡Y me vi dueño de aquel portento que me permitía ser el más grande novelista del mundo!

Yo preparaba una receta más o menos en estos términos:

Amor	15 partes;
Otras pasiones humanas	10;
Buen humor	10;
Tragedia	10;
Optimismo	25;
Paisaje	10;
Estilo	20;

TOTAL 100 partes

El artefacto echaba a andar. Un ruido de piezas interiores, y el papaloteo de las cuartillas que salían disparadas por un viento artificial. A los pocos minutos, la obra se encontraba perfectamente impresa. Con aquellos elementos, la máquina creaba la novela, sin falsear en un adarme las dosis que le habían sido suministradas; “paraba” el material en una especie de linotipo acoplado, en el cual no podía haber el mínimo error de ortografía o de puntuación; pasaba las páginas, en

perfecto orden de numeración a la correspondiente sección de estereotipia, y luego a la rotativa. Todo en un sólo cuerpo, sobrehumanamente organizado. Todo eficiente e inmediato. Hasta la encuadernación.

Y al día siguiente, los diarios hablaban de la obra. Empezaron a lloverme calificativos agradables. Cada libro que salía de mi atilugio, hacía elevar el tono de los epítetos. Con los primeros trabajos, fui “el hallazgo de las letras de América”; con los siguientes “extraordinariamente talentoso”, con los otros, “el maestro de la novela americana”; con las últimas obras, ya se me empezaba a llamar “genial”.

Entonces se me ocurrió introducir algunas modificaciones en la maravillosa invención. Ya no le daría recetas, más o menos artificiales. Ya sólo le daría órdenes al través de un micrófono. Órdenes precisas, tajantes, que el cerebro mecánico se encargaría de realizar sin dilaciones ni excusas.

Llamé en mi auxilio al espíritu del Profesor Williamson, y sentí una auténtica iluminación interior. Me atreví entonces, con un atomizador, unas tenazas y un soldador eléctrico, a meter mis pecadoras manos en aquel laberinto de alambres y válvulas. Cambié de sitio algunos tubos, agregué unas conexiones y alteré otras. Me sentí completamente seguro de lo que hacía. Y ensayé de nuevo.

Al instalar el micrófono, dije a la máquina:

—Quiero escribir la mejor novela que hasta el momento se haya escrito en Centro América.

Estuvo el cerebro, al principio, un tanto leido. Subí el voltaje. Esperé a que se calentaran los tubos, y repetí la orden.

Entonces sonó una campanilla, y comenzó el rítmico golpeteo de las matrices linotípicas. Nació mi voluminosa novela *Silencio del trópico*, en edición de lujo. La crítica la acogió, desde el primer instante, como la más grande y noble novela centroamericana escrita jamás.

Quise ir más lejos, y ordené la mejor novela de toda Latino América. Fue entonces cuando los periódicos del Continente se deshicieron en elogios de la forma, del fondo, del dinamismo, etc., de mi obra *El cóndor*, novela muy por encima de *La vorágine*, de *Doña Bárbara*, y de cuanta otra pudiera haberse escrito en la América Hispana.

De esta misma calidad, ordené otros tres o cuatro libros. El oírse estaba ya asombrado no sólo de la estructura y el estilo, sino de la abundancia del material que yo lanzaba a los mercados.

Pero yo no estaba satisfecho.

Pedí la mejor novela de la literatura moderna en todo el globo. El cerebro mecánico la dio. Mi fama no podría ya ser superada

Mas a medida que aumentaban mis facilidades, más me embargaba cierta pereza mental. Al principio siquiera leía yo las obras que salían de mi fabulosa maquinaria, después, ni eso . . . Las dejaba circular con la irresponsabilidad más estupenda, y sólo me molestaba en leer lo que de mí decían los diarios de los cinco mapas continentales.

De pronto, quise dejar de una vez por siempre, estampado en letras de oro, como se dice en lenguaje cursi, mi nombre en los fastos de la historia. Y ordené a la máquina la impresión de la mejor novela del mundo, de todos los tiempos. . .

Crujieron las ruedas dentadas, sonaron las matrices, se escuchó el ruido de las bielas . . . y empezaron las cuartillas a caer en el depósito en que esperarían la mano mecánica que, desde el sector de encuadernación, vendría por ellas.

La máquina trabajó como nunca: dos, tres cuatro horas . . .

Yo tomaba, morosamente, mi taza de café, cuando la campanilla que avisaba el final de la obra, me indicó la necesidad de desconectar

Al día siguiente entró en mi despacho, desaforada, medio loca, una señorita a quien yo no conocía. Agitaba en las manos, frenética, un ejemplar de periódico. Me lo restregaba por la cara, y me decía:

—¡Infame! ¡Infame! . . . ¡Lea! . . .

Y yo leí en grandes titulares:

“El profesor don Acadio Serrano, un impostor” El subtítulo rezaba: “El gran novelista mundial se ha vuelto loco: ha cometido el más estúpido plagio literario de la humanidad”.

—¿Cómo es esto? —pensé— ¿Se habrá equivocado el cerebro mágico? ¡Imposible! . . .

Impulsivamente, me dirigí a la bodega, en busca de mi última obra, de la mejor novela escrita en el mundo en cualquier tiempo de la historia. Abí y empecé a leer:

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivió no ha mucho tiempo, un hidalgo manchego, de los de lanza en astillero. . .”

La Última Epidemia

Se ha dicho de Stephen Morley que era un maniático, y que todas sus obras, desde la *Biología de los mares del sur*, que le sirvió de tesis doctoral, hasta la famosa *Sensibilidad de crustáceos y moluscos*, editada en 1956 por W. Prescott, Jr. Co., no son sino la insistencia casi morbosa en un punto de vista científicamente inadmisibles, pero desarrollado con clara unidad, con inteligencia notable y en un inglés muy convincente. No entraré a discutir ese punto, que no es de mi especialidad; pero hay algo que sí puedo alegar y testificar en favor del colega Morley: de todos los integrantes del Instituto de Investigaciones Superiores de San Diego era, a mi juicio, el de más refinadas dotes naturales de observación, el de la intuición científica más aguda para enderezar sus investigaciones. Entre nosotros lo llamábamos "Olfato".

El fue el primero en darse cuenta de que algo raro estaba ocurriendo. Y lo advirtió en los primeros instantes, por una simpleza, por un detalle mínimo en la conducta de sus hijos Steph y Sam, mellizos rozagantes y pendencieros de once años de edad. Algo en que nadie había reparado, o, de advertir, no habría tomado en cuenta. Menos aún

para llegar a tan atrevidas hipótesis como las que Morley expresó tan a los comienzos, y que en breve término resultaron plenamente comprobadas por los hechos. Aunque parece que hubo todavía un antecedente, una minucia anterior a la observación de la conducta de los niños. Fue lo del robo en el jardín.

Notó una mañana que del jardincillo trasero de su casa faltaban todos los implementos: la cortadora eléctrica de césped, el rastro, la manguera. . . Nada tendía de particular, si Bull no fuera un vigilante de tan fieras condiciones y de oído tan fino. Sin embargo, Bull no había dado la menor muestra de inquietud en toda la noche. Pensando en que pudiera haber sido narcotizado por algún medio sumamente hábil, dado que no se dejaba acercar a la gente, Morley le tomó sangre y saliva, e hizo en el laboratorio del Instituto los análisis que consideró pertinentes. No había el menor rastro de sustancias químicas. Más tarde, Bull se puso a jugar como un cachorro, nada menos que con Pitty, la perrita lanuda de los vecinos, que se metía por entre la cerca de cipreses, y a la cual Bull, generalmente, no podía ver. La correteaba con grandes ladridos, y si no la había destrozado ya, era sólo porque no le había dado alcance.

Luego, lo de los muchachos. Steph y Sam pasaron casi cuatro días sin discutir violentamente ni agarrarse a mojicones: parecieran haber perdido su jocunda vitalidad y hasta su tempestuoso temperamento, y, sin embargo, no se hallaban enfermos. Eso era demasiado anormal, pero cualquiera otro que no fuese Morley, se habría contentado con una explicación somera. El tuvo la suspicacia necesaria para hilvanar este incidente con el extraño comportamiento de Bull.

—Señor Flores —me dijo confidencialmente—: está pasando algo muy curioso, y la intuición me indica que puede ser terrible.

Y me contó sus sospechas, pidiéndome, sí, que a nadie las comunicase. El se dedicaría a indagar el asunto más a fondo, y, si ratificaba sus conjeturas, presentaría un estudio al Instituto. Le prometí guardar silencio; pero le sollicité continuar participándome lo que tuviere a bien. Quizá yo también sea un poco maniático; pero lo cierto es que tuve confianza en la inteligencia y la penetración de mi colega.

No me equivoqué. Durante la reunión del Directorio en que Stephen Morley presentó su breve monografía —no serían más de unas veinte páginas, con algunas fotografías curiosas— fui el único que lo escuchó sin recelo y el primero en apoyar sus puntos de vista, al menos como hipótesis dignas de estudiarse a fondo.

Los fundamentos de su tesis eran ahora más abundantes: en la sangre de Bull, en la de Sam y Steph, en la de la señorita Yolanda —esa solterona agria que atendía el conmutador de teléfonos del Instituto, y que últimamente había estado tan extrañamente cordial—, en la de otras quince o veinte personas y algunos animales, Morley había encontrado un factor nuevo. La monografía presentaba todas las reacciones bioquímicas llevadas a cabo, con una minuciosidad muy digna del talento de “Olfato”. Además, había unas cuantas microfotografías, tomadas a través del microscopio electrónico del Instituto, en las cuales aparecía una especie de virus

Su tesis era que había comenzado una epidemia, y que pronto, si no se tomaban las debidas precauciones, se extendería por todo el Estado de California, si no lograba afectar la Unión entera, y eventualmente, al mundo.

—¿Orígenes del virus? . . . Existían suficientes antecedentes —informaba Morley— para asegurar que no eran de este planeta. Había llegado a través de los espacios interestelares, probablemente de nuestra misma galaxia; pero en ningún caso de nuestro sistema solar. Sobre este punto, las reticencias de los colegas podían ser vencidas con sólo considerar la frecuencia cada vez mayor con que los llamados “plátillos voladores” y artefactos extraños de otras formas, como los “cigarros”, hacían sus incursiones sobre la Tierra. Ya casi nadie discutía que tales aparatos fueran de procedencia extraterrenal. Pero había algo más: de una cápsula de metal no reconocido, que bajara en las proximidades de San Diego muy recientemente, y que provocara una excitación pública intensa, Morley había logrado extraer una sustancia viscosa que, analizada también al ultramicroscopio (y ahí estaban las pruebas fotográficas) presentaba la misma especie de virus existente en la sangre de personas y animales. La proyección magnificada de ambas imágenes, fue para todos los miembros del Directorio un impacto tan inesperado como convincente.

—Esto es terrible . . . —me dijo— ¿Se da cuenta mi amigo Flores, de que nos están . . . ? ¡Es una epidemia monstruosa! .

Sí: las ocurrencias habían aumentado muy notoriamente. Hasta el viejo boticario Mr. Spender, apodado “El Intiatable”, había dulcificado su carácter. Se dio el caso de que un tranvía para blancos fuese abordado por cuatro personas de color, y no hubiera la menor manifestación de protesta o desagrado por parte de los pasajeros. El mal cundía. Se extendía como una epidemia. Pero pronto pudimos saber que no era una epidemia. Parecía serlo, por la forma ultracontagiosa en

que se presentaba, pero la epidemia es por definición un brote intenso, extendido y pasajero. Y las personas que iban recibiendo el virus y el nuevo factor en su torrente sanguíneo, se quedaban simplemente pacíficas, dulces, amables. No importaba cuál hubiera sido su carácter anterior, ni su educación, ni sus costumbres

Ahora bien: en lo que no podía estar de acuerdo con "Olfato" era en que aquello pudiera calificarse de "terrible" o de "monstruoso", como él decía. Era precisamente lo que la humanidad había soñado por tantos siglos. Acaso desde la aparición del primer Neanderthalensis sobre la faz del globo. Y ahora nos venía como un regalo de las altas esferas, como algo que, si no pudimos conquistar nosotros, se nos otorgaba *bona gratia*

Mas también en esto Morley tenía razón. Se anticipaba.

A los pocos días, "The Chronicle" publicaba la noticia de que las autoridades habían resuelto la fusión de tres tribunales de lo criminal, porque la disminución del trabajo en todos ellos no ameritaba los gastos administrativos de varias oficinas. Pronto, en el mismo diario, se anunciaba la supresión de los demás juzgados criminales. Quedó funcionando sólo uno y no por mucho tiempo. Se redujo también el personal de la policía secreta y el de la uniformada: los hechos delictuosos, y de modo especial las violencias contra la vida y la integridad personal, experimentaban un descenso notorio. Los editoriales del diario señalaban a San Diego como un ejemplo de sana convivencia, que debería ser seguido por todos los Estados Unidos.

¡Pero vaya uno a saber cómo son las cosas! Mi hermano, el doctor Edwin Flores, traumatólogo de nota, me informó que estaba preocupadísimo: fuera de los casos debidos a accidentes de tránsito, ya era muy poco lo que tenía que atender. No había reyetas y, en consecuencia, escaseaban los heridos, los tundidos, los fracturados. Su hospital estaba reduciendo la planta de cirujanos, traumatólogos y enfermeras. Había demasiada gente para poco trabajo. De algo semejante se quejó mi vecino, abogado especialista en divorcio: la mayoría de los clientes a quienes tramitaba la disolución de su matrimonio, estaba ya avenida. . . No llegaban pleitos nuevos e ignoraba cómo iba a enfrentar las necesidades de su familia.

El virus, de acuerdo con las fotografías, presentaba un remoto parecido con la figuración convencional de los querubines: un núcleo central, de color celeste, con una leve incisión en la parte inferior, hacía pensar en un rostro infantil; un par de apéndices vibrátiles relativamente anchos, traía a la memoria las dos alitas que complementan la

imagen. No sin cierto sentido del humor, todos dimos inmediatamente en el Instituto, en llamarlos así, "Querubines".

Morley, que ya me había manifestado sus temores sobre todo aquello, estaba en verdad algo más que suspicaz: se hallaba aterrizado. Y sin decirme nada se dedicó a preparar una vacuna que pudiera inmunizarlo frente a la epidemia. Partió de un principio filosófico, que dejó anotado en su libreta: "Todo equilibrio —apuntó— se halla constituido por dos fuerzas contrarias. El desaparecimiento de cualquiera de ellas rompe indefectiblemente la estabilidad de los seres y las cosas. Y como en este caso particular está destruyéndose el equilibrio de la humanidad, hay que buscar una manera de contrarrestar esa fuerza beneficiosa que puede causarnos tanto daño".

Siguiendo con su doctrina de los contrapesos, aplicó de consuno las técnicas de Pasteur y del doctor Salk, preparando una vacuna experimental que él mismo se inoculó: siete querubines vivos y siete muertos. Tal debía ser la proporción (ignoro por qué septenaria), en que se aplicase el fluido precautorio. Esto lo supimos después. Cuando ya era tarde

"The Chronicle" daba cuenta constante del avance de la infección. Un cablegrama de Texas refería, en ese lenguaje taquigráfico de las comunicaciones periodísticas, los problemas que se estaban presentando en la zona. Los domadores de potros salvajes perdían su trabajo: los animales habíanse tomado de una mansedumbre franciscana. Los rodeos no eran ya posibles, y el pueblo añoraba su distracción favorita.

Pronto se hubo de cerrar en todo México las plazas de toros, como se clausuraron en el Perú y hasta en la propia España. Los imponentes minas, los impetuosos Piedras Negras, se complacían ahora en lamer los trajes de luces de los toreros.

Yo no sé exactamente en qué fecha me entió el virus. No sentí nada a los comienzos. Advertí, sí, que mis esporádicas rabietas de hombre nervioso desaparecían del todo. Y con ellas, los malestares del hígado que a veces, por las mañanas, solían atormentarme. Comunicué mis sospechas a Morley, y él me examinó la sangre. Estaba allí el factor "Epsilon" —así lo había denominado su descubridor—, y en el fluido se encontraban casi tantos querubines como glóbulos rojos. Estos últimos, así como los leucocitos, en cantidad normal. No había que temer por una anemia ni por una leucemia, según dictaminó "Olfato".

Traduzco de "The Chronicle": "SUSTANCIAL REDUCCION DEL PRESUPUESTO DE LA DEFENSA.—El Congreso Federal, en

vista de la notoria declinación de las tensiones internacionales ha decidido realizar una sustancial merma en el presupuesto de la Defensa. Venturosamente, puede afirmarse que han desaparecido en forma casi total las fricciones teóricas y políticas entre Oriente y Occidente. La medida de nuestro Congreso es apenas posterior en tres días a la tomada por las autoridades de la Rusia Soviética, clausurando las tres cuartas partes de la industria bélica, y licenciando a los dos tercios de su ejército”

Esto fue el comienzo de una desmilitarización universal. Todo el mundo se hallaba satisfecho. . . Menos los militares, porque muchos de ellos tenían una preparación tan especializada que, en saliendo de su oficio, no encontraban manera de encarar los problemas cotidianos. Ni los fabricantes de armamentos, que vieron de pronto paralizado su capital. Ni los cirujanos. Ni los policías. Ni los abogados. Ni los jueces. . . También había que exceptuar a las maestras de los “Kindergarten”, pues la mayoría de los niños que concurrían a ellos, iban con el propósito fundamental de que las madres descansaran de sus labietas y malacianzas. Y ahora los niños, con la sangre llena de querubos, no daban motivo para endosar los dolores de cabeza a las profesoras de los jardines de la infancia. También hubo que cerrar muchos de ellos

El mundo se llenó de cesantes. Pero los economistas lograron pronto encontrar la solución del problema. Aquellos millares de millones de dólares que ahora se economizaban en la industria bélica y en el mantenimiento de los cuerpos de seguridad, aquellas grandes cantidades de dinero que ya no se gastaban en salas de hospital, ni en pabellones quirúrgicos, ni en algodón y medicamentos. . . En suma, todo el dinero disponible por razón de la cesantía misma, había de invertirse en protección de las artes, en construcción de casas para gentes de modestos recursos, en ampliación de museos y universidades, en teatros, etc. En aquellas cosas que, dando comodidad y agrado espiritual y material a las personas, pudieran absorber una ingente cantidad de mano de obra y de capacidad técnica.

—Y bien, colega Flores. . . ¿Qué me dice de todo esto? ¿No le advertí que sería terrible? . .

—¿Terrible? . . No veo por qué. . . Es lo que la humanidad ha deseado siempre. . . Tome usted una obra de historia y relea. . . ¿Cuántas veces logró el hombre una paz sobre el mundo? . . Y vea, en cambio, cuántos esfuerzos hizo por conquistarla. Quizá, si nos fuera posible revisar día por día lo acontecido desde que Adán cometió el pecado original, no encontraríamos uno solo en que Caín no estuviera presente,

matando a su hermano. Ya en las grandes conflagraciones, ya en las asonadas de menor cuantía, ya en las reyertas individuales. . . Y lo que no pudimos conseguir con tanto esfuerzo. . .

¡Qué extraña fue la explosión de Morley! . . . Ya yo no concebía siquiera la posibilidad de que una persona se saliera de sus casillas. Pero mis palabras lo pusieron furioso. Levantó puño para pegarme, al tiempo que me decía:

—¡Traidor!, es usted un traidor!, un traidor! . . .

Estaba fuera de sí. Eso fue lo que me hizo sospechar que se había vacunado. Porque ya en todo el Universo era imposible encontrarse con un cuadro tan animal, tan repulsivo, tan asqueroso, como el que da un hombre irritado. Morley era la única excepción en el globo. Y conociéndolo como lo conocía, al instante presumí que esa excepción tenía una causa deliberadamente buscada por "Olfato".

Descargó su puño en mi rostro. Me salió un poco de sangre de la nariz, pero nada más. Como el asunto no tenía importancia me limpié con mi pañuelo y le dije:

—Tengo la impresión de que usted es el único no infectado. . .

—¡Yo no soy traidor! . . .

No le entendí. La verdad es que no hice el esfuerzo de entenderle, porque en esos instantes empezó a sonar, desafinada, la sirena con que "The Chronicle" anuncia la aparición de sus ediciones extraordinarias, cuando una noticia de gran calibre lo amerita. Eso, quizás, bajó también la cólera de Stephen Morley, y salimos juntos a buscar un ejemplar de la edición.

A grandes titulares leímos: "CESANTE DAG HAMMARSKJOLD —Se cierran las oficinas de la ONU". Efectivamente: ya no había conflictos internacionales, y los organismos pacifistas, como las Naciones Unidas y muchas otras entidades, se encontraban totalmente sin trabajo. Desde hacía un mes no hacían otra cosa que entretenerse poniendo en orden los papeles de los archivos. En las asambleas no había discusiones: las grandes potencias, los eminentes políticos, conciliaban cordialmente sobre cualquier punto, con la mayor facilidad.

En el rostro de Morley se marcaron intensas arrugas de preocupación cuando me dijo: "¿Adónde iremos a parar?" Y tenía razón. Ahora lo comprendo. Cuando ya el orbe entero, infectado de querubines, enfermo de paz, se halló más tranquilo que un lago de aceite, descendieron en sus pulidos vehículos estelares los Príncipes de Xaúd, provenientes

de ese maravilloso planeta ya casi muerto, que gira en torno a Beta del Centauro. Y no hallaron oposición. . . Se adueñaron del mundo, porque no había quién defendiera un palmo de tierra. Salvo Morley, que quiso organizar una defensa universal, y fue inmediatamente aniquilado con un rayo celeste, esplendoroso y fulminante.

Ahora somos felices. Servimos con todo amor a los Príncipes de Xaúd. Ciertamente que a veces, nos parece un tanto indigno. . . Nos da la impresión de que somos sus esclavos. . . ¿Pero qué importa? . . . ¡Todo sea en aras de la cordialidad! . . .

Fiebre en la Costa

La costa se extendía como un saurio perezoso, bajo el sol. En la playa algunas champas de pescadores, improvisadas con torcidos horcones y paja seca. Atarrayas secándose. Anzuelos cuya canaza se pudría rápidamente al calor tropical. Más allá, la línea irregular de los cocoteros, sirviendo de telón contrastante a unos pocos ranchos sin aire, sin luz, abandonados. Y dentro de uno de ellos, temblando, la Eulogia, flaca y amarillenta.

Se había echado encima cuanto pudiera echarse. Una frazada chapina, de ésas a rayas que llaman “chivas”, algunas sábanas mugrientas y dos o tres sacos de henequén, de los que sirven para embolsar el café. El catre mugía con la trepidación del cuerpo:

—¡Qué ffrriiiiioooo! . . .

Y sin embargo hacía calor. Un calor insoportable que Marcos Vallecillos trataba de evadir quedándose desnudo de cintura arriba, exhibiendo la plástica musculatura del pecho y de los brazos

—¡Qué ffrriiiiioooo!. . .

No. No iba a comentar aquello. Ya lo había hecho sin éxito en otras oportunidades. Era inútil discutir. La Eulogia no iba a conven-

cerse jamás de que estaba haciendo calor, de que las arenas de la playa reverberaban insolentemente, de que los hombres estaban a punto de despellejarse en los cayucos pesqueros. Porque ella tenía frío. Y su frío venía de adentro, de las entrañas, de la sangre paliducha y aguachenta.

Marcos se arrolló un poco más los pantalones. Le estaba la humedad de los extremos que empezaban a secarse sobre las piernas recias, casi negras, velludas, dejando innumerables agujas de sal. Encendió un pufo barato y se preguntó qué podía hacer. Pero el calor le impedía pensar. Estaba, más bien, soñoliento. Las ideas no caminaban por su cerebro, y si lo hacían eran con lentitudes de cangrejo o de tortuga. Optó por quedarse callado viendo nada más que el humo de su tabaco. Se habría dormido quizás, pero, de pronto. .

—¿Elogiáaaa?... .

—¡Qué ffrriiiiioooo!... .

Marcos dio un respingo. Reconoció la voz de la visita:

—¡Ulogiáaaa!... Aquí está la comadre Chenta... Viene a ver cómo seguís... .

La enferma hizo un esfuerzo supremo de atención, y sobreponiéndose a los tiritones, invitó:

—Pase adelante, comadre... .

Afectuosa, la recién llegada le tomó la mano y luego pasó la suya sobre la frente sudorosa de la enferma. Ardía.

—¡Caramba! ¡Si está que quema!... .

Y empezó a contar de otros enfermos. De otras enfermedades. De las siete plagas de Egipto. De las medicinas. De que los médicos no saben nada. De que los boticarios son unos ladrones. De que había unas oraciones y unas yerbas que ella sabía... .

—¿Para el paludís?

—Y para la riuma, y para un montón de males... . Que si la comadre toma siquiera una "guacalada" del cocimiento, la fiebre se le va así... .

Tiró con la derecha una cuiva veloz en el aire.

—¿Y eso es caro?... . Porque fíjese cómo han estado las mareas, que casi no se saca nada... . con esta luna... .

—¿Caro?... . ¿Cómo le voy a cobrar a mi comadre?... . ¡Dios me libre!

—¿Y entonces?... .

—Pero a la Ulogia le hace daño la quinina . . .

—Si ya no dan quinina . . . Tienen otros remedios que dicen que son más mejores . . .

Al cabo, ¿qué podía perder? La consulta, las medicinas, todo era gratis. Y así, semidesnudo, con una poderosa carga de sol sobre las espaldas renegridas, se dirigió a la tienda de campaña, en donde los delegados sanitarios habían instalado su cuartel.

El grupo de enfermeras y de hombres encargados de regar el petróleo, estaba dirigido por un médico joven, recién egresado, que hacía su servicio social obligatorio. Era delgado, pálido, de baja estatura. Casi transparente, con una cabellera de fósforo rojo, y unos ojos pequeños, celestes, ocultos casi por las gafas de anchos aros. Su estampa debilucha no fue grata al pescador, pero . . .

El doctor escuchó los datos que le comunicaba el peticionario, y metiendo algunas cosas en su maletín de cuero, inquirió

—¿Es lejos de aquí?

—No . . . Aquí no más . . . cerquita . . .

Echaron a andar juntos

Era un “cerquita” relativo para el hombre de ciudad

El doctor entró en el rancho. La Eulogia lo vio sin la menor simpatía

Un somero examen. Termómetro. Bazo. No había cómo equivocarse. Era el cuadro diario, permanente, repetido hasta la saciedad, en toda la línea de la costa salvadoreña, y más aún en aquellas partes adonde los ríos iban a desembocar, y pasaban por terrenos planos dejando charcos semipodridos, en los que pululaban y proliferaban los insectos.

Sacó el médico unas píldoras del maletín y explicó:

—Son unas píldoras italianas . . . Lo más nuevo que hay para la fiebre. Debe tomarse tres hoy, tres pasado mañana y tres el sábado . . .

—¿Las tres de una vez, doctorcito?

—Sí: de una sola vez.

—¿Cuánto le debo?

—Nada.

Ya Marcos lo sabía, pero no encontró otra manera de poner fin a la entrevista.

—Dios se lo pague.

La mujer se incorporó y tragó las tres píldoras italianas.

* * *

Ahora sí que la marea se presentaba promisoría. Cierito que la luna podía perturbar aún; pero quizá no tanto si se salía lo suficientemente temprano. El viento estaba calmo. Apenas una brisa refrescante abanicaba la caleta con las copas de los cocoteros. Pasando la bahía, saliendo a mar abierto, más allá de la primera línea blanca de la reventazón, era casi seguro que había meros, o por lo menos bagres.

Marcos Vallecillos aderezó su cayuco, ayudado por un "cipote" como de doce años, el hijo de la comadre Chenta, que desprendía con seguridad las redes de los palos en donde se habían secado.

—¿Llevamos las dos, padrino?

—Sólo una.

El muchacho se colocó al timón. El padrino comenzó a remar: "chas, chas, chas", en tanto la embarcación se bamboleaba coquetona y dulcemente.

—A ver qué tal nos va . .

La pesca es arte silencioso. Pronto no se oyó más que el golpeteo preciso de los remos, cayendo, levantándose, cayendo, levantándose, mientras el cayuco se atrevía a remontar el muro blanco de olas vivas que separa las aguas abrigadas de la mar abierta. Y más tarde, ni ese golpeteo. Quedó la embarcación anclada en aguas mansas y hondas.

El muchacho tiró sus anzuelos, mientras el hombre atisbaba con la ataraya el momento preciso. De pronto el barquichuelo se remeció, y el "cipote" alzó rápidamente la cuerda.

—¿Ya?

—¡Ya! . . ¡Ayúdeme, padrino, que esto pesa!

Forcejaron entre ambos. El cayuco amenazaba zozobrar; pero los tripulantes sabían que podían confiar en él. Eran cabriolas de viejo marinerío.

—Esperate. No tirés más. Hay que darle cuerda.

Apareció la primera estrella en el cielo.

Dieron más pita, que pronto volvieron a recoger.

Hasta que apareció sobre el agua un mero gigantesco. Un "boca colorada" como Marcos Vallecillos no había visto en toda su vida de pescador.

Los primeros vientos avisaron que era prudente regresar, y sin decir palabra al respecto, los pescadores recogieron sus bártulos y los

dejaron al lado del mero, que todavía colaceaba eléctricamente de vez en cuando.

“Chas, chas, chas”. . La corriente “chupaba”. Eran necesarios tres, cuatro golpes de remo para avanzar una miseria.

—¡La vaciante!, masculló Marcos

El “cipote” asintió con la cabeza

Y luego el ocaso tropical, súbito. Del oro al rojo, del rojo al violeta, del violeta al negro, todo en cuestión de minutos. La estrella parecía haberse multiplicado por mil, y aún no cruzaban la barrera.

—No te aflijás, muchacho. Ya vamos a llegar. Este mero bien vale la pena. .

—Si yo no me aflijo.

—A ver, ayudame un ratito. .

El muchacho tomó los otros remos. El cayuco pareció deslizarse con mejor impulso por las aguas vinosas y encrespadas.

—Bueno. . . Ya vamos llegando a la reventazón.

* * *

La reventazón era fuerte y contradictoria. Una ola grande los echaba afuera su buen trecho, pero luego la mara los chupaba con su gigantesca ventosa y la embarcación volvía a quedar en el mismo sitio.

—¿Tenés miedo?

El interpelado calló por un momento breve. Apretó las piernas. Se mordió el labio inferior.

—Yo no. . . Pero, ¿sabe, padrino? . . ¡Ya hace frío!

—¿Frío?

—Mmmmjú. . .

A poco el chiquillo no podía remar. Ni siquiera mantener el timón en la derrota. Todo él temblaba.

—Sosegate.

—Si no puedo. . .

Y luego las náuseas imperiosas que lo doblaron dos, tres veces, inútilmente, sobre la borda.

—¡Te mareaste, baboso!

—No, padrino. Si es el yelo. . .

Ya las últimas palabras fueron entrecortadas: el rapaz tiritaba como presa de una corriente de alto voltaje. Marcos Vallecillos esperó un instante fugaz en que las olas le permitieran abandonar siquiera uno de los remos, y tocó la frente del muchacho

Ardía

* * *

Desde la costa alguien había visto algo, como una cáscara de manzanas a merced de la reventazón, y había dado aviso. O no sería desde la costa. Quizá desde el propio mar. Vallecillos empezó a escuchar, lejano, apenas discernible entre el murmullo basto de las aguas que estallaban, el rezongo de un motor de gasolina. "Nos han visto" —pensó. Pero el ruido era demasiado remoto para hacerse ilusiones. Bien podrían ser otros pescadores que fueran de regreso. "Ojalá pasaran por aquí"

Le dolían los brazos. Le estaba el rapaz, que ya no sólo no era ayuda, sino memoria. Ahí estaba, tendido, al lado del "boca colorada", restregándose contra él y llenándose todo de sangre fría, mientras tiritaba como un endemoniado. ¡En mala hora! . . . Y la mujer, la Eulogia estaba tiritando también en el rancho, sola, a menos que hubiera llegado la comadre Chenta, para que siquiera le calentara unos fñijoles

El motor se acercaba. Ahora se oía más distintamente. Se acercaba, sí. Le ayudaría a salvar ese mero grande, cuyo precio en el mercado vendría a tonificar sus recursos. Pero se alejaba también. ¿Lo andarían buscando? ¿Volaría en redondo? Ni una lámpara que encender. Ni un mástil en donde enarbolarse un trapo rojo, que por lo demás no se vería siquiera. Se acercaba. Ya. Cuestión de minutos.

—¡Qué fñiiiiiiiioooo! . . .

Y se volvía a alejar. Más. Más. Lo había perdido. O, simplemente, no andaba en busca de él.

Ya los brazos no le dolían propiamente. Se le estaban como dormiendo, punzados por un millón de agujetas. Pero todavía marcaba con relativa isocronía el "chas, chas, chas".

—¡Qué fñiiiiiiiioooo! . . .

Le entó de golpe una ternura que no había sentido jamás. El no tenía hijos. Sólo ese ahijado, hombre prematuro, que ahora se trataba de cubrir con la red. No pensó nada. No dijo nada. En un esfuerzo superior a su cansancio, levantó el grueso pescado hacia babor y alivió la barca. Se inclinó sobre el muchacho y le besó la frente. Tomó de nuevo

los remos, y siguió marcando su compás, mientras contaba las estrellas. Cada vez eran menos. El aire se adelgazaba y la luz empezaba a nacer.

* * *

Hubiera querido descansar. Tenderse en la playa, lejos de la línea en donde pudiera alcanzarlo el oleaje, y quedarse dormido tres horas, cuatro horas, en tanto el sol le secaba el traje empapado. Pero no se podía. El mozalbete, apenas abría los ojos y fafullaba cosas incongruentes.

—No se ahogue, padrino . . . Muchos pescados . . . Muchos pescados . . . Muchos padrinos . . . Que no se ahoguen los pescados, padrino . . .

Y cuando levantaba los párpados Marcos Vallecillos se acongojaba, porque los veía vidriosos.

Nada. Que con los brazos así, medio insensibles de tanto dolor, tenía que levantar ese cuerpecito inútil y caminar algunas cuerdas. Menos mal que el muchacho no pesaba mucho . . .

Se decidió.

Abandonando la embarcación y todo su contenido, alzó dificultosamente al chiquillo y comenzó a caminar.

De pronto apareció el doctorcito, que daba un paseo matinal. Vio al pescador, se enteró de las circunstancias y le ordenó dejar al muchacho en tierra.

—Vaya a dar cuenta a nuestro sitio, para que vengan dos hombres con una camilla, y luego regrese directamente a su casa. Usted también necesita descansar . . .

Pero pronto advirtió que el estado de fatiga del pescador era excesivo. Comprendió que no podía exigírsele un esfuerzo más:

—¡No! Deje al cipote de mi cuenta. . . Váyase directamente a su rancho

Cuando Marcos desapareció de su vista, el “doctorcito” levantó en vilo al mozo, y echó a andar.

—¿Dónde vivís? ¿En qué rancho? . . .

—Los pescados, muchos pescados, se están ahogando de frío ¡Qué fríoiiiiioooo! . . .

Dispuso llevarlo a la estación del grupo sanitario.

* * *

Marcos encontró en su rancho a la Eulogia levantada, que había tomado asiento en un taburete. En otro, separada de ella por una fogata y un pedo de agua que hervía, la comadre Chenta.

—¡Al fin, conseguí las yerbas, compadrito! . . .

—Y yo le digo que ya no me hacen falta. . . Ya se me quitó la fiebre. . .

—Pero yo le digo que sí las necesita, porque el paludís vuelve cada tres días y por eso le dicen las tercianas . .

El hombre no estaba para discusiones:

—Mire, comadre, si ella no quiere . .

—Es que tomé unas píldoras que me dieron los de la Sanidad . .

La comadre hizo un gesto de repugnancia:

—Los doctores no saben nada. .

Marcos se dirigió, tajante, a su mujer

—¿Te sentís bien?

—Sí. . .

—Entonces, comadre, no joda. Váyase a ver a su cipote, que está con los de la Sanidad. . .

Durmí largamente

La Eulogia, sentada al lado del catre, lo oía roncar. De pronto decía él algunas palabras que ella no podía discernir

—¡Buenas tardes! —dijo a la puerta una voz aguda

—¡Buenas! . . ¡Adelante, doctorcito! . .

Tomó unas gotas de sangre de la mujer. Auscultó, examinó al pescador

—Que este hombre no se levante de la cama . . Usted, tómese todavía otra dosis: aquí le dejo tres píldoras más.

Cuando se disponía a salir, reparó en la olla de líquido ya frío que estaba sobre un trébede

—¿Y esto qué es?

—Un remedio de la comadre. . .

De su maletín extrajo inmediatamente un tubo de ensayo que llenó con el cocimiento y luego tapó con una torunda de algodón

—Voy a regresar más tardecito

* * *

Tres días después se asomó de nuevo la comadite Chenta

Iba de negro. Con el rostro desencajado

—¿Cómo sigue el cipote, comadite? .

Abrió la boca para contestar, pero en la garganta se le anudaron las palabras, y su propósito de dominarse fue inútil. Rompió en llanto.

Marcos comprendió a medias. Se resistía a comprender plenamente:

—¿Está grave? . .

Un silencio forzado, duro, precedió a la respuesta, que salió de boca de la comadite como un torrente mezclado con un alarido:

—¡Me lo mataron! . .

La dejaron llorar unos minutos y luego le dieron una taza de café

—¡A saber qué veneno me le dieron esos bandidos! . . Cuando yo lo recogí ya estaba medio muerto . . Alcancé a ver un veneno verdoso que tenían en un tubito de vidrio . . Ya todo lo que yo le di no sirvió de nada. ¡Bandidos, bandidos!

Tomó a bramar como una bestia herida.

Marcos fue con la comadite adonde se hallaba el cadáver del muchacho.

En el rancho, la Eulogia comenzó, consternada, a decir en voz alta:

—¡Qué bárbaros! . . ¡Matai al pobre cipote! . . ¿Poi qué? .
¡Son unos bandidos! . . ¡Poi algo me cayó mal desde la entrada ese doctorcito de mierda! .

Espejos Paralelos

No soy el primero que lo advierte ni seré el primero que lo comunique. Pero debo confesar que nunca, antes de ahora, un fenómeno tan sencillo y vulgar me había conmovido tan hondamente. Cuando el peluquero se retiró unos minutos para atender el teléfono, yo vi mi imagen de frente en el espejo de enfrente, mi imagen de atrás en el espejo de atrás, la imagen de mi imagen de enfrente, la imagen de mi imagen de atrás, en una sucesión infinita, clara y atenuada.

Como fenómeno óptico no tenía misterio. Como ocurrencia psicológica era francamente inquietante.

Pero jamás me imaginé que aparte de ese mundo luminoso, que no era otra cosa que el rebote o el eco reiterado de la luz conforme a la resobada ley de los ángulos de incidencia y los de reflexión, pudiera manifestarse el mismo acontecimiento.

Y menos aún, pude considerarlo como viable que aquella cosa mágica y tremenda, llegara a operar en los dominios de la historia.

Sin embargo, así sucedió.

* * *

El Premio Nobel de Fisiología y Medicina cayó por primera vez en Centroamérica en el año de 1978. Fue adjudicado al doctor Jerónimo Zelaya, de Nicaragua, por el hallazgo de la vacuna anticancerosa en los laboratorios Luis H. Debayle, de la ciudad de León.

Las celebraciones públicas que se realizaron en todo el Istmo, fueron dignas del triunfo, pero no he de describirlas, ya que hasta el más modesto de los estudiantes las ha visto y oído en teletrivisores de los comunes.

En 1979, el Premio Nobel de Química lo compartían Karl Güntherkvist, de Suecia, y Ricardo Alvarado, de Guatemala. Sus estudios sobre la estructura química de algunos tejidos y sustancias cerebrales, llevados a cabo independientemente en Estocolmo y Retalhuleu, tendían el puente definitivo entre la ciencia experimental y los procesos síquicos más variados, desde la telepatía hasta los aportes de objetos materiales.

En 1980, la doctora Elisa Guzmán de Ramírez, de Tegucigalpa, recibía nuevamente el galardón universal de Fisiología y Medicina, en tanto el premio de Química era discernido al Dr. Teodosio Morán, de Zacatecoluca, y el de Física volvía a caer en Guatemala, el Dr. Eleázar Rosales Aycinena, por su descubrimiento de los vectores paratemporales.

A medida que estos triunfos se tornaban más frecuentes, decaía el esplendor de las celebraciones. Ya hacia el año de 1990, los diarios istmeños se limitaban a publicar gacetillas escuetas, señalando los nombres de los ganadores. Todos de la América Central, naturalmente.

¿Naturalmente?...

Para nosotros, sí. Ya nos habíamos habituado. Pero a los pueblos sajones, y muy especialmente a los nórdicos, que durante tanto tiempo habían tenido el cuasi monopolio del galardón, no acababa de entrarles en la cabeza nuestra indiscutible superioridad científica.

Lo científico no vino solo. Con ello vinieron también el florecimiento técnico, el industrial, el económico.

Fuentes de energía, sobraban. Sólo Centroamérica se había independizado de la corriente eléctrica. La fuerza atómica, usada por In-

glateria, Estados Unidos, Alemania, Francia, tenía grandes limitaciones: su producción resultaba muy onerosa, y dependía de los yacimientos de uranio y otros elementos fisiónales, de extracción cada día más difícil

En cambio, nosotros disponíamos de fuentes ilimitadas: por una parte, la energía solar, que captábamos y almacenábamos gracias al espejo metaparabólico de Fernández-Chacón; por otra parte, la fuerza molecular que extraíamos a un costo mínimo de los basaltos que nuestros volcanes arrojaron en aquella época en que todavía éramos incapaces de controlar sus devastadoras erupciones. Las fábricas pequeñas, como la de tractores instalada en Puntarenas, llamada sólo a proveer las necesidades de América Latina, funcionaban de manera sumamente económica con la energía de las mareas.

Algo desazonaba a los sabios y a los industriales de todo el mundo. Se hallaban frente al vacío. Abocados a un abismo. Este era el abismo o vacío existente entre los trabajos de especulación teórica que recibían el Premio Nobel, y los de expansión de la productividad. No se atrevían a poner en duda la justicia de los premios: por ningún lado aparecían trabajos tan importantes como los que iban siendo distinguidos. Pero, aun disponiendo los otros pueblos de tan valiosas informaciones, eran incapaces de darles una aplicación efectiva tan espectacular como la que les daba Centroamérica

* * *

The Times, de Londres, fue el primer periódico que se atrevió a manifestar una sospecha.

El 13 de octubre de 1991, en primera plana, publicó el artículo que a continuación traduzco:

Varios misterios en asunto centroamericano.—Durante mucho tiempo, las viejas repúblicas en que estaba fraccionada la actualmente poderosa Unión Centroamericana, carecieron de especial relieve en el mundo científico, el técnico y el económico. Esporádicamente, dieron algunos eminentes valores en la poesía, la literatura general y la pintura. Eso era todo

El súbito despertar de esa nación, es ya un misterio que por sí sólo inquieta a los sociólogos y a los historiadores.

Pero hay otras cosas sobre las cuales deben reflexionar Europa, Asia, Norteamérica, porque en ellas parece jugarse su propia supervivencia

De todos es sabido que el último reducto de la gran industria alemana, la fábrica de productos ópticos Zeiss-Ikon, fue absorbida el año pasado por la empresa "Lentes, Sociedad Anónima", de Ahuachapán, cuyas sucursales más conocidas son la Yashima Kogagku Seiki, de Tokyo, y la Bausch and Lomb, de Nueva York.

El invento del neumodínamo, debido al ilustre Francisco Fuentes García, de San Pedro Sula, hizo quebrar las fábricas de automóviles. La fotosíntesis artificial de López Lacayo, acabó con grandes empresas de productos alimenticios. Podríamos multiplicar los ejemplos hasta el infinito.

Si la información científica que los centroamericanos han tenido a bien proporcionarnos fuera por sí sola suficiente para servir de soporte a semejante desarrollo técnico industrial, nosotros, probablemente no habríamos quedado rezagados

¿Saben los centroamericanos mucho más de lo que expresan?

¿Qué es lo que saben?

¿Hasta dónde llegan sus conocimientos?

¿Cómo los han adquirido?

He aquí unos cuantos misterios sobre los cuales Europa, Asia, los Estados Unidos, deben reflexionar si aspiran siquiera a continuar existiendo como núcleos civilizados"

* * *

El artículo que acabo de traducir, fue reproducido por todos los principales diarios del Antiguo, del Viejo y del Nuevo continentes. Desató, como era de esperarse, algo más que curiosidad o preocupación: una verdadera ola de espionaje. Misteriosos chinos, cándidos o aparentemente cándidos sajones, vivaces sudamericanos, fueron invadiendo paulatina e inexplicablemente el territorio de la América Central, dispuestos a indagar qué ocurría y por qué ocurría. Un esfuerzo económico ya excesivo para las antiguas potencias, convertidas ahora en naciones rezagadas.

Y un esfuerzo tan grande como inútil.

Porque entonces las cosas tomaron otro caiz.

* * *

Aunque yo me lo quisiera negar a mí mismo, lo cierto es que me había enamorado a fondo de Lupe Orizaba. Ella estaba, a su vez, ena-

morada de Martín Arbeláez. Y Martín, enamorado de su laboratorio. La cosa no tenía solución.

No citaría un detalle tan personal, de no haber sido eso, precisamente, lo que me permitió primero entrever, y luego ver plenamente, mucho más de lo que pudieron averiguar todos los espías juntos.

Jamás pude hablar a solas con Lupe

Sin ofenderme, con una habilidad gentil y hasta coqueta, ella se daba maña para mantenerme a distancia, aceptando invitaciones y aun haciéndolas, pero siempre con más compañía.

Yo desesperaba.

Una tarde me dijo claramente, en presencia de otras personas, con un desparpajo que me dejó atónito, que sentía por mí una inclinación afectuosa; pero que todo era y sería imposible entre nosotros, porque no pertenecíamos al mismo redil

Yo, lector de los clásicos: de Bradbury, de Heinlein, de Clarke, de Kornbluth, de Borges, de Asimov, pensé de inmediato en lo más obvio: ¿Y si Lupita fuera gente de otro planeta? . . .

Deseché la idea por sencilla.

Como la habrían desechado, Asimov, Borges, Kornbluth, Clarke, Heinlein y Bradbury.

Para ser más sincero: rechacé la idea sólo intelectualmente: porque ella, no sé cómo, se fue adentrando hasta mi subconsciente, a grado de que en una oportunidad, mientras Martín estudiaba unos cálculos sobre la mesita en que los tres tomábamos el té, me atreví a sugerir la posibilidad:

—Lupita . . . ¿tú crees que hay habitantes en otros planetas? .

—Sin duda.

—¿Y algunos han venido a la tierra?

—Estoy convencida.

Mas ahí se detuvo la conversación, porque Martín estalló

—¡Es inevitable!

Lupe se quedó mirando, interrogativa.

—Si lo dudas, revisa mis cálculos

Ella apartó las hojas con visible desaliento, acaso convencida de que era innecesario tratar de supervisar lo que Martín afirmaba con tanta autoridad. Cuando ella hizo a un lado los papeles, mis ojos alcanzaron a percibir algo que me dejó estupefacto: los signos.

Yo no soy matemático. Pero mi formación general me permite conocer todos, o al menos casi todos los símbolos con que expresamos las verdades matemáticas en el siglo XX.

Y fuera de los radicales, los guarismos, las potencias y el signo de infinito, los cálculos de Martín, no contenían un solo grafismo de los usuales.

Sin que ellos lo advirtieran, la curiosidad me forzó a sustituir las hojas de Martín. Me las eché furtivamente al bolsillo de la chaqueta.

—¡Inevitable! —ratificó moviendo la cabeza de un lado a otro.

* * *

Fue inevitable.

El espionaje derivó en intervención. La intervención en agresión. La agresión en guerra.

Y estallaron las bombas.

Diez, quince bombas.

Lo suficiente.

El mundo quedó reducido a una esfera envenenada de radioactividad, en la cual unos cuantos pueblos primitivos tuvieron que comenzar de nuevo el camino de la historia.

Los pocos hombres más o menos preparados que logramos sobrevivir, quedamos sin los elementos técnicos indispensables para acelerar el proceso: agrónomos sin maquinaria agrícola; cirujanos sin instrumental; biólogos sin laboratorios; ingenieros sin reglas de cálculo, ni teodolitos, ni grúas.

* * *

No tiene objeto el relatar cómo me salvé.

El hecho es que, cuando paulatinamente fui recuperando la vista, me acordé de las anotaciones hurtadas a Martín. Y me propuse estudiarlas al estar ya en condiciones de ver lo suficiente.

Así lo hice. Pero no entendí nada. Absolutamente nada. Los signos danzaban, misteriosos, ante mis ojos y en mi cerebro.

Quise examinar aquello con mayor lentitud.

Y entonces di con la revelación que tan tesonera como inútilmente habían buscado en Centroamérica los agentes secretos del mundo entero.

En una de las páginas, al reverso, con menuda y femenina letra, acaso de Lupita, se hallaba una anotación.

“Nosotros, los hijos del siglo XXIV que hemos venido al siglo XX gracias al empleo de los vectores paratemporales de Rosales Aycinena . . .”

¡Eran hijos de un siglo futuro! El desarrollo moral, social, económico de nuestro torturado siglo XX no había resistido la prueba de la interpolación. Éramos demasiado niños para poder manejar tan peligrosos elementos. Y así como los fenómenos de transculturación estudiados por nuestros sociólogos, habían acabado con culturas íntegras de tipo inferior, incapaces de tolerar el exceso de luz de los invasores, así este fenómeno, que desde entonces puede llamarse de transtemporalización, había terminado con el siglo XX.

Eso era todo.

* * *

No: no era todo

Yo seguí cavilando y adiviné lo que podía ocurrir

Si no lo preví en su totalidad, sí puedo afirmar que acerté en las líneas generales del asunto

El siglo XX era un desierto radioactivo. Su humanidad, escasísima, incapaz por razones de número, de preparación, de instrumental, incapaz, digo, de reconstruir lo que se había perdido en todos los órdenes

El siglo XXI iniciaría, a lo sumo, la edad de piedra. Si las cosas iban veloces, con una rapidez inverosímil, en el siglo XXIV se estaría descubriendo el fuego. Quizá —y era mucho suponer— se estaría comenzando la forja de metales

En todo caso el siglo XXIV no podía producir científicos como Martín Arbeláez y Lupita Orizaba, sabios de la categoría de Jerónimo Zelaya, de Ricardo Alvarado, de Elisa Guzmán de Ramírez, de Teodosio Morán, de Eleázar Rosales Aycinena.

Era de una imposibilidad absoluta

Aunque, viéndose bien, ya esos maravillosos personajes futuros, habían existido . . .

* * *

En 1978 los diarios centroamericanos dieron cuenta de un fenómeno desazonante; gran número de personas en la ciudad de León, Nicaragua, se tornaron súbitamente anormales. Los médicos no encontraban explicación alguna al sucedido. Ni siquiera la concentración de radioactividad en la atmósfera pudiera considerarse como peligrosa: estaba muy por debajo de los márgenes de tolerancia calculados.

En 1979, más de 72 por ciento de las personas que vivían en Guatemala, tuvieron alguna monstruosidad evidente. De Suecia se reportaron unos pocos casos

En 1980, el 84 por ciento de los habitantes de Honduras . . . en 1990, el 96 por ciento de los de todo el territorio centroamericano. . .

Entes cubiertos de ríspida pelambre; cíclopes; individuos de tres y cuatro piernas; niños con manos de siete y ocho dedos; mujeres con bolsa marsupial. . . ¡Mónstruos, mónstruos por todas partes! Pesadillas casi humanas, casi diabólicas, discurren por los campos y las ciudades del Istmo, en donde los hombres constituidos como Dios manda, éramos ya únicamente la excepción.

The Times, de Londres, fue el primer periódico que se atrevió a manifestar una sospecha.

El 13 de octubre de 1991, en primera plana, publicó el artículo que a continuación traduzco:

"Varios misterios en asunto centroamericano.—Durante mucho tiempo las viejas repúblicas en que estaba fraccionada la actual Unión Centroamericana, si bien carecieron de especial relieve en el mundo científico, el técnico y el económico, pudieron dar algunos eminentes valores en la poesía, la literatura general y la pintura.

Mas ahora su porvenir se presenta dolorosamente negativo.

Las telenuevas informan acerca de una regresión biológica alarmante, que de día en día va convirtiendo a dicha nación en un mundo de mutantes inferiores, en un jardín zoológico de mónstruos absurdos, de idiotas, de semibestias, como si sobre aquel castigado territorio se hubiesen concentrado todos los efectos nefastos de los ensayos nucleares llevados a cabo por Rusia, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia

Porque es evidente, o casi evidente, que lo que ocurre en Centroamérica está relacionado con los efectos de las radiaciones atómicas

La ocurrencia rápida y dramáticamente acrecentada de casos teratológicos, hace pensar incluso, por raro que parezca, en el poder contagioso de las enfermedades provenientes de virus filtrables

¿Llegará hasta nosotros el flagelo?

¿Somos en alguna medida responsables del drama centroamericano?

¿Hasta qué punto llega nuestra responsabilidad?

He aquí unos cuantos misterios sobre los cuales Europa, Asia, los Estados Unidos, deben reflexionar si aspiran siquiera a continuar teniendo una razón de ser como núcleos de civilización con sentido humanitario".

* * *

El artículo que acabo de traducir, fue reproducido por todos los principales diarios del Antiguo, del Viejo y del Nuevo continentes. Desató, como era de esperarse, algo más que remordimiento o conmiseración: una verdadera ola de investigadores. Misteriosos sociólogos chinos, cándidos, o aparentemente cándidos físicos sajones, vivaces biólogos sudamericanos, fueron invadiendo paulatina e inexplicablemente el territorio de la América Central, dispuestos a indagar qué ocurría y por qué ocurría. Un esfuerzo económico excesivo aun para las poderosas naciones.

Y un esfuerzo tan grande como inútil.

Porque entonces las cosas tomaron otro caiz

* * *

Al comienzo sentí repugnancia por los monstruos. Cuando vi por primera vez a una criatura hidrocefálica con el rostro cubierto de unas cerdas doradas, tuve una sensación muy próxima a la náusea. Pero la costumbre, por una parte, y la reflexión moral, por otra, me hicieron adoptar frente a tales engendros, una actitud de piadosa tolerancia.

Aunque yo me lo quisiera negar a mí mismo, lo cierto es que me revolvió los intestinos la sola presencia de Lupe Orizaba. Y la de Martín Aibeláez. Un par de idiotas horriblemente semejantes. Parecidos en la forma de la cabeza, exageradamente alargada; en los ojos animales y pequeños, que de haber tenido alguna luz habrían parecido malvados; en los gruesos labios, siempre segregando una especie de espuma verdosa

Pero yo me había propuesto desentrañar el misterio de lo que ocurría, y tanto Martín como Lupe me resultaban indispensables para

ello. Eran de los pocos que se expresaban en un lenguaje bastante inteligible, y yo no tenía más remedio que estar en frecuente relación con los dos.

* * *

En un cuento de Hugo Lindo titulado *Espejos paralelos*, encontré una idea que me resultó sumamente útil: la de buscar los conocimientos subconscientes —siquiera de la subconsciencia racial— de semejantes seres, mediante la hipnosis o el empleo de drogas analépticas, como el sulfato de dexedrina.

Comencé por el hipnotismo.

La débil mentalidad de ambos, los tornaba fáciles sujetos para el sueño inducido; pero, una vez dormidos, eran insensibles a toda clase de sugerencias, excepto a la cataléptica. Eso sí se lograba con harta facilidad: colocarlos rígidos, como vigas, mejor dicho como pilares de piedra. Para diversión, aquello estaba bien. En calidad de investigación, no conducía a ninguna parte. Cuanto a las sugerencias sonambúlicas, caían en el vacío más impresionante.

No desistí de buenas a primeras, porque estimé que probablemente la reiteración de las sesiones de hipnotismo, pudiera algún día producir resultados de interés. Mas, pasaron los días y los meses, sin fruto alguno, hasta que me decidí por el procedimiento de las sustancias excitantes.

La alternativa se presentaba para mí bastante notoria. Mi razonamiento fue el siguiente: si la catalepsia era fácil de inducir y estéril para mis fines, en tan primitivos seres (yo me negaba a llamarlos personas), la analepsia sería, *contrario sensu*, de difícil inducción y de jugoso fruto.

En estos extremos, no falló la lógica. Hice el experimento con ese repulsivo ente que solía llamarse Lupe. La obligué a tragarse de una sola vez, cinco pastillas de dexedrina. Lo suficiente para asesinar a un ser humano, pero lo que consideré indispensable para despertar su inteligencia y su memoria, si alguna inteligencia y alguna memoria pudiera haber en su trastienda.

Empezó a hablar. En los ojillos brilló una chispa, y fue exactamente la que yo había previsto: la de la malevolencia y el odio.

—Sí —me dijo sin que yo le hubiese preguntado nada—. Sí: soy de ese siglo XXIV que ustedes, los del siglo XX, aniquilaron defini-

tivamente con su estúpida guerra nuclear. . . Estábamos llamados a ser genios, a disponer de una sabiduría que . .

Cotó la frase al tiempo que me fulminaba con una mirada horrible. Me hizo daño. Luego continuó:

—Dentro de nuestra miseria, sabemos lo bastante como para odiaarlos. . . Y a usted, particularmente a usted, lo mataría sin piedad, si no fuera porque. .

Yo grababa sus palabras en cinta magnetofónica, para que no pudiera escapáseme un solo detalle de sus revelaciones.

—Y si no son de este tiempo, ¿qué diablos están haciendo aquí, ahora. . ?

—No sé. Era inevitable que viniéramos, por culpa de un tal Rosales Aycinena. . .

—¿Inevitable? . . .

—Todo es ahora inevitable. Hasta el hecho de que yo le deje a usted con vida . .

No obstante que Lupe Orizaba hallábase ostensiblemente inerte, la comunicación de su odio instintivo me hizo llevar la mano al cinto y tocar la cache de mi pistola.

—¿Por qué no me mata?

—Porque sería un suicidio. Yo soy nieta de los nietos de sus nietos . . Y matarlo a usted sería impedir mi propia vida. . . usted me es indispensable. .

—¿Indispensable?

—¡Inevitable!

* * *

Las cosas ocurrieron de otro modo, dije

Como, por causa de la guerra atómica, el siglo XX no pudo recibir técnicos y sabios del siglo XXIV, y a cambio de ellos recibió idiotas, degenerados y mutantes, por ello mismo, digo, no hubo guerra atómica en el siglo XX.

* * *

Y como no hubo guerra atómica en el siglo XX, el siglo XXIV fue de técnicos, de sabios, de mentalidades supradotadas que vinieron a Centroamérica a fines del siglo XX, a preparar la guerra atómica. Inevitable, como afirmó Martín Aibelález el mismo día que la nieta de los nietos de mis nietos, Lupita Orizaba, la deliciosa, me dijo que entre nosotros todo era definitivamente imposible.

* * *

Yo vi en el espejo de enfrente la imagen del siglo XXIV; en el espejo de atrás, la imagen del siglo XX, y luego, la imagen de la imagen del siglo XXIV, la imagen de la imagen del siglo XX, en una sucesión infinita, clara y aterradora.

Informe Complementario

Altísimo y Venerable Primer Golub:
¡Paz y salud en todas las Dimensiones!

Confío en que mis anteriores informes hayan sido colocados ante vuestros ojos.

Invoco humildemente vuestra comprensión paternal, a fin de que no toméis a fantasía mis observaciones sobre este planeta tercero de la órbita solar, pues no se me oculta que su estructura misma, la morfología y la conducta de sus habitantes, resultan para nosotros algo más que insólitas.

Por dichos informes os habéis enterado de que hay en este planeta, muchas y muy diversas clases de habitantes. Siguiendo las instrucciones que se me dieron al iniciarse la expedición, he centrado por ahora mis estudios, en la especie que se considera a sí misma —y a veces da la impresión de serlo— la más inteligente y hábil que las que aquí existen. Su nombre zoológico es el de “homo sapiens”, y su descripción genérica puede hallarse en mi memorándum Z-32 W

Este informe complementario se reducirá a tres de los fenómenos más notables que he podido observar hasta ahora. Son, también, los más inverosímiles, y pueden señalarse así:

- a) El tipo de locomoción del homo sapiens;
- b) Una extraña ansiedad llamada "sed", y,
- c) Ciertos hábitos de intercambio, trueque o comercio, que producen verdadera estupefacción

Con la venia del Venerable Primer Golub, no sólo expresaré mis observaciones al respecto, sino también algunas experiencias personales, realizadas en vía de estudio.

* * *

a) *Tipo de locomoción.* (v. informe N^o 2, placa 31).

Estos curiosos seres tienen un sistema de locomoción natural, que a cualquiera de nosotros parecería imposible, por absurdo: disponen solamente de dos miembros inferiores, sobre los cuales se sustentan en prodigioso equilibrio. Para trasladarse de un sitio a otro, adelantan primero una de dichas extremidades, la asientan en el suelo, adelantan luego la otra, y así sucesivamente. ¡Sólo dos extremidades, Venerable Golub!

Cada una de ellas se encuentra dividida en dos partes, unidas entre sí por una especie de bisagra de material óseo, que le otorga cierta graciosa flexibilidad. En la variedad femenina de la especie, tales extremidades parecen tener alguna importancia especial, a juzgar por las expresiones que frente a ellas toman los homo sapiens machos.

Hay una relación digna de estudio entre el mencionado sistema de locomoción y el fenómeno llamado "sed" a que he de referirme en la sección b) del presente documento. Como adelante se verá, el homo sapiens se dedica alternativamente a estimular y a calmar la sed, y, durante este doble proceso cuya oculta intención no alcanzo a comprender, es frecuente que se altere el mecanismo de traslación. Entonces es cuando este disparatado sistema bípedo, pone de relieve su deficiencia sustancial: las dos extremidades se les cruzan, flojas y torpes; contonean ellos el cuerpo en ridículos vaivenes, y concluyen por derumbarse de manera ignominiosa.

Sin perjuicio de ampliar posteriormente las anteriores informaciones, paso ahora al segundo de los temas que he de tratar por el momento.

* * *

b) *La sensación llamada "sed"*

Ocurre que el organismo del homo sapiens se halla constituido en su mayor parte por líquidos. Estos seres son, en realidad, entes acuosos recubiertos de algunas películas de material plástico. Se hallan, pues, sujetos a evaporación permanente, la cual podría hacerlos desaparecer de su planeta. Empero, un sistema defensivo los invita a reponer a cada instante la cuota líquida perdida.

La necesidad de reposición de fluidos, es vital. Se llama sed, y se manifiesta por una sensación imperiosa, que debe calmarse cuanto antes. Tal sensación es indefinible, pues a veces resulta grata y a veces tortuante. De ahí que el homo sapiens, como antes dije, viva provocándose y tratándose de calmar la sed. No es exagerado afirmar que la sed se cultiva; que hay toda una cultura de la sed.

Las escuelas o templos de esta cultura, en donde los homo sapiens se dedican a trasegar diversos tipos de fluidos, pueden dividirse en dos clases: las escuelas de estímulo, y las de satisfacción. En las primeras, ellos trasegan pequeñas pero frecuentísimas dosis de diversos líquidos. No han concluido de trasegar una, cuando ya la sed les está reclamando otra. Hubiera querido hacer un experimento personal en estos templos o escuelas, pero, con vergüenza he de confesar, ¡Oh Altísimo Golub!, que no me he atrevido a ello. Debe de ser una cosa tremenda, a juzgar por las contorsiones de los rostros que muestran los parroquianos.

En cambio, ¡Oh Gran Golub!, ¡qué diferentes son los templos o logias en donde la gente calma la sed! Ya en vasos largos, ya en redondos recipientes con asa, se sirve un fluido rubio, cuyo solo color alegra los innumerables ojos de un Golub. El fluido se halla coronado por un halo o resplandor de burbujas blancas, que se deshacen al tocar los filos de la boca.

Al observar la gloria reflejada en los rostros de estos últimos parroquianos, he probado el referido licor. No tengo palabras para describirlo. Es, quizá, como la vida de todos los seres: oculta en el fondo una pequeña cuota de amargura. Pero es una amargura sin la cual no habría delicia ni placer.

Si los que asisten a las logias de estímulo de la sed, suelen ser inmoderados en su consumo de fluidos, ocurre lo contrario con los devotos de las escuelas de satisfacción. Estos, por regla general, consumen este licor dorado con discreción, por cuanto la sed desaparece en ellos casi milagrosamente.

Si aquéllos muestran a cada instante, perturbaciones en el sistema locomotivo, y sus rostros se congestionan, y sus espíritus parecen arder en los horribles fuegos de la ira y de la concupiscencia, estos otros devotos presentan el cuadro radicalmente opuesto: se advierten plácidos, gozosos, noblemente satisfechos.

Consistencia, color, sabor, efectos, todo es en este líquido increíblemente grato. El homo sapiens tiene sólo cinco sentidos (v. informe citado placa 22), y no me hallo en condiciones de afirmar si los cinco quedan para ellos colmados con este dorado licor. Cuanto a mi propia experiencia, puedo afirmar que he conocido una especie de transfiguración, con el goce pleno de los siete sentidos.

* * *

c) Un absurdo sistema de trueque

No sé qué valor pueda el homo sapiens otorgar a pequeñas piezas redondas de metal, y a ciertos trozos de papel flexible, semejantes a las hojas rectangulares del árbol sagrado de Nizeth.

Mas, por grande que sea ese valor, no concibo cómo los propietarios o jefes de las referidas logias o escuelas, sean tan torpes que otorguen un tesoro tan maravilloso como el que tienen, a cambio de semejantes piezas metálicas o de papel.

Pueda que se trate de algo intrínsecamente valioso. Acaso les sirva para su alimentación, o para cualesquiera otros usos. Pero, ¡Venerable Golub! ¿Cómo, —me pregunto— el espíritu mercantil del homo sapiens es capaz de recibir algo, cualquier cosa que sea, a cambio de un producto de valor tan imponderable? . . .

Me limito a informar, y no emito opinión porque, en falta de antecedentes más precisos, temo cometer alguna injusticia al juzgar por esto al homo sapiens.

* * *

Altísimo y Venerable:

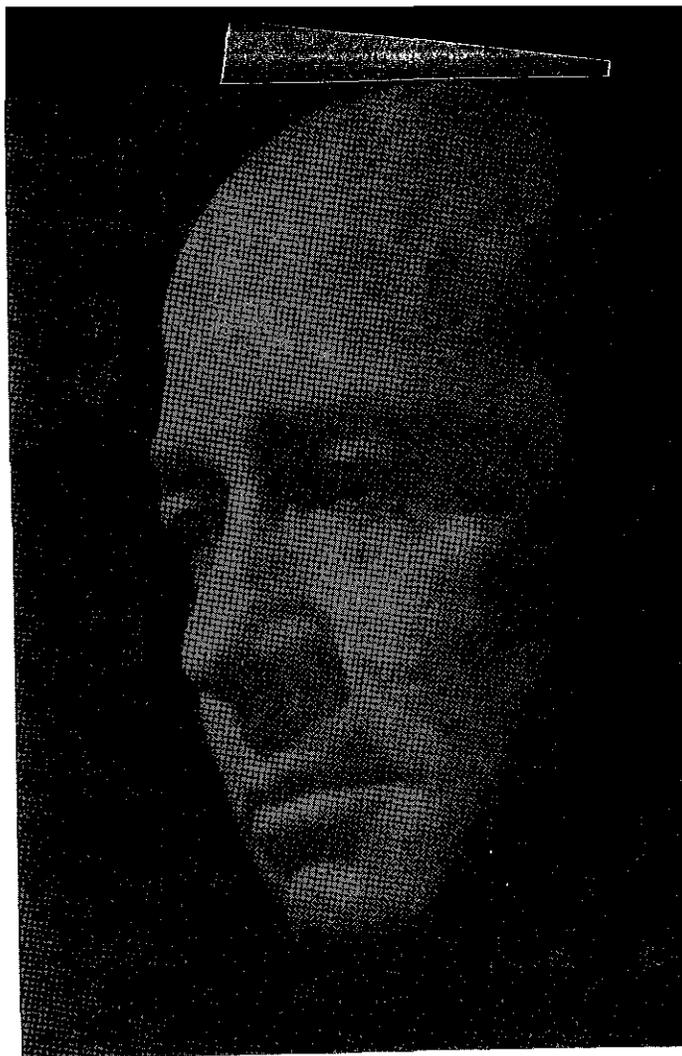
Por primera vez en la historia de la Eternidad, un Golub os desobedece. Ha llegado la nave, y se me ha dado la orden de regresar. No

obstante, sólo envió el informe. Yo no sé. He decidido quedarme definitivamente en el Tercer planeta. Siempre a vuestro servicio, como es lógico. Acaso yo os pueda resultar mañana, de alguna utilidad. Por eso, os envió mi dirección permanente: Z-92 Golub Minor, Cervecería "El Ancla", Continente Tripartito, sector mediano Tercer Planeta.

Y hago vibrar vuestras antenas.

Z-92 G. M.

*Cuentos
de
Cristóbal
Humberto
Ibarra*



Cristóbal Humberto Ibarra
(1918-)

CATALOGADO

La Canción del Mopán

Trabajo costó separar los cadáveres. Aún fuera del agua seguían apretados en estrecho abrazo. Las crenchas rubias desordenadas y sueltas del blanco cubrían la cabeza al negro, bajando por los ojos entumecidos, hasta más abajo de la nariz aplastada y de los labios gruesos.

Uno solo eran los cuerpos por la muerte. Acaso en el instante de morir los dos hombres revivieron sus horas amargas, su odio sencillamente salvaje y simple, por demás humano, tal vez se apretaron forcejeando hasta hacerse daño, tragando y tragando aquellas aguas cobrizas, la vida de aquel río que abrirla su piel untuosa y triste para aminorar sus cuerpos y desatar sus almas, dejándolas errantes bajo el clima incierto de los nocturnales selváticos.

Cuatro brazos fueron rotos para separarlos. En quieto semicírculo los contrabandistas miraban sin comprender, como dudando. El negro podía ser un asesino, raptor de estatuas blancas, violador resentido, heredero legítimo de su raza. . . ¡Por fin negro! y el otro, cualquier extranjero adinerado que se aventuró en la selva en busca de nuevas emociones, a caza de aventuras. . . No más que el robo pudo ser el móvil.

Mas lo que los *trapujeros* no advirtieron fue la sonrisa triunfal que iluminaba el gesto de los muertos ¡No es así como mueren los que sufren! Por el contrario Parecía que al besar por última vez las ondas, un filitio de miel les hubiese goteado en la esperanza y grupos de navíos invitado a viajar por la ciudad del tiempo, hacia lo eterno.

—Si no tienen ni un len los condenados . .

—No más Dios que se sabe cómo jué.

—¡Qué el diablo se haga cargo . . !

—¡A mejor si el Señor los perdona!

En la distancia comenzaron a sonar tambores y un coro sólido resucitó la pena del monte. Selva adentro cantaban los negros. El llanto moreno tenía por esta vez la seriedad del duelo. Cantaban los negros y el *Mopán* cantaba. ¿Quién puede adivinar si el negro canta? Cantaba el río, la montaña cantaba, pero entre aquella espuma asordinada se escuchaba el son marchito, la imagen del cantor de *El Cayo* que se había despedido para siempre.

Apuró el vaso de whisky y lo estrelló en el suelo. Se reventó el vidrio en mil astillas y el musculoso *mister* Morgan las quiso perseguir con la mirada. Así estaba su suerte: ¡destrozada! Con el rostro congestionado de licor y rabia se llenaban los ojos de distancia. Recordaba aquella mañana de hacía veinte años, cuando dejó Londres la gris para venir a América. Ni un pañuelo se agitó en su despedida. Allá quedaba Albión y aquí lo recibía un nuevo continente con su bagaje de sudores y de fiebres, pero también de oro acuñado en monedas relucientes

El negocio de la madera paga bien. El colorado inglés se veía nuevamente con el hacha humillando troncos, probando la pujanza de su brazo contra aquellos titanes de la montaña, que rugían con estuendo cuando pasaban aplastando la selva menor en su caída. Después trozas de monstruoso calibre surcando los torrentes, grúas, sierras y más grúas. Todo un panorama laborioso que culminaba con el viaje de los tablones medidos a la madre patria

Así empezó él, dejando cifras de años, mojando con su propia sangre la hojarasca, cambiando dirección al viento con el resoplar de sus pulmones de europeo terco, caminando amancebado con la muerte, pero dotando la ilusión de una vejez tranquila, descansada y segura.

La selva mata pronto al que no tiene compañía. El viejo inglés recordaba que por muchos años la buscó sin conseguirla. Sentía el pecho seco, desolado, como muerto. Desesperaba. Porque no es cosa simple tornar lleno de monte, herido de silencio y de fatiga, para encontrar la

soledad del lecho. Soñar de noche, ilusionarse en lo fugaz de un espejismo y volver a lo real de la existencia más plegado a la sombra y al vacío. Aquello era como dejar la vista persiguiendo la paloma azul del infinito, o correr tras los lebieles de un suspiro.

Hasta que un día, la cruda vibración de su primera cocinera *mulata* se le entregó sobre un alfombrón de líquenes y musgo humedecido . . . De ella vino Stella, su hija Stella Morgan.

Stella gritó a la vida anastando la muerte de su madre. Un *caoba* gigante pasó a arrullar el sueño de la criolla que le alivió las penas y la niña a manos de unas monjas que la vieron crecer nostálgica, melancólica y callada. Era como si la boca verde del monte, llegase cada noche a musitarle cosas raras al oído, a trastornarle el juicio, a *colgarla* de una vez por su canción. Las pobres beatas observaban afligidas cómo aquel ángel moreno de ojos tibios se nutría de viento, agitaba sus carnes y entornaba los párpados cada vez que miraba al horizonte bravío, fiero y salvaje. . .

Vaso nuevo. Un trago más. El británico molía su cerebro. Seguía rememorando. . .

Stella volvió a su lado con la risa dormida y el corazón abierto a la montaña. Nunca pudo saber cuáles eran sus horas predilectas para internarse en la profundidad del monte. Desaparecía de repente y él se quedaba plantado en la cabaña, con su gajo de presentimientos, su cúmulo de ideas absurdas y la ansiedad de verla regresar con los ojos gozosos y una fresca sonrisa quebrada hacia los rumbos.

El imaginó, entonces, que era la sangre mulata de la madre la que se había vuelto vegetal para inyectar de espuma el corazón de su hija, metiéndole *soplidos* de *güijes* en el pecho donde una orquídea doble relataba y el milagro de su pubertad candente. Y era así como Stella se esfumaba buscando la estrella negra que brillaba en el alma de los *madereros*, visitaba a diario los *aseñaderos* y bajo la oscuridad montuna adivinaba los ponientes de naranja y grana, tarareando la canción de Marty, el negro cantor de El Cayo, que le ató una mariposa verde en la ilusión . . . El negro era también parte del monte y había exprimido quién sabe qué *yerbas* en la sencilla juventud de su hija, que ahora se desmayaba en la quietud del río, abandonada al silencio, cuando la *negreidad* llovaba y la luna desvelaba su cobre en el Mopán. . .

El viejo Morgan rugió pensando en Inglaterra:

—¡Me llevaré a Stella!

El nuevo vaso aposoló el vital.

—¡Negro cabión!

—Señora, el Mopán es como el filtro de mi raza. Allá está la luna de ébano acariciando niños en la superficie, pero en el fondo gime el zombie de los negros que mueren por los blancos. . . Señora, el Mopán canta y llora por los negros

Pasaban barcos en los ojos de ella. Stella Morgan los seguía huyendo hacia una noche más plácida, menos sentimental, acaso más festiva y eufórica. Sin embargo, había tanta ternura en la voz de su acompañante, que estaba segura de morir si dejaba de escucharla. Se le antojaba que la magia clorofílica le había hundido telarañas y la música tomado posesión de sus sentidos para retenerla. De niña oyó a las monjas narrar cosas parecidas. Se hablaba de tierras oscuras donde el ritmo ataranta, el calor pulveriza las visiones y la altura se deshila en cambiantes que invitan a morir. Pero aquí era distinto. La melodía se enhebraba lenta y despaciosamente con un deje acompasado en el andar de la corriente, como un *timbal* de pena que oprimía el corazón, culpando a la conciencia de moverse en su envoltura blanca.

—Señora, el Mopán siente y ama con los negros

*Negra como el son la sangre mía
pidió al gong su oración para el Mopán
Negro son, la montería
¿dónde está, Mopán, Mopán?*

Un suitidor comenzaba a desflecar la noche. El cobre en tanto iba tiñendo las aguas que apenas murmuraban en la penumbra. Continuaba el lloro y en la lejanía dialogaban los tambores, torturados por manos que rumiaban su cansancio junto a las fogatas. Los madereros recogían el mensaje de aquella gigante que les regalaba el horizonte de su patria abuela. Las notas los situaban nuevamente en el mapa de su sangre, devolviéndolos al continente de sus pasadas ansias, a su libertad, a su extensión abierta, antes que sobre ellos cayera la mirada de los hombres claros, cubriendo su presente de cadenas. El eco bajaba luego desandando la estatua de los árboles, renovándose vestido de canción

*Blanca como el sol del mediodía,
rubia como luna del Mopán . .
Sol y luna, mi alegría,
¿dónde están, Mopán, Mopán?*

La queja de verdad mataba el tiempo. No era más que entrecerrar

los ojos para que un espejismo rebasara su nivel de sueños. Danzaban las ramazones, ondulaban las parásitas y los extendidos brazos tropicales empujaban su recorrido de ternura sobre la tierra humedecida, húmeda y silenciosa, hasta en las más apartadas soledades de hojarasca y musgo.

¡La tierra! Aquí también se comprendía su milagro. El hombre afeitado a su vejez limosa, apretado a su costia, lagrimeando sobre su cáscara para merecer la suerte del prodigio profundo que conocen el gusano y la lombriz de tierra, la raíz misma de los árboles que suavizan su hastío cuando entonan los claros de sus copas, para dejarlas meditando frente al perfil agónico de los astros tardíos.

Otra vez la tierra selvática, taciturna y hoscamente dulce, que enseña al hombre a no apartarse de ella, a vivir por ella y a saber morir por ella. La clave del milagro estaba ahí. Era la morena carne terrestre la que poblaba de *cocuyos* la sien quemada de los madereros, barnizando de extraños vuelos su pigmento, para hacerlos sollozar cantando en las bóvedas hondas de los *caobares*.

Así habían pasado las semanas y los meses y los años, Stella Morgan era asesina de su propio tiempo, porque no la estorbaba, ni la fastidiaba, ni cansaba. Se sentía tan parte de esa tierra, tan asentada sobre su lobreguez montuna. Ella, como Marty, también pertenecía al monte.

Inclinados sobre el barandal del puente, los dos cuerpos miraban bailotear sus sombras entre las rocas arremansadas de secretos, en lo mejor de la hora cuando la luna llena bajaba a *restregar* su cobre en los rápidos cantarines del Mopán.

Toda la noche aletearon los tambores. Esta vez su llanto iba de veras. Stella Morgan se marchaba a Inglaterra. Los geranios silvestres no sabían más de su beso temprano, ni las garzas fluviales de aquella somisa que empapaba en *asombros* la mansedumbre de las *pozas*. El bosque entero era una queja interminable y más allá de los aserraderos, sembrando de abandono su *bangué*, un negro cantor tenía la garganta rota y el corazón estrecho, a punto de morir.

En su *hamaca de pitas* Stella liberaba palomas mensajeras, suspiros que atravesaban las monterías palúdicas, apretaban su humedad de lágrimas corriendo en busca de la voz que ahora parecía *aletargada*, *sonámbula* y *dormida*. ¿Llegarían a tiempo sus reclamos? Nadie lo sabía. Pero ella presentía que sin el ritmo de los *atabales* su viscera quejosa iba a cambiar de vida, a darle otro destino, a hacerla otra Stella.

que ya no sería Stella Morgan, la perenne enamorada de las brías y hermana entrañable de los caobates.

El *bongó* es instrumento que construye vuelos, pero que también subordina con su embujo. A veces suena a golpe de carne lacerada, a tormento —para expresarlo en la mejor palabra—, cuando las manos sombreadas de los *bongonceros* los obligan a hablar de cosas que saben a martirio.

La *tuntunera* y la balada *negroide* se habían insinuado muy lejanas, como sobar de plumas perdidas en lo abismoso de la *jungla* anochecida, para luego tomar cuerpo y formar círculos mareantes en la mente aliebrada de la sensible Stella Morgan, que destrozada a dudas ponía su paisaje entre la rusticidad de su emoción temprana y el aburrimiento envejecido que suponía señoreando en la Inglaterra caduca, declinante y rebajada, que le había dibujado su padre en las múltiples veladas de ocio y de leyenda.

El tronar de los tam-tam estaba ya cercano, azurrumbando, dominando de una vez a la muchacha que abandonó su lecho, buscó trémula el camino de la puerta y luego los escalones que lo ponían en el camino mismo de los aserraderos . .

De repente, dos pulmones descifraron su escape en letanías:

—¡Aé, aé, aé se van aéeeee!

¡Aé, aé, aé Mopán aéeeee!

Y el coro tras la hoguera del bangué.

—¡Aé, aé, aé Mopán aéeeee!

¿Era aquello amor, o *embó* simple con que hiere el monte? Tal vez sí, acaso no. Mas el huacán de retumbos era para Stella Morgan un mandato que devoraba sus instintos incendiándola en deseos. Su cuerpo todo era un gajo de temblores. La voluntad cedía y espinales de entrega le secretaban bajo la blusa, donde algo nuevo le platicaba de una canción distinta. .

—¡Aé, aé, aé se van aéeeee!

—¡Aé, aé, aé Mopán a . . !

Callaron de pronto los compases. La hembra se detuvo en mitad del patio apenas diseñado a puntadas estelares. ¿Era que se desteñían los bongóes? ¿Huían los bongonceros y con ellos su lamento? La selva entera se entregó al mutismo . . Fueron los gritos de Stella los que despertaron su flor oscura en el bosque:

—¡No, no! ¡Martyyyyy! ¡Martyyyyy!

Y con los brazos en alto se entregó a la noche. La sombra olía siempre a sombra . . .

El odio que se engendia bajo lo verde es más que odio. No se sabe a punto fijo qué es, pero es más que eso. Los monteros lo saben por las leyes que ellos mismos se han creado. Así, cuando dos hombres se aborrecen, se buscan no más para encadenar el suelo con el bullir violento de sus sangres, dejando sus coágulos piéto mimetizando el tinte de los retoños monteses y del insecto que reptaba entre la grama.

Stella Morgan fue encontrada al amanecer, tras una cortina de *matapalo*, picada en la frente por una *nahuyaca*. Pero el veneno del reptil también tentó la zaña, hirió la rabia de los hombres, escarificó la piel de dos razas que son batientes de odio y han escrito en el curso de los siglos una trágica historia de venganzas.

Desde aquel momento, el rubicundo inglés y el negro beliceño se buscaron para cambiar o decidir sus suerte en un recio encontrón, con un hambre de muerte y un ímpetu asesino, cuyos resultados presintieron temblando los broncos ahijados de la montería.

Mediando la vereda de los *barracones*, se encontraron. Fue corta la lucha. Ambos querían *acabarse lo más cerca posible* y, al enfrentarse, velozmente se lanzaron el uno contra el otro, olvidados de sus armas, jadeantes de ira, enloquecidos de coraje, trabándose en un terrible cuerpo a cuerpo que los llevó rodando al fondo del remanso . . . Las aguas, sin quererlo, hicieron lo demás . . . Una serie de burbujas sanguinolentas anunciaron el final y el pico erizante del buho se encargó de predicar los resultados. Fibra por fibra, hoja por hoja y liana por liana, el bosque lo supo bien pronto. . . Bajo el rubio de una lluvia sorda algo germinó en la lejanía y un nuevo bongoncero se inició en gemidos.

La vida de la selva es como cualquier otra vida de la tierra. Por la noche, la faz cobriza de una luna plena bajó a buscar nuevas canciones en la linfa rielante del Mopán . . .

VOCABULARIO

Mopán: Río que sirve de límite entre Guatemala y Belice (Honduras Británica) tierra —esta última— perteneciente a los guatemaltecos pero usurpada actualmente por los ingleses; *trapujero*: contrabandista; *El Cayo*: población del territorio de Belice; *caoba*: nombre de un árbol de madera fina; *soplidos*: soplos imperceptibles pero impregnados de brujería; *güijes*: hujos de la selva afro antillana; *madereros*: los que trabajan en la explotación de la madera; *negreidad*: concerniente a la raza negra; *ébano*: árbol de madera muy fuerte, lisa, color negro; *zombic*: espectro de la selva afro-antillana; *timbal*: tambor criollo; *gong*: disco de cobre muy sonoro; *cocuyos*: variedad de luciérnagas; *caobares*: bosques de caobas; *bongó*: tambor usado por los negros en el culto religioso; *bongoncero*: los que tocan el bongó; *tuntunera*: conjunto de sonidos que producen los tambores y los bongoes, su ritmo puede producir accesos de locura momentánea; *matapalo*: árbol gigantesco del cual se extrae una especie de caucho; *nahuyaca*: serpiente venenosísima de la selva guatemalteca; *embó*: embrujo, magia negra en la zona del Caribe; *bangué*: campamento de trabajadores en la selva; *barracones*: habitaciones toscas de madera

El Cuajarón

No podían dominarlo. Forcejeaba el hombre, clavando la ventana celeste con dos ojos que parecían huir de todo, perdidos en el horizonte muy lejos del monte agreste y la costa dadivosa de los balsamares, hasta más allá de donde el indio infortunado sueña siempre. . . Casimiro Sum disparataba enardecido con las greñas en rebelión, la boca efervescente y dos manos tenazudas apretando un fragmento de lava aún humeante, que él mismo parecía haber enfriado con su sangre.

Porque lo cierto es que los dedos mordían el pedrusco, formando una sola masa negra y sanguazosa, conformando un todo llagado que olía a carbón salitroso y sulfuriento y a carne chamuscada.

El lechero que lo recogió a la orilla del pueblo, dijo haber visto bajando por la cuesta volcaneña un tropel de aullidos en desbandada, una especie de griterío diabólico o viento desatado del infierno . . . Solamente después, al acercarse más el testigo pudo reconocer a Casimiro Sum, quien al caer agotado a sus pies sollozaba como un niño, atropellando a media lengua un nombre femenino, entre palabras sueltas como *dioses*, *volcán*, *secreto*, mientras aferraba sus manos a un corazón negro y maloliente . . .

Al conducirlo al hospital se comentaba:

—¿Qué no es el mismo Casimiro, el que andaba rondando a la Agapita Ascat?

¡A pues no pué!

—Pero es que ella dicen que tiraba por el lado del patrón Andrés.

—Pues pudo ser por eso. ¡Veya!

EL INDIO CASIMIRO SUM ESTUDIABA, si estudiar se llama a ese enfrentarse a la mirada de las cosas y luchar con ellas hasta poseerlas. Frente a él se erguía la cumbre hosca del Izalco. Afuera era la masa gris, conocida de cualquiera gente por su color diurno entristecido —empenachado a veces—, pero de noche vuelta hacia el misterio, bañada en resbalante reventazones de amapola y flor de pascua. Puesto que es adentro donde habitan los dioses de la raza, aquéllos a quienes no ha vencido nada extraño y allí perduran destrozando el tiempo con su llamante eternidad de cólera y tormenta.

Hacía ya varias semanas que Casimiro Sum venía vigilando. Cada siete días —según referían los abuelos de la tribu—, surge de entre la humareda borbollante un brazo gigante, que deja resbalan con la erupción un cuajarón de rubí que hace feliz para siempre a quien lo atrapa... De pequeño oyó hablar de cosas parecidas... Del *basilisco* y la *escama peluda* de la *culebra de agua*, así como del *diente de oro* del *cadejo* y la *piedra milagrosa* de la *zumbadora*. ¡Mas esto era distinto! Aquellos amuletos apenas aseguraban la dicha terrena, pero la posesión del cuajarón volcánico afianzaba vida plena en los dos mundos, en éste respiramos y en el del otro lado... ¡Porque lograrlo era como recibir la fruta de la mano inmensa de los dioses! Y hasta hoy, que él supiera —se decía Casimiro—, nadie se había atrevido a intentarlo. Era tan brava la cosa, ya que los dioses también manejaban el embrujo que castiga y condena por toda una eternidad... Cavilaba... ¡Ninguno lo intentó hasta ahora...! ¿Y él? ¡Pues para eso estaba allí, si no! Suspiraba recordando, recordando...

¿Cuánto tiempo hacía que venía queriendo a la Agapita Ascat? Era la nieta del Tencho Ascat, el de Juayúa. Pero ella no lo quería bastante, mejor dicho quizá no lo quería... Muy al contrario, en el estanco, en la plaza y hasta en la pila pública las lenguas viboreaban, corriendo el cuento de que el patrón Andrés *tenía que ver* con la Agapita... Y era talvez por eso que él sentía que las muchachas le saludaban con lástima, siempre que a la caída de la tarde llegaba a afilar su machete al *ojo de agua*...

El la enfrentó una vez... Salían de misa de siete, cuando la campana quejumbrosa parece adelantarse a los entierros, pues los hombres salen de la iglesia y van derecho a matarse a la cantina

—Apalabrate con yo, Agapita... ¡Bien sabés que no soy malo!

—Entendolo... , ya te dije que no... ¡Y no sigás!

—¿Es que hay otro... ?

¿Qué... ? ¿También a vos te llegó el cuento?

¡Pero es que dicen por ahí... !

—¿Y qué hay con eso? ¡Mi gusto y mi gana pero ni mi nana! Además, sabelo de una vez: ¡Yo sólo me voy a casa con el que tenga el cuajarón, que es el que le da plata a uno... ! El que no se atreva... ni me va ni me viene!

El la miró alejarse por la arena senderosa y le contó los pasos de su desesperanza y su ilusión frustrada, hasta que se perdieron tras una lluvia de ramas verdes que orillaban un tapial lejano...

¡El cuajarón! Al principio la palabra le cayó como una bomba para ¿Sabía ella en verdad lo que era eso? Era como animarse irreverente a la casa de los dioses... ¡Y no lo haría! Porque tampoco lo hizo jamás el Tencho Ascat, último brujo de la tribu, seguramente, era el mismo que la había aconsejado... Aquello resultaba más que un imposible Intentaría convencerla nuevamente...

Pero un domingo después se confirmaba la respuesta.

—¡Tirás el cuajarón y yo me voy con vos! ¡Es plata la que quiero y no calzones!

¡Y allí estaba él para buscarlo!

LA NOCHE DE LA COSTA BALSAMERA es más que bella. Se puebla de incendios menores con cada catastrata sangrante que vomita el gigante embriavecido. Los pescadores imaginan entonces, que son las estrellas de su suerte paisana las que bajan a quemar sus redes bendecidas... y cantan. ¡El Izalco! Ruge una vez más y es cuando los añosos consejeros aldeanos enseñan, que así como el volcán una canción de rabia debe acompañar de vez en cuando al hombre

Acaso fuera éste el verdadero mensaje, la auténtica razón de ser y la existencia de la raza Casimiro Sum podía no saberlo, mas sentía que algo de aquella fuerza extraña le tentaba y alentaba en su aventura Sus últimos siete días de vigilia y vigilancia lo afumaban Se hallaba quizá más extenuado, pero el pedido de su amor era una tonta a su fiereza. Se lo había jurado a sí mismo Tenía que albergar aquel ca-

pucho con la esperanza que barre las flaquezas, anuda indecisiones y aplasta cobardías.

—¡Pena la cosa! Pero la Agapita será de otro si me rajo. Se saldría con el otro. . . ¡No hay vuelta de hoja!

Se lo advirtieron antes: no debía llevar machete, ni cualquier otro objeto de metal o de relumbrío, ni tampoco beber *guaro*, ni siquiera fumar un triste puño. Todo esto se lo confirmó más tarde el curandero Aminto Ama. . . Porque los dioses del Izalco castigan a cuantos quieren superar su brillo inmenso, por lo mismo que aborrecen al cobarde. . . ¡No es la prueba del alcohol la que hace grande al hombre! Por eso él, Casimiro Sum, ascendería solo, íngtimo, con la entereza de su entraña amante batiendo desde adentro, aguzándole la mirada, animando sus piernas si temblaban, vaciando su alma entera en el sudor calloso de sus manos, que como cepos afiebrados se aprestaban a aferrar el cuajarón. . .

Casi tres horas llevaba gateando, cuesta arriba. Había comenzado el ascenso justo a la media noche, a la hora en que los vivos y los muertos penan juntos, pero hasta cuando sobrepasó los últimos *izotales* amigos, supo que se quedaba solo, huérfano de ayuda, avanzando desamparado hacia el peligro. . . No podía permitirse ni un mínimo descanso y la pendiente era empinada, casi vertical y dura. Ahora no sabía si era sangre o sudor lo que se le pegaba con dolor al cuerpo. A cada paso, pies y manos tropezaban con estrellas de ceniza caliente que le hacían daño, que se le metían hasta los tuétanos, achicharrándole pero sin dominarlo. El comprendía que estaba participando en la mejor jugada de su vida y se miraba por dentro como un altivo guerrero de su raza, jurando de pie sobre su amor: “¡Volver con la cabeza del contrario o suicidarse humillado en la montaña!”.

El primer lucero sorprendió a Casimiro Sum acucillado tras un dolmen de lava vaporosa, que le protegía pero que también le tostaba los resuellos. El calor le secaba los ojos y casi le impedía ver. Se preguntaba él, entonces, si no sería así que mueren los enamorados cuando se arrojan a los brazos de un incendio y se despiden de todo, con la mirada llena de agua para adentro. . . ¿No sería él también un enamorado muerto que penaba y no se había dado cuenta? ¡Era muy triste responderse a aquella hora! Casimiro Sum suspiró como un viejo agonizante. . . En estos precisos momentos, los hombres del poblado bostezarían con el estirón matinal y quejumbroso de los gallos. . . ¡Y la Agapita! De verdad que era muy chulo el rancharío, con sus techos de palma soñolienta, sus callejas serenas, recostadas y *push-*

quitas y plagadas de baldíos, donde una enorme luna sonsonateca viene de mes en mes a revolcarse bajo el oio de los requiebros rivales y a dormirse fatigada sobre los campos de escobilla y los *verdolagares*. ¡Y la Agapita! Y los domingos de feria y de campanas . ¡Y la Agapita! Y con muchas bombas, cohetes y *toritos*. . Y la Agapita! Y pitos y tambores . ¡Y la Agapita! Y una que otra vez música de banda... ¡Y la Agapita! Y candelas... ¡Y la Agapita! Y flores... ¡Y la Agapita! Para las procesiones ¡Y la Agapita...! ¡Y la Agapita! ¡Y la Agapita atizando leña al *nixtamal*, recibéndolo al regreso del trabajo, poniéndole lienzos cuando tuviera dolor de muelas o de cabeza, o cuando él, ladinamente, fingiera que lo tenía . .! Y desvistiendo, a veces, cuando él volviera borracho de la cantina . ¡Qué chulo . !

De repente un erupción inmenso entremeció la tierra y pobló de estruendos sucesivos el espacio. El aviso de lo porvenir era la inminencia y el porvenir mismo. ¡La decisión se imponía, no quedaba un segundo para meditar! Casimiro Sum se despojó del machete con vaina repujada, del cinturón con broches y del níquel de su hebilla, del anillo de bronce que limpiaba con arena y agua tibia los domingos y hasta de su sombrero de palma acibillado de ojete relucientes que daban salida y entrada al barbiquejo . . Después, sólo quedaban los dioses del Izalco frente a él. .

¡Y estaba decidido a no rajarse!

AQUI ESTA YA el padre de la tierra americana, escupiendo maldiciones como los atlacátlidas, sus abuelos, lo hicieron hace siglos oponiendo su pecho al español. Se sacude entero y cubre los valles de un rodar estrepitoso, con un manotazo implacable que tuerce la cintura de los cocoteros y hace huir hasta los grandes peces del Pacífico.

Primero es el retumbo, la protesta y luego la bocanada humeante que enjaya el misterio de los cielos. Es la conversación de Dios con mensajes de ida y vuelta, la que nuestro hombre sorprende día a día como ejemplo de creación eterna, copiado en el vivir creador de nuestro pueblo. . Es el instante saboreado como suspiro inmenso, sublime revelación de una edad, de millones de edades que se aniquilarían y surgieran más vivas todavía, en menos tiempo del que acaba la vida de un niño que no nace . .

Casimiro Sum agonizaba bajo aquel palio de amenazas. Solo, en medio de la tempestad de rocas encendidas que se despeñaban cono abajo, se sintió de pronto parte íntima de aquella potencia sobrehuma-

na y tuvo la certeza de que él también podía reír como los dioses y blasfemar —de ser posible—, contra ellos...

¡Y blasfemó!

Su grito se estrelló contra el borbollón iracundo, estirándose paralelo a una recia protesta de ceniza hirviente.

—¡A ver, hijos de puercaaa! ¡Yo soy el Casimiro Sum y vengo por el cuajaróon . . ! ¡Echenselooo!

Repentinamente un nuevo estuendo, el más pavoroso de todos los estuendos sacudió la noche del indio y los espacios atemorizados. Mil luciérnagas gigantes se desparanaron como centellas galopantes y de entre su red atropellada, Casimiro Sum miró surgir un enorme brazo de humo y depositar lentamente un pequeño huevo de sangre, que estallaba en agujas rutilantes y descendía brincando, semejando una rosa encantada hacia sus manos. . . ¡Jamás vio cosa igual! Era como si mil boquitas de coral se vinieran apretando en aquel nudo luminoso, fabricando millones de estrellitas respingantes que perforaban la sombra con sus balas de color. El quería adivinarlas ¿No era aquél un azul sobre amarillo y éste un violeta tras un verde? ¿Y aquélla, no era una franja añil bajo temblor de lila y la otra una pajita naranja con ribetes de musgo y de jazmín. . . ? ¡No estaba allí para decirlo! Sin embargo, era maravillosa la *cosita* rodante que se le venía acercando, acercando. . . ¡y él plantado como un bocabierto a punto de dejarla ir! Sintió que sus reflejos le quemaban ya la cara. Quiso apartarse a impulsos de su instinto . . . ¡Pero no! Su cuerpo entero se lanzó al atrape y sus manos hicieron lo esencial . . . Después, supo que un trago de fuego le bajaba en las entiañas, que una espada candente le traspasaba el corazón. Mas no soltó . . . ¡Por el contrario, apretó más y mordiéndolo un salivón de grito y ascua, se volvió hacia la cuesta y empujó su locura hacia la aldea!

CASIMIRO SUM MIRABA con angustia, con desesperación colérica —dijase—, a la Agapita Ascat, quien adornaba de miradas blandas su cama de hospital. El no se quejó, sino más bien maldijo.

—¡No lo pude traer . . ! Me atreví, no te miento. . . ¡Pero sólo conseguí esta puercada! —dijo mirando con rencor un trozo de lava repugnante que, a su pedido, la enfermera había depositado sobre su mesa de noche, envuelto en una gasa prieta de toña y porquería de moscas.

—Baboso. . . ¡Si el cuajarón sos vos! ¿Me entendés? —respondió ella, retándole con dos ojos que no de ser indios se habían desata-

do en llanto. Andá, componete luego, porque te di palabra cuando agonizabas. . . ¡El Santo Cristo me es testigo!

—¡Pero mirá que ya no sirvo ! —dijo él, mostrándole los muñones vendados en la amputación. Ya no podí con el arado, ni cargar las carretas, ni sacar agua del pozo, ni tapizar, ni. . . !

—¿Ni qué? Con que tengás fuerzas pa' abrazaime sobra. . . Se hacei todito lo que hacen los hombres. Tengo bastante pa' los dos. . . ¡Y pa' lo que venga!

Casimiro Sum la sorprendió bajando la mirada maliciosa, mientras hilvanaba su primer camisoncito con *nahuilla* recién salida de su mismo telar. El cerró entonces los ojos y se hundió en la noche de su satisfacción.

A lo lejos tronaba el Izalco también más satisfecho que nunca. ¡Siempre el brazo gigante de sus dioses tendría cuajarones a millares, para los hombres corajudos de su estípe. . . !

VOCABULARIO

Basilisco: animal de la mitología indígena; *cadejo*: idem; *ojo de agua*: manantial, nacimiento de agua; *tenía que ver*: expresión que se usa para dar entender que se tienen relaciones sexuales con una persona; *zumbadwa*: culchra tropical que ataca sirviéndose de la cola como un látigo; *apalabrarse*: comprometerse para matrimonio; *guaro*: aguardiente de caña; *izotales*: siembras del izote, planta de flores blancas; *pushquitas*: mugrientitas; *sonsmatecu*: del Departamento de Sonsonate, El Salvador; *verdolagares*: siembra de *verdolagas* planta comestible; *nixtamal*: cocido de maíz; *atlacáidas*: descendientes de Atlacalt, último jefe de las tribus pipiles —según dice la tradición; *cosita*: cualquier objeto pequeño que llama la atención; *nahuilla*: tela indígena; *Izalco*: volcán salvadoreño que por sus constantes erupciones es conocido como "El Faro del Pacífico"; *cuajarón*: porción de líquido que se ha solidificado.

La Solterona

PRECISAMENTE, SEÑOR COMISARIO..

Sólo advertí su desaparición, cuando no llegó con los demás al comedor, a la hora de costumbre... ¿Sus datos —dice—, señor...? Pues usted verá... Tiene ojos azules, muy azules y un poquito fiños, como de muñeco... La nariz es respingadita, las orejitas en concha y mejillas que hasta huelen a manzana rosa... Tiene también dos manecitas de lechón, que siempre mueve un poquito torpes, si se quiere... y... —¡a ver!—, dos gambitas corvas que van maravillosamente con sus quince meses... ¡Estoy desesperada, desesperadísima, señor Comisario, pero hago lo posible... como usted lo ve! ¿Su pelo...? ¡Ah, su pelito es mi orgullo, por el origen irlandés de sus abuelos! ¡Pero qué descuido, señor, si debí comenzar por el principio...! Hoy viste un trajecito de tricot, modelo *bunda* a rayas, que yo misma le tejí para su santo... ¡Se miraba tan lindo cuando partió el pastel...! ¡Ay, pero si se me olvidaba, que al sonreír, señor Comisario, se le marcan dos oyuelitos en la barba...! ¡Los mismos que han logrado aliviar mi soledad...! ¡Por lo que más quiera! ¡Por su madre, Comisario, trate de encontrarlo... y pronto! Porque a estas horas, se le habrá terminado la cuerda...

¡Y tendría mucha hambre el pobrecito!

Un Pequeño Error

SON LAS 11.59 DE LA NOCHE

Llevo ya 23 horas y 59 minutos de estar boca arriba, desnudo, sobre mi lecho. Pero he tomado suficiente café amargo y mantengo todas las luces encendidas, a fin de conservarme despierto, concentrado, totalmente lúcido, en goce ultrapleno de mis facultades.

Todo mi afán es satisfacer mi orgullo, mi amor propio o como quiera llamarsele. Deseo demostrar a los sabios McTaggart, Minkowski, Einstein y Reichenbach, que a este humilde plotiniano que soy yo, Rollo Bianchi, sobra razón en nuestra discusión de hace dos noches, en el club "Los Intocables"

Yo les sostuve, entonces, que el tiempo es la imagen móvil de la eternidad, pero que guarda su completa inmovilidad en el ser. Que también puedo palpar esta inmovilidad, desarrollando mi propia gravedad contra todas las leyes espacio-temporales que rigen el movimiento universal

El rector Bühler lo dice bien claro en sus lecciones: "El *ente* debe quedar *solo, vacío en absoluto* de existencias *ajenas* a él mismo . . ."

Es el paso inicial, la experiencia preparatoria, que debe comenzar por lo más nimio... Y luego avanza, avanza hacia el *Ojo de la Eternidad*.

11 HORAS, 59 MINUTOS, CON 30 SEGUNDOS.

Voy a poner entre paréntesis el mundo. Esa pintura del abuelo que tengo enfrente —por ejemplo—, es una resistencia extraña a mí. Me molesta. Debo suprimirla.

—¡Cuadro, te reduzco...! ¡Quedas entreparentizado!

—¡Ya está! El óleo se ha esfumado. Pero quedan el clavo, el agujero y la huella rectangular del polvo... Los pongo entre paréntesis y desaparecen, a su vez. . Ahora me ha quedado una pared limpia, de un limpio transparente que va virando por sí solo hacia la reducción...

—Toca su turno al placard...

—¡Zaz! El paréntesis lo ha devorado íntegro

—¿Y la silla?

—¡Ya está!

—¿Y los libros?

—¡Puff! ¡Se fueron!

—¿Y el teléfono?

—¡Vaya sí no!

—¿Y la mesa de noche?

—¡También!

—¿Y la cama, con frazadas, almohadas... y colchones... y con todo...?

—¡Lo mismo!

ME HE QUEDADO SOLO Floto en medio de una claridad inefable que no proviene de las lámparas, porque también a estas he engullido hace un suspiro...

11 HORAS, 59 MINUTOS Y 45 SEGUNDOS.

Viene, de inmediato, la fase dos de mi experiencia. Es la más difícil y a ella solamente pueden aribar los elegidos —según el rector Bühler. “Se trata —dice él—, de separar el ser del propio ente, de reducir la existencia —en este caso *mi existencia*—, poniéndola también entre paréntesis...” Reconozco que es una operación harto riesgosa, porque puedo quedarme hasta la eternidad sin ente... Mas los profesores McTaggart, Minkowski, Einstein y Reichenbach deben saber que yo tenía la razón, aquella noche, allá en “Los Intocables...”

¡11 HORAS, 59 MINUTOS, 59 SEGUNDOS!

—¡Ya no quiero mi existencia! ¡Quiero únicamente mi ser!
Me lo exijo jugándome el todo por el todo.

Esta vez la acción del paréntesis es sumamente lenta... Bajo una sensación de hielo y millares de aros metálicos sonando, me estoy desenvolviendo. . . Mi cuerpo empieza a abandonarme tristemente y lento, lento, lento, se me aleja flotante, como un banco de niebla abrigado de infinito. . . Lo que queda de *mí*, mi conciencia pura, fenomenológica, comienza a agitar su haz de flechas intencionales que —ya sin ningún blanco posible— empiezan también a desprenderse, dejando huérfano, pavorosamente solo a mi núcleo ontológico, ahora pesadamente muerto y, a la vez, macabramente vivo. . .!

SON EXACTAMENTE LAS 24 HORAS, de este 1º de noviembre de 1964. Fecha inolvidable, jalón único en la historia de la ciencia. . . ¡He poseído el *Ojo de la Eternidad*! ¡La Noche Oscura del *Ser* ha sido mía! Desarrollando mi propia gravedad, me he impuesto el tiempo y de aquí no me movería nadie, por los siglos de los siglos. . .

—¡Qué grandioso es usted, mi querido rector Bühler! ¿No es cierto que la razón estaba de mi parte, *aquella noche*, allá en “Los Intocables”? ¿Reconocen ahora que soy yo, Rollo Bianchi, el primer hombre que llegó puntual a la cita con *su ser*. . .? ¡Qué grande es usted, mi querido rector Bühler! ¿Qué me dicen hoy, mis respetables profesores? ¿Qué dice usted, McTaggart? Y ustedes, Minkowski, Einstein y Reichenbach. . . ¿qué dicen ahora? ¡Ja, ja, ja, ja, jaaa. . .! ¡Qué grande es usted, mi querido rector Bühler! ¡Qué grande. . . es usted. . . mi querido. . . rector Bühler. . . !

LOS PROFESORES McTaggart, Minkowski, Einstein y Reichenbach continúan sin creerme. . . Y todo por un pequeño error, cometido la noche de *mi experiencia*. . . El grabador y la filmadora tetradimensional que tenía funcionando a mi lado, a fin de ir registrando paso a paso el curso de la misma. . .

¡Fue lo primero que puse entre paréntesis!

Esta revista se terminó de imprimir el día cinco de junio de mil novecientos sesenta y siete en los talleres de la Editorial Universitaria "José B. Cisneros", San Salvador, El Salvador, C. A.